CARAS Y CARETAS

DE LA GUERRA ITALO-ETIOPE

CUERPO A CUERPO

"Gouache" de Alvarez


POTENCIA
Pineral
GRAN APERITIVO
Comunica:
a sus consumidores que está clasificando los cupones y etiquetas para el Gran Concurso Futbolístico de "Caras y Caretas" en el que instituyó otros premios iguales a los otorgados por la revista, o sea:
UN PREMIO de 1000 pesos m/n.
UN PREMIO de 200 pesos m/n.
Además, agrega CINCO premios especiales que se otorgarán a la terminación del Concurso, a las cinco personas que hayan mandado mayor cantidad de etiquetas PINERAL, computándose la 1ª y 2ª rueda:
Un Primer Premio de $ 500.—
al que envíe mayor cantidad de etiquetas PINERAL
Un Segundo Premio de $ 200.—
Un Tercer Premio de „ 150.—
Un Cuarto Premio de „ 100.—
Un Quinto Premio de „ 50.—
A los que sigan en orden de cantidades al primer premio
"EL MEJOR DE TODOS"
LOS APERITIVOS
ESMERADAMENTE PREPARADO
PINERAL
INDUSTRIA ARGENTINA
ELABORADO POR
PINI HERMANOS & Cia. Lda.
Bs. AIRES
CRUZ AL MERITO
ROMA



AÑO XXXVIII BUENOS AIRES, 9 DE NOVIEMBRE DE 1935 NUM. 1936

RÍE, SI QUIERES

Por DALE COLLINS

DIBUJO DE VALDIVIA

RÍE, si quieres — dijo Matthew Frinton, al ver los ojos obscuros de su mujer relucir tras la mira de su pistola automática, — pero me alegro que esto haya llegado.

Lo decía en serio. Ella había transformado su vida en un infierno. La crisis había abierto, por fin, la puerta. ¡Estaba tan cansado, tan desilusionado, tan deshecho! Era en vano seguir luchando por su amor; era en vano seguir amando.

— Sí — dijo Lina. — Sí, Reiré y seré yo quien ría la última.

También ella lo decía en serio. Descubría sus dientes blancos entre sus labios carnosos y



rojos. Era un hermoso animal — hija de un holandés y una malaya — un animal despiadado. Vivo, Frinton constituia una carga y un lazo que la ataba a la arruinada plantación de goma, con ese lazo legal del matrimonio. Muerto, le daría la libertad y riqueza, porque obtendría dinero del seguro que, previsora como buena oriental con su insistencia lo obligara a hacerse tiempo atrás. Estaba hastiada de él.

Glyndall era alto, rubio, dominador. Glyndall se dirigia a Nueva Guinea ese mismo dia. Nada más que oprimiendo el gatillo, Frinton desaparecería y Glyndall sería una realidad.

Era raro que en su último momento, Frinton se comportara con tanto ánimo. Pero ella había resuelto terminar con él. Lina oprimió el gatillo repetidas veces. Los estampidos perforaron la pesada calma que precede el amanecer, y Frinton cayó muerto.

Una neblina roja la envolvió. A ciegas, dejó caer el revólver en la mano floja del cadáver. No sentía remordimientos. Nada más que una sensación de regocijo y de alivio. Había planeado bien el asunto. Los "boys" estaban todavía en sus tiendas, lejos de la casa. Sólo habían presenciado la escena los somnolientos lagartos. La gente podría sospechar lo que quisiera: no había pruebas.

Lina se había preparado para el viaje, antes de despertar a su marido para enfrentarlo con la muerte. Fué al cobertizo donde estaba el caballo, ya ensillado. ¿Qué cosa más natural que correr en busca de Glyndall para que la ayudara, al descubrir que su marido se había pegado un tiro?

El sol ya estaba alto, cuando llegó a la casa de Glyndall. Prevenido por el galopeo de los cascos, la esperó en la escalinata. Tenía todo el aspecto de un verdadero escandinavo, bravo y dorado. Sus ojos despedían chispas azuladas, como los diamantes. Extendió sus manos grandes, cubiertas de vello claro.

Lina saltó, entregó las riendas a un "boy" y subió corriendo los escalones de la escalinata, reclamando esas manos.

— Querida — dijo él sonriendo gravemente.

— ¡ Sí ! ¡ Ahora querida tuya ! — contestó ella en un murmullo excitado. — ¿ Ha salido ?

— Sí — repuso Glyndall, sabiendo que se refería al nuevo dueño de la propiedad; — está refocilándose con su compra.

— ¡ Mejor ! Te traigo noticias: Frinton se suicidó esta madrugada.

Por el gesto de Glyndall fué imposible juzgar si creyó aquello. Miró los sombríos abismos de los ojos de Lina y dijo:

— ¿ Sí ? — con una nota de grave y profunda satisfacción.

Después la atrajo hacia sí y la besó, lentamente, como gozando del lujo de saber que nunca más volverían a tener prisa. No le gustaba la prisa. Glyndall era poco demostrativo, elemental y varonil. Su mujer nunca sería para él, otra cosa que un juguete. Tampoco le importaban los que habían muerto. Su espíritu, aunque distinto del de Lina, llegó a sus mismas conclusiones. Ambos eran de la tierra, campesinos del este y del oeste.

— Siéntate — dijo empujándola con afectuosa rudeza, hacia un sofá. — Debemos hablar. Pero antes, necesitas tomar un trago.

Vertió el líquido con mano firme. Ella se echó atrás, colocando el brazo moreno por encima de la cabeza brillante, aspirando su fresca placidez.

— Eres hermosa — dijo él embelesado.

— Eres mi amor — dijo Lina envolviéndolo en una larga mirada.

Glyndall se sentó en el sofá, tocó el vaso de ella con el suyo y bebió golosamente.

— Se pegó un tiro antes de rayar el día — informó ella con voz suave — y yo estoy libre para partir contigo.

— ¿ Los "boys" no vieron nada?

— No. Vine aquí directamente.

— Hiciste bien.

— Fué un suicidio. La pistola está a su lado. Contaré a las autoridades cómo fué.

Glyndall afirmó con aire de juez:

— Un hombre que se ha declarado en quiebra, un hombre arruinado, es muy natural. Iremos para allí en cuanto arregle mis asuntos y nos ocuparemos del entierro. Después, directamente a la costa y basta ya de este país. Seremos felices en Java.

El nuevo propietario volvió de su inspección. Sólo Glyndall era capaz de encontrar un comprador en semejante época. Los rumores de que existía petróleo, le habían venido muy bien. El recién llegado, se impresionó al saber que el marido de la encantadora mistress Flinton se había suicidado y se apresuró a finalizar las formalidades de la compra, para que pudieran tomar la embarcación que esperaba en la costa.

Una vez arreglado el negocio y hechas las valijas, Glyndall y Lina le dieron un efusivo apretón de manos, partiendo luego en sus respectivos caballos.

Los "boys" lo están llorando — dijo Glyndall cuando se acercaron a la plantación de Frinton.

Voces gimientes mezcladas a la vibración de los tambores. Por entre las columnas alineadas regularmente, formadas por los árboles de goma, vieron el fuego rojo y caliente. El fuego que iluminaba el espacio libre y ponía de relieve la casa como si fuera un escenario teatral. Llegando al raso, sostuvieron las riendas e inspeccionaron la escena. Monótonamente, los lloraduelos cantaban elogios al muerto y gemían "¡ A-ie! ¡ A-ie!" porque se había ido para no volver más. Delante del fuego, estaba la tumba recién abierta. Era raro que ya lo hubiesen enterrado, pero Frinton siempre les había permitido que hiciesen lo que querían. Glyndall y Lina desmontaron de sus cabalgaduras y se dirigieron al lugar del velorio.

— Escuchen — gritó Glyndall, levantando el látigo y tomando un aspecto fiero junto al fuego. Hablaba en el dialecto del país. Su voz potente dominó los cánticos y detuvo el balanceo de los cuerpos, obligando a todos esos ojos obscuros a volverse hacia él.

— Hacen bien en llorar al patrón. Se mató con su escopeta, porque estaba triste y cansado. Se suicidó — miró a todos amenazadoramente. — Ya no hay trabajo aquí, porque el patrón se suicidó. ¿Comprenden?

En un lamento, respondieron al unísono:

— ¡Sí! ¡"A-ie"! ¡Sí!

— El gobernador no tardará en venir. Si habla a alguno de ustedes, díganle la verdad.

— Sí — prometieron, dóciles como un rebaño.

— La "sinabada" va conmigo para contarle al gobernador.

A esto nada dijeron y Lina frunció el entrecejo. El anciano mago, maestro de ceremonias, se levantó tieso de su lugar, frente a la tumba. Sus ojos rojos, su cuerpo embadurnado con barro y colorinches y en la cabeza las plumas de negras cacatúas. Señaló con su cetro, un fémur humano, la pareja.

— Ella va contigo. El patrón también irá.

Glyndall y Lina sin impresionarse, sonrieron benevolentes.

— ¿Por qué ha de molestarnos? — preguntó Glyndall. — ¿Acaso somos culpables si él se mató?

— El no tiene sosiego — dijo el viejo. — El irá con ustedes, no sé por qué. Nada más. — Volvió a sentarse en la tierra.

— ¡Basta de estas escenas! — gritó Glyndall secamente. — Dormiremos aquí esta noche. ¡Fuera, todos! ¡Basta de ruidos!

Dócilmente se retiraron.

— ¿Creen que yo lo he matado? — inquirió Lina audazmente, levantando los ojos.

— ¿Y qué importa? Nada ganarán mintiendo. Pronto lo olvidarán.

Fueron a la galería. La sangre de Frinton ponía una nota roja en el ambiente. No se inquietaron. Ya se había ido. A la mañana siguiente recogerían todo aquello que tuviera valor, y se irían también.

Lina despertó una vez durante la noche al oír una voz que decía:

— ¡Es un asesinato! — La voz era la voz del otro. Comprendió que había soñado.

Y otra vez antes del alba, la voz habló tan fuerte, que ambos se levantaron. No había nadie, por supuesto. Uno y otro habían gritado esa palabra sin sentido, despertando.

Antes de que arreciara el calor, ya estaban en pie. La plantación abandonada empezaba a tomar su aspecto primitivo. Cabalgando, atravesaron la jungla, por estrechos senderos. El calor y las moscas los abrumaban, pero no los sentían. Muy pronto, la isla negra, constituiría menos que un recuerdo. Así lo creían hasta que el hecho extraño sucedió a la luz del día.

La voz de Frinton muerto, decía fuerte aunque roncamente:

— ¡Es un asesinato! Y se descubrirá. ¡Es un asesinato!

Pegaron un tirón a las riendas y quedaron helados, escudriñando con los ojos. Los mandaderos que los acompañaban, se unieron en apretado haz.

En ese lugar tan verde, la intensa palidez de Lina era realmente impresionante. La calma de Glyndall se quebró. Se estremeció como si tuviera fiebre.

— ¡Asesinato! ¡Asesinato! ¡Asesinato!

Cada repetición de la palabra, cortaba como la hoja de una espada. Débil y lejano, el latido del tambor los perseguía.

Glyndall lanzó un gruñido que expresaba el alivio y la inquietud.

— ¡El mago! — recordó.

Lina abrió los ojos.

— ¡Pero, querido!... — La protesta quedó sin terminar porque no creía en ella.

— Saben hacer cosas muy raras.

— ¡Pronto! ¡Vámonos en seguida!

Glyndall apretó los talones contra los flancos del caballo y huyeron del lugar encantado.

Agotados y silenciosos llegaron al anochecer a la aldea de Barada. Avisados como siempre por los tambores, la gente morena los esperaba. Habían preparado un refugio a la orilla del río. La aldea formaba una media luna en la otra orilla. La acogida amistosa de los habitantes y la vuelta a la normalidad les hicieron olvidar completamente, por un tiempo, los hechos fantásticos.

Cuando salió el astro nocturno, los amantes se sentaron sobre una roca, junto a las aguas del río que murmuraban dulcemente. En la orilla opuesta, tenía lugar otra ceremonia. Glyndall juró que terminaría con ella, tan exasperado estaba. Entretanto, los tambores sonaban y las voces agudas se lamentaban mientras se balanceaban los cuerpos morenos. Un mago se movía ante el fuego. Las hierbas que arrojaba a las llamas, levantaban en el espacio nubes de humo aromático. Tambores y voces sonaban más altas, más rápidas, para caer en un silencio.

— ¡Ah! — susurró Lina.

Callados y erectos, miraron por encima del río plateado, en dirección al humo del fuego sacro. Discernían en él la forma de un fantasma, blanco, trémulo y luminoso, contra la negra sombra de la jungla.

Matthew Frinton moraba en el humo per-

fumado. Levantando un brazo, señaló la pareja.

— ¡Es un asesinato! Y se descubrirá. ¡Es un asesinato! — repitió.

Durante un tiempo ilimitado los miró con ojos fríos e implacables, dirigiendo hacia ellos un dedo acusador. Luego dejó caer la mano, sufriendo un desvanecimiento.

Los tambores sonaron otra vez, en tanto que esos campesinos del este y del oeste se estrecharon mutuamente, inseguros, ablandados, atemorizados como niños perdidos. Nada podían decir. Nada podían hacer. El mago había enviado un fantasma tras sus huellas. ¿Cómo remediarlo? Huyeron hacia la cabaña. Sin quitarse las ropas, se deslizaron bajo el mosquitero, y se echaron sobre los catres que les parecieron helados aun cuando la pieza era un verdadero horno. Escucharon. Los cantos y el tamborileo habían cesado, dejando nada más que los ruidos misteriosos de la noche. Y rendidos como estaban, cayeron en un sueño inquieto hasta que fueron nuevamente despertados por la voz de Matthew Frinton, repitiéndoles el muerto su mensaje.

Asustado hasta desafiar lo sobrenatural, Gyndall se levantó, buscó su revólver y sin escuchar el grito de Lina, salió. Hizo fuego hacia una mancha de neblina blanquizca. Las balas se incrustaron en la tierra fangosa. Y no vió nada más que estrellas y árboles. Ordenó a los "boys" que montaran la guardia, luego regresó a la cabaña.

— ¡Apenas haya un poco de claridad, partiremos!

— ¡Oh, sí, sí, sí! — sollozó Lina.

Prestaron atención. La noche continuó su curso. Todavía las estrellas pálidas parpadeaban en el cielo. Se levantaron y emprendieron, llenos de pánico, la huída. Mientras tanto, escuchaban.

Una hora tras otra. Una milla tras otra. El olor del mar, el olor de la libertad, parecían estar nuevamente en el aire. Se apresuraron más aún, dejando detrás a los "boys", apurando a los caballos jadeantes. El camino serpenteaba entre las rocas, angosto y sumamente peligroso. El aire era fresco cerca del río. La luz incierta. Una vez que pasaron ese desfiladero, estarían en el mundo exterior, fuera del poder del anciano mago.

Pero no todavía.

— ¡Asesinato! — dijo la voz implacable de Matthew Frinton. — ¡Se descubrirá! ¡Asesinato!

El eco recogió la amenaza, multiplicándola, retorciéndola, haciéndola volar de roca en roca, perforando con ella sus oídos, hasta que ellos mismos gritaron.

Lina y Glyndall espolearon sus caballos, en un esfuerzo desesperado, sin preocuparse de los pozos y de los numerosos obstáculos, ambos cubiertos de sudor frío.

Finalmente llegaron a la costa. Quedaron inmóviles en sus monturas, uno al lado del otro, mientras Lina reía y lloraba histéricamente y Glyndall se secaba el rostro. Allí estaba la embarcación; allí estaba el negocio del viejo Thornhill, como siempre; y allí estaba el mar amplio y limpio, el camino de la huída.

— ¡Sube a bordo, rápido! — dijo Glyndall.

— ¡Cálmate! Subiremos en cuanto podamos — contestó Lina dándose vuelta para mirar la jungla y sonrió triunfante. Sus labios carnosos volvieron a colorearse.

En el patio del negocio, encontraron bebiendo al capitán del barco y a Thornhill.

— ¿Qué les pasa? — preguntó este último levantando la cabeza. — Parece como si hubiesen visto a un fantasma.

Se estremecieron. Escucharon.

El capitán dijo:

— Están temblorosos.

— Sí — dijo Glyndall hablando fuerte como para evitar una interrupción. — Debemos ir a bordo inmediatamente. Matthew Frinton se ha suicidado y es necesario que demos parte al magistrado.

— He oído algo de eso — dijo el viejo Thornhill. — Pero creí que eran habladurías.

Aceptaron unas bebidas que les ofrecieron y contaron nerviosamente sus mentiras, sus angustias.

Hicieron apresuradamente los últimos preparativos para el viaje. El viejo Thornhill se ocuparía de los "boys" y de los caballos.

El capitán consintió en levantar anclas. Lo llevaron de prisa al embarcadero y el barco se puso en marcha. El capitán los miraba interrogativamente, luego se encogió de hombros: la muerte del insolvente dueño de la plantación, no era asunto suyo. ¡Para qué preocuparse!

También el viejo Thornhill tenía sus dudas. La pareja tenía un aspecto muy raro. Ese asunto no era seguramente tan claro como lo presentaban. Cuando llegara el magistrado, le haría conocer sus sospechas. Tomó otro trago.

Era una lástima, ese Frinton era un buen tipo aunque de poco carácter. Demasiado débil para esa mujerzuela. Con paso tambaleante, sus piernas apenas lo aguantaban, se dirigió al pórtico a presenciar la partida del barco. Este se alejaba lentamente dejando una blanca estela.

El viejo Thornhill tomó otro trago. ¡Ha-

bía tomado tantos que uno más uno menos poco importaba ya!

— También yo, merezco uno, Tom — dijo de pronto la voz de Matthew Frinton, mientras él en persona entraba en el almacén.

El vaso cayó de la mano del viejo Thornhill.

— ¿Tú? — masculló. — ¿Tú? ¡Pero si dijeron que estabas muerto!

— Así es, Tom — repuso Frinton. — Así es. — Se echó sobre una silla y rió entre dientes.

— Alguien debe estar loco — decidió Thornhill mirando a su visitante.

— Alguien se volverá loco — corrigió Matthew Frinton — pero no serás tú ni yo, Tom. Serán otros dos.

— ¡Por el amor de Dios, explícate! — rogó el comerciante.

— Ciertamente lo haré — dijo el hombre pequeño y afiebrado. — A alguien tengo que contárselo y podrás ser tú, siempre que me jures que no abrirás la boca.

— Te juraré todo lo que quieras — aseguró el viejo Thornhill.

Matthew Frinton permaneció unos minutos pensativo, frotándose las manos.

— Tom — dijo finalmente, llevando a sus labios el vaso que el otro le alcanzara, — cuando ella disparó contra mí, el arma estaba cargada con cartuchos inofensivos.

— ¿Y disparó contra ti? ¿Cartuchos inofensivos?

— Así es. Yo la veía venir... y tomé precauciones. Si ella se hubiese dado cuenta, la habría denunciado por tentativa de homicidio; pero yo sabía que correría en seguida a verlo a él, a Glyndall. La vida ha sido un verdadero infierno para mí, Tom. ¡Dios sólo sabe los tormentos que pasé!

— Es una mala mujer. Hubieras tenido que adelantarte a ella. Pero eres demasiado bueno.

— Ya no seré más bueno — respondió fríamente Frinton. — Los tengo en mis manos. Ella escapó y yo volví a la vida, maté una lechuza en la galería, todavía están allí las manchas. Los "boys" se portaron muy bien.

Contó al viejo Thornhill lo bien que los muchachos se habían portado con él. Thornhill escuchaba, los ojos brillantes de malicioso contento.

— Y así los he acompañado, como el viejo mago Pekku les prometió. En la pieza me escondí tras los bambúes y luego los espié escondido entre los matorrales. Siempre con las mismas palabras:

— "¡Es un asesinato!" Y se descubrirá. ¡Es un asesinato!" Te aseguro que casi se han vuelto locos.

Thornhill asintió.

— ¡Y qué miedo tenían!

— No lo dudo. Luego en Barada repetimos una escena parecida a la de mi entierro. El mago siguió al pie de la letra mis instrucciones. Hizo exactamente lo que le indiqué, y yo pude aparecer entre el humo al lado del fuego. Me había puesto un lienzo empapado en pintura luminosa y resulté un fantasma magnífico.

Matthew Frinton rió al recordar la escena, acompañado por el viejo Thornhill que exclamaba alborozado:

— ¡Qué bien se la hiciste pagar! ¡Has tenido una grandísima idea!

— Luego me interné en la selva, me quité el ropaje y desaparecí. Pero durante la noche, anduve rondando para que oyeran mis palabras, en caso de que se hubiesen dormido. ¡Ah! ¡Me las pagarán!

— ¿Que te las pagarán? Me parece que ya te las han pagado. Les has arruinado la luna de miel.

— Ahora empieza. Los seguiré. Creen que ya se han librado de la maldición de Pekku, y una noche, cuando más contentos estén, yo miraré por la ventana. ¿Crees que podrán continuar amándose? Estarán rodeados de gente y yo también estaré allí, nada más que un momento, verán como en un relámpago mi rostro burlón. El teléfono sonará y oirán mi voz que dirá: "¡Es un asesinato! ¡Asesinato! ¡Asesinato!" Dondequiera que vayan, el hombre que mataron, irá con ellos.

— ¡Se volverán locos! — dijo Thornhill con un estremecimiento.

— ¡Precisamente! — manifestó Matthew Frinton con suavidad. — La lenta tortura los enloquecerá. Y nunca podrán recoger el dinero del seguro. Tengo medios para impedirlo, sin apresurarme a enseñar mi juego. Y cuando enloquezcan, tampoco podrán cobrar el seguro sus representantes, porque yo volveré a la vida otra vez. Y no hay compañía de seguros que crea en fantasmas cuando ven vivo a su cliente.

Se echó hacia atrás y se deshizo en risas viendo el efecto que había producido sobre el viejo Thornhill.

— Dije a Lina — recordó en medio de su salvaje contento — cuando me apuntaba con el arma. "Ríe, si quieres, pero me alegro de que esto haya llegado". Y me alegraba, porque los tenía en mis manos. Ellos... — no podía continuar, la risa lo sofocaba.

DALE COLLINS



HORTENSIA ALLART DE MERITENS

Por HILARION LARGUIA

Una joven estaba en acecho sobre el puente de Austerlitz, casi todos los días. Le había dado cita en esos parajes el Encantador. ¿Por qué él se retardaba hoy? ¿Quién le habría retenido? ¿Acaso el rey Carlos o la vieja Recamier, a quien sólo saludaba a las tres de la tarde, o su tiránica esposa? A Hortensia no le importaba mayormente porque sabía que ningún rival podía sacarle al Visconde de Chateaubriand, quien ayer no más le decía: Hortensia, tú eres mi primavera, mi musa, mi locura". Ella lo creía, tenía 27 años, y estaba en ese momento de la juventud en que alcanza a la perfección la belleza, facciones finas y regulares, labios pálidos que servían de marco para avivar el brillo de sus preciosos dientes, sus cejas designando dos bellos arcos muy puros y en los ojos un matiz cambiante, ni azul, ni verde, ni moreno, llenos de reflejos de oro iluminados por su gracia. Llevaba para agradar a su señor un vestido de organdí amarillo, adornado con flores, un modesto velo cubriendo su garganta y un sombrero Cabriolet que le daba a su expresión de romana, un misterio de elegancia a esa figura inmóvil parada al borde de ese noble río que atraviesa París.

Una sonrisa de orgullo iluminaba los grandes ojos de esta joven romancera, poeta, filósofa y sobre todo amorosa, que había proclamado como George Sand la gran potencia de la naturaleza y la soberanía de las pasiones. Era una hija del sol, nacida en Italia; fué en Roma en 1827 donde encontró a Chateaubriand, quien en su carácter de Embajador de Francia paseaba su melancolía por la ciudad eterna, que a su vejez no ofrecía otra cosa que las imágenes de las ruinas y de la muerte. La tumba de Paulina Baumont que en recuerdo de su bien amada había hecho erigir, le incitaba aun a meditar sobre su polvo ardiente, mientras que su espíritu, su sentimiento, su corazón, le reclamaban placeres más deleitables. Entonces los dioses le enviaron a Hortensia Allart de Meritens que tenía la experiencia y el gusto bien remarcado de las realidades de la vida. Las delicias plácidas de este amor, obligaron a llevar su conquista a París, para tenerla a su lado y cuando la oportunidad le llevaba a las fantasías del vagabundaje, le daba cita en esos suburbios populares, donde los amantes escondían su idilio como si tuvieran veinte años.

A menudo él aparecía majestuoso, la flor en el hojal, llevando siempre en la mano su bastón con puño de oro. Cuando Chateaubriand percibía de lejos a su bella Hortensia, sacaba con elegancia su sombrero y la saludaba al estilo de los mosqueteros de Luis XIV. Al aproximarse la hermosa lo abrazaba y el Encantador sonreía satisfecho de su aventura. Con sus magníficos dientes, sus cabellos blancos peinados aun "en tempête", Hortensia lo tomaba amorosamente del brazo y penetraba en el "Jardín des Plantes" donde las bestias, los niños y los soldados fueron testigos de las caricias que se cambiaban detrás de las jaulas y zarzales. ¿Quién hubiera reconocido a este anciano, de gran posición social, en esta aventura con una joven musa: este par de Francia, salvador del trono y del altar?

Hortensia lo adora, lo desea, lo aprieta, lo interroga. ¿Qué has hecho? ¿Qué has visto? El por toda contestación ríe, charla, bromea, hace mil locuras, mezcla los nombres de Lamennais, de Thiers, de Richelieu, con el propósito de marear a su amante, siempre joven y adorable, exteriorizando esa picardía tan extraordinaria que aparecía disimulada en su espíritu grave y atento. Entran en el cabaret L'Arc en Ciel, el más próximo del Jardín, allí donde la juventud popular va a comer una fritura y beber el vino áspero de los alrededores del Sena, y el Vizconde pide le preparen un almuerzo con champaña

para recalentar su musa. La comidita comienza y dura toda la tarde...

Hortensia lo transformó a René, ya no era el gran señor acompasado, sino el hombre joven, con cabellos blancos, que con el vaso en la mano, cantaba una canción de Beranger, canción libertina, revolucionaria, cuyo refrán repetía con su amada, sobre todo estos dos versos emocionantes:

Apareced placeres de mi edad más bella,
Que un golpe de alas fustigara el tiempo...

Y el placer aparecía porque el canto de Hortensia ponía a este grande hombre en un estado de exaltación extraordinaria. El pensamiento de la muerte lo hacía más impetuoso, más acariciador, quería gozar de todo el tiempo que iba pasando, quería agradar, quería ser amado. Su espíritu vigorizado por la magia de la melodía, encontraba fuerzas nuevas, su genio evocaba en un lenguaje con ritmos magníficos, todos sus recuerdos de Italia, de España, del Oriente, soñaba en alta voz. Cuenta sus memorias, que aparecerán cuando esté en la tumba, dicta los capítulos y en el paroxismo de su enagenación dice y repite que el año 1828 - 1829 es el más feliz de su vida...

¡Qué triunfo más colosal para una amorosa! Hortensia tiembla de alegría, de orgullo y de deseo. Ella con Chateaubriad entraría en la historia. ¿Qué puede representar el amor de la vieja Recamier ante el de ella, que ha liberado al grande hombre, que lo ha reconciliado con la revolución, con Beranger, con Lamennais, habiéndole puesto a su alrededor la juventud y habiéndole alejado de todas las tradiciones prescriptas de la antigua monarquía?

Cuando él se callaba Hortensia tomaba la palabra. Ella había leído mucho, no obstante su juventud, se había hundido en la lectura de las religiones antiguas y se complacía en repetirle párrafos íntegros de autores, abusando de su memoria prodigiosa. Chateaubriand se interesaba, la cuestionaba, la criticaba y ella para preparar la réplica le decía: Mirad el firmamento, ved aquel círculo brillante de constelaciones, entre las cuales cae el arco ligero de la vía láctea, polvo del sol y de la luna, ¿no veis cómo brilla Orión y resplandece la lira, esa lira con siete cuerdas que abraza el universo, que cada una de ellas responde a un modo del alma humana, conteniendo la ley de una ciencia y de un arte y que nosotros hemos perdido la llave de su plena armonía? El tenía delante una mujer cultivada que defendía sus ideas, que le hablaba de Cicerón, que bosquejaba ante él su proyecto de escribir la historia de Atenas, de Florencia, una gran estudiosa, pero también romancera, porque adoraba contar sus propios amores. Jerónimo fué el libro inspirado por su primer amante: Enrique la historia de su segundo. Todo eso encantaba a Chateaubriand, fué ella una de sus flores magníficas, sensuales y ostentosas.

En su libro "Confesiones", sinceras hasta la rudeza, hicieron un escándalo entre sus contemporáneos. Esa franqueza en el hablar y en el escribir divertían al viejo amante y le hacían pasar las horas rápidamente; pero ya con ochenta años su espíritu estaba en otra parte y ella misma lo tenía en el vigoroso hombre que iba a desligarla de este viejo navío naufragado. A pesar de la ruptura los viejos amantes quedaron amigos y el día en que murió Madame de Chateaubriand, su esposo abatido e interrumpido en sus hábitos, se fué a buscar consuelo y olvido en los brazos de su antigua Hortensia. La vida le había ofrecido a ésta una bella carrera de autora y filósofa. Alabada por George Sand, Daniel Stern, Musset, Lamennais, Beranger, había conocido, después del amor del grande hombre, los más grandes y brillantes sucesos.

Sainte - Beuve, consagra los "Encantamientos de Prudencia" de las Confesiones de Hortensia, con un severo artículo dedicado al Vizconde ingrato, que en sus memorias de ultratumba había inmolado los placeres paganos prodigados por Hortensia en homenaje a las frías delicias que le reservó Madame de Recamier. Pero satisfecha Hortensia de haber revelado la verdadera figura, la figura humana de Chateaubriand, no le guardó rencor por su incalificable olvido.

Hortensia vino a su turno a ser una buena vieja como Madame de Recamier, con la misma filosofía amable para los demás y con ese dejo de triste melancolía que embarga en el atardecer de la vida a las grandes amorosas. Merece recordarse el siguiente recuerdo insertado en sus memorias: "A mis amantes, mis amables amantes de un día, de diez años, amantes de indignación, amantes del corazón, ¡con qué rapidez viene a mi memoria todo ese pasado, cuando se vive sola y oprimida!"

Vilarint Lazquez

Dibujo de Alvarez.

Sala de redacción

(1922)

Por
B. González Arrili



FRENTE a la mesa de pino, imitación roble, en que escribo, un Voltaire de yeso, tocado con un trozo de viejo terciopelo carmesí y con sus largas y despeinadas grenchas sucias de polvo, sonríe como una vieja sin dentadura, entre los tajos de sus arrugas y el ojo vivaz y de conejo.

Cuando, cansado de escribir o momentáneamente carente de palabras con que seguir hilando estas frases huecas que reproduce el periódico tarde a tarde, alzo la vista del círculo vivamente amarillo de la luz eléctrica que alumbra las cuartillas de papel, me encuentro con el Voltaire de yeso sucio y polvoriento, tocado por el trozo de terciopelo como un turbante de ropavejería...

Por el balcón irrumpe un rayo de sol alegre que no alcanza a alumbrar la sala de redacción enorme, sonora y penumbrosa.

En el límite de la luz del sol y de la luz eléctrica está el Voltaire de yeso que sonríe como un conejo y se sorbe los labios como una vieja que termina de catar alguna golosina...

Nosotros somos veinte hombres empeñados día a día en llenar de palabras las páginas de un periódico. Como se nos obliga a saberlo todo, a entenderlo todo, a explicarlo todo — la suerte del periodista, — dejamos en la percha, junto con el sombrero, las poquísimas ideas que personalmente abrigamos y las convicciones que nos van quedando del naufragio cotidiano.

Cada uno de nosotros tiene un horizonte visual para contemplar desde su mesa. Uno mira los zócalos; otro, un marco que contiene la fotografía de un banquete; otro, una ventana que no da a parte alguna y que está clausurada eternamente; otro, un espejo que tiene dos grandes manchas de humedad como dos bostezos; otro, un ventilador un tanto antiguo que, en verano, cuando marcha, produce un chirrido tan desagradable que da frío; otro mira las puertas de los escusados; sólo yo, sólo yo veo el balcón por donde se cuela el sol que no nos alumbra, y el Voltaire de yeso empolvado que sonríe conejilmente.

Con ayuda de este yeso sucio y a través de ese balcón suelo escaparme algunos minutos todos los días. Cuando falta una palabra para continuar el inacabable hilván de nuestros "artículos", nosotros podemos suspender unos instantes la pluma y alzar la cabeza del papel secante en que escribimos todo cuanto no sabemos, ni comprendemos, ni nos gusta. Ese instante fugaz y deleitoso cada cual lo aprovecha a su manera. Uno se muerde las uñas, otro se contempla en el manchado espejo, otro añora el chirrido escalofriante del ventilador.

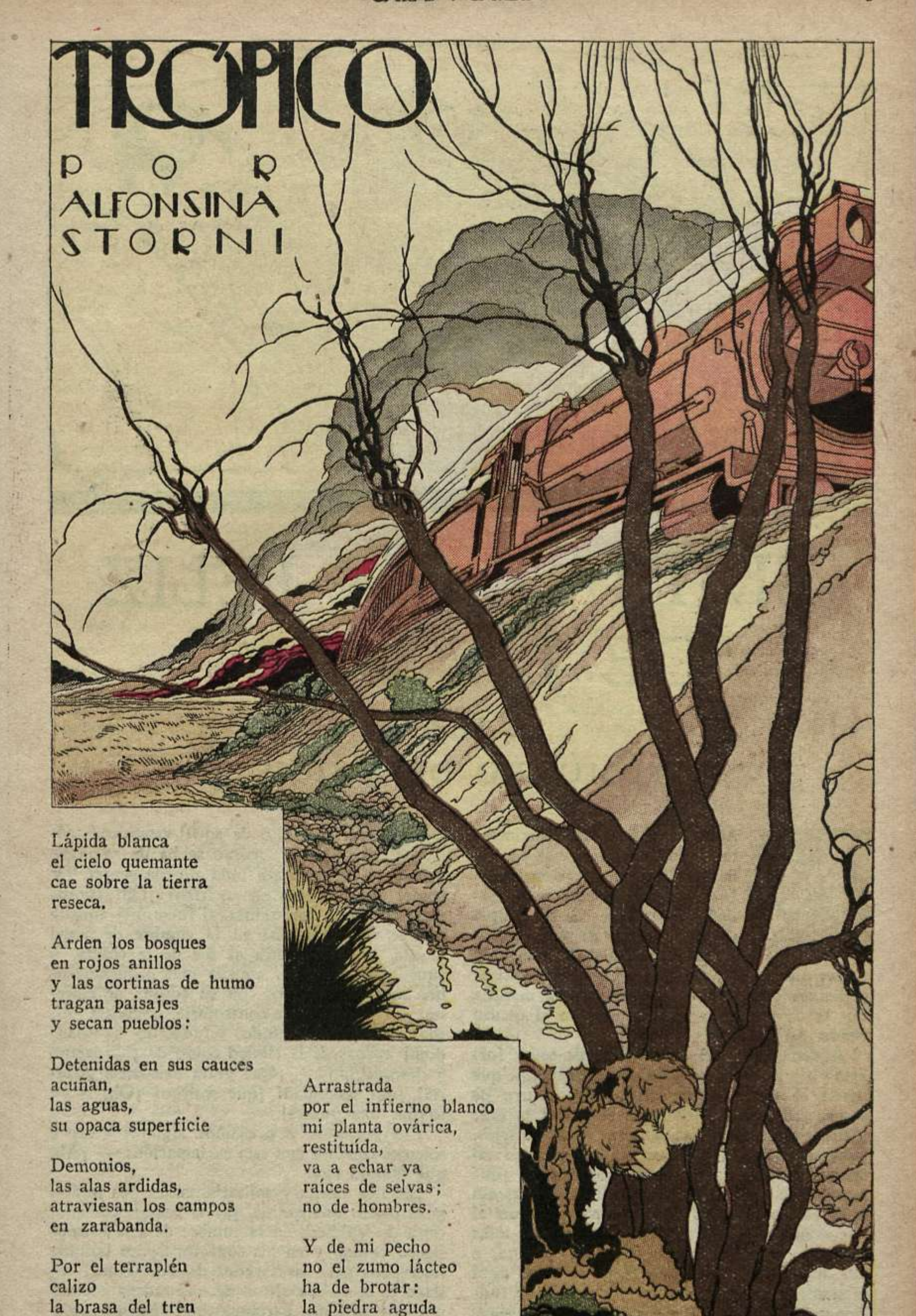
Yo me voy con Voltaire...

B. González Arrili

DIBUJO DE VALDIVIA

TRÓPICO

POR ALFONSINA STORNI



Lápida blanca
el cielo quemante
cae sobre la tierra
reseca.

Arden los bosques
en rojos anillos
y las cortinas de humo
tragan paisajes
y secan pueblos:

Detenidas en sus cauces
acuñan,
las aguas,
su opaca superficie

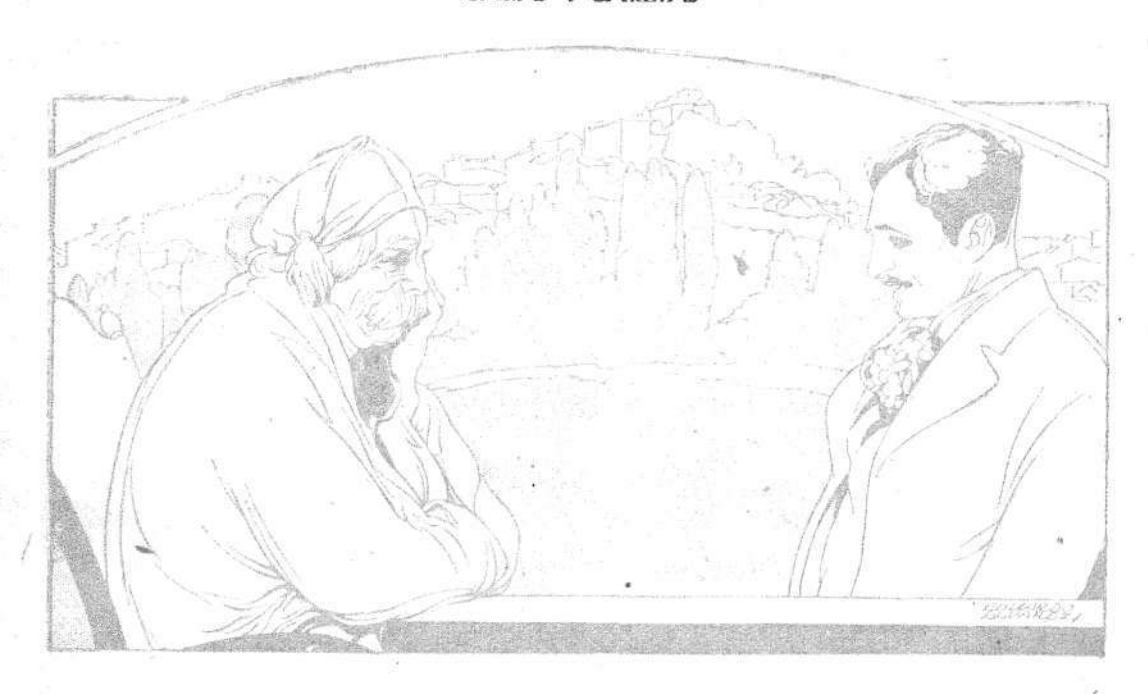
Demonios,
las alas ardidas,
atraviesan los campos
en zarabanda.

Por el terraplén
calizo
la brasa del tren
cruza chirriante.

Arrastrada
por el infierno blanco
mi planta ovárica,
restituída,
va a echar ya
raíces de selvas;
no de hombres.

Y de mi pecho
no el zumo lácteo
ha de brotar:
la piedra aguda
de las montañas.

DIBUJO DE ALVAREZ



EL DIA MAS FELIZ DE LA VIDA

Por

EDMUNDO DE AMICIS



ADIE ha dejado de experimentar en el mundo aquella especie de tedio fatigoso y casi melancólico que inspira una gran ciudad, cuando se la contempla desde la altura de una colina, luego de puesto el sol, y cuando parece que se ve a través de un velo de niebla, presentando el aspecto de blanquecina mancha que se va borrando poco a poco en el oscuro fondo del valle.

Aquella multitud de edificios de todas formas y dimensiones, reunidos, aglomerados, que parece se oprimen, se meten unos dentro de otros, como si se disputaran el aire y la luz; y todas aquellas ventanas, que, vistas de lejos, semejan agujeros, y las calles que parecen estrechas rendijas y las gentes hormigas... ¡qué espectáculo tan mezquino y enfadoso presenta todo ello a nuestros ojos, en comparación al que divisamos si los volvemos en torno a estos hermosos collados, a esta frondosa verdura, a este despejado horizonte! Aquí se vive, aquí se siente palpitar tranquilas las arterias y funcionan todas las potencias vitales con suave desembarazo. Pero allá abajo, Dios mío, allá dentro, en aquel hormiguero, en aquella atmósfera pesada, en medio de aquel estrépito, ¿cómo se ha de vivir? ¿cómo se ha de respirar? ¿cómo puede estar allí toda aquella gente? ¿Y tendré que volver a ese encierro? ¡Oh! ¡si tuviese al menos una quinta, si fuese mía aquella que se ve allá arriba en la cumbre de aquel monte, o aquella otra al pie de la colina, o aquella de más allá, aquella más pequeña, sobre aquel montecillo, con su corona de cipreses!... Con eso me contentaría, y viviría allí, solo, tranquilo, leyendo, estudiando, acordándome apenas de la ciudad como de país lejano y desconocido... ¡Qué grata existencia gozaría! ¡qué serenidad! ¡qué sosiego! ¡Oh, si yo tuviese una quinta!

Eso sentimos y pensamos algunas veces y solemos concluir con esta exclamación: — ¡Ah, qué mundo éste!

Era tan amena y solitaria, como nos la finge el deseo, una quinta que vi hace pocos años cerca de Valdieri, en la cumbre de una hermosísima colina, y en los confines de los bosques reservados para las cacerías del rey. Aquel collado es la última altura de una cadena cortada por dos estrechos barrancos que vienen a unirse a sus pies. Allí hay un puente; a la otra parte de los barrancos unas cuantas casitas y

una iglesia de aldea. A lo largo de aquellos riachuelos yacen esparcidas algunas chozas, y alrededor se levantan altísimas montañas pobladas de abetos, nogales y castaños, todos gigantescos. Esas montañas son en la falda verdosas, de un verde oscuro, pero allá arriba, donde apenas llega la mirada, toman tintas azuladas. El collado, el valle, la sierra, todo está desierto y tranquilo. La presencia de aquellas cumbres colosales imponen a la naturaleza una especie de recogimiento solemne y pavoroso.

El camino del puente trepa por la colina, pasa por la quinta y sigue adelante. La quinta es una casita de color rojizo, con piso alto y de graciosa forma. A su lado está la vivienda de los labradores, al otro, un grande emparrado de forma cuadrada, cerrado en la parte del camino por rústica verja. Entre el camino y la casa está el terreno cubierto de yerba, formando como pequeño prado, rodeado de alto seto y sombreado por cuatro corpulentos castaños, que entrelazan sus ramas. Las ventanas y las puertas se hallan siempre cerradas. Al pasar por allí se oye algunas veces por las ventanas del piso bajo a un hombre que lee en voz alta, pero por lo común reina profundo silencio. Aquella casita solitaria, medio escondida entre los árboles, cerrada, tranquila, parece decir a los que pasan por delante: ¡chitón!

Pero hubo un día, hace diez años, en que se vió extrañamente transformada. Desde la mañana, muy temprano, estaban las ventanas abiertas y adornadas con guirnaldas de campesinas flores. En la ventana central ondeaba una bandera tricolor, y otras cuatro más pequeñas en los ángulos del emparrado. Muchos farolillos de papel de color, de los que en las iluminaciones se emplean, colgaban de las ramas de los cuatro castaños. En el reducido prado, a lo largo del seto, había mesas, sillas y taburetes, y en la carretera, delante de la puerta, miraba con la boca abierta un tropel de muchachos de aquellos alrededores.

¿Por qué todo este aparato?

Aguardad un momento: importa conocer primero al amo de la casa: está allá, bajo el emparrado, sentado delante de una mesa, y escribe. Temprano se ha levantado, como veis: no son aún las seis de la mañana.

No ha perdido los hábitos de la milicia. Era coronel; ahora está *retirado,* y pasa aquí, en la quietud de su quinta, los pocos años que le quedan de vida, porque es viejo, casi octogenario, y está muy acabado. Figuraos si el pobre habrá tenido vida atormentada: ¡de soldado a coronel!

Pero, miradlo bien; no es uno de aquellos obligados coroneles retirados que se ven en las comedias, todos cortados por el mismo patrón, con el bigote cerdoso, el entrecejo fruncido, la voz acatarrada. No: es hombre apacible, tranquilo, de una alegría serena y siempre igual, como la tienen pocas veces los viejos, aquellos únicamente en quienes al contento natural del ánimo, se une el que nace de más profundo manantial, de una juventud ordenada y una virilidad laboriosa y honesta; satisfacción que aumenta con los años, hasta convertirse para algunos en alegría casi infantil, y el coronel es uno de ésos. Tiene modales y ademanes prontos y francos, como de joven, y conversación viva y llena de ingenua afabilidad. Los niños se hacen en seguida amigos suyos, y sin más ceremonia, alargan las manecitas para tomarle y tirarle de los bigotes, y las muchachas que vienen por la noche a hacer corro a la puerta, gozan y se divierten al escucharle, cuando él, señalando con el dedo a una, y después a otra y a otra, con aire melodramático dice que sabe grandes secretos, y que hablará.

Y es un viejecito muy limpio y aseado, de muy buen ver, y sus cabellos blancos, sueltos en largos mechones, sientan muy bien a su frente bronceada. Tiene los ojos grandes y de suave mirar, y cuando ríe enseña dos filas de dientes blancos, que, en su tiempo, morderían sin mucho trabajo los cartuchos.

Ha concluído de escribir, mira en torno, y llama:

—¡César!

—Aquí estoy — responde una voz fuera del emparrado.

Un mozo de unos veintiséis años, vestido de gala, con un chaleco rameado y una pomposa corbata de colorines, bien peinado, lucido y almibarado, viene a plantarse delante del coronel. Es un labriego, mas no tiene aspecto de tal, y parece serio y taciturno, pero cuando sonríe, su semblante se transforma, se ilumina y no es el mismo de antes: es un gallardo mancebo.

—¡Buenos días, señor coronel!

El coronel lo mira y torna a mirarlo de pies a cabeza, y luego le devuelve el saludo.

Y después lo mira de nuevo sonriendo:

—¿Cómo has dormido esta noche?

—¡Mal!

—Pero... por última vez.

—¡Oh, sí! — respondió el joven con una sonrisa y un suspiro.

—Luego... ¿has encontrado los compañeros?

—Los he encontrado; pero he tenido que rodar mucho. He reunido una quincena. No he podido verlos a todos: algunos estaban fuera de casa; pero dejé el recado, y vendrán. Y encontré cuatro o cinco que no lo querían creer. — Pero, ¡si nosotros no conocemos al señor coronel! ¿Cómo es posible que le haya ocurrido tal idea?, preguntaban. — ¿Qué os he de decir?, les contestaba. — Le ha ocurrido porque es un hombre de corazón; por eso. Y no lo querían comprender aún, y decían: — ¡Quiá, pero si es una cosa que no se ha visto nunca! — Ya lo sé que nunca se ha visto, pero ahora lo veréis. Y tenía que explicarles que su merced es coronel, que me estima algo, por su bondad, que he sido soldado, que tengo que casarme hoy, y que ha tenido la amabilidad de convidar a todos los mozos del contorno que han servido al rey, porque aprecia a los

soldados, y de vez en cuando le place verse entre ellos, porque entonces se figura hallarse en medio de su regimiento; y aún les dije mucho más. Y una vez convencidos, brincaban de gusto, y no acababan de darme las gracias. — ¡Si tuviéramos coroneles de éstos todos los días!, exclamaban... Los he convocado para las cuatro de la tarde.

— Bien... ¿y te acordaste de decirles que vinieran con uniforme militar?

— Se lo dije.

— ¿Y qué contestaron?

— Rieron, pero ofreciéronme que vendrían como quisiera su merced. Algunos no tenían todas las prendas. Poneos lo que tengáis, les he dicho.

— Claro es. Luego... Oyeme ahora; siéntate.

El muchacho se sentó.

— En estos tres días, desde que has venido, no he podido pillarte una hora solo, así como te tengo ahora, para que me cuentes, punto por punto, todo lo que ha pasado en este negocio... que hoy tiene que ultimarse. Por las cartas he comprendido algo; pero no todo: quisiera saber las cosas bien claras. Ahora que estás tranquilo y sosegado un momento, cuéntamelo todo. Antes de las ocho no has de verla; ahora duerme, supongo que estará cansada de ayer, y después pasará algún rato antes de estar vestida para ir... veamos, pues; y descúbreme el corazón: lo que es ella, ya sabes que no se te escapará...

El joven sonrió, se pasó dos o tres veces las manos sobre las rodillas, púsose serio, después volvió a sonreír; y por último, comenzó a hablar. El coronel apoyó el codo en la mesa y la barba en la mano, diciendo:

— Oigamos esas extraordinarias aventuras.

— Le diré lo que ha pasado, señor coronel; yo se lo contaré todo, y si lo hago mal, tenga la bondad de dispensarme. Estábamos de guarnición en Savillano dos batallones de cazadores, hacia fines del cincuenta y ocho, como sabe usted. La ciudad no es fea, la gente buena para el soldado, había poco que hacer, yo estaba a gusto, y el tiempo pasaba que volaba, con dinero en el bolsillo, porque de casa me mandaban algo; los días que no estaba de servicio, apenas comía el rancho, iba a completarlo con una buena ensalada de lechuga en la cantina, y salía del cuartel más contento que unas pascuas. Los jefes hacían la vista gorda; yo llevaba un plumero así de largo, la ropa arreglada a mi medida, y no tenía mala facha. En aquellas horas de salida paseaba la ciudad de arriba abajo, con cuatro o cinco camaradas, casi siempre los mismos, o íbamos a dar una vuelta por la huerta o a echar un trago. Al salir del cuartel, llevaba casi siempre una rebanada de pan en la faltriquera, y la daba a uno de los pobres que estaban a la puerta, y las más veces a un chiquillo, que después le diré quién era. Y lo pasábamos bien, ya lo creo; y no teníamos que quejarnos de nadie ni de nada... ¡Ah! oiga ahora, señor coronel. Una hermosa tarde... ¡quién podría pensar que de cosas tan pequeñas!... Aun me parece imposible... Cierta tarde salgo solo del cuartel, y me dirijo al acostumbrado paseo, serían las cinco. Tenía que pasar por una calle, donde estaban obrando y hallábase llena de montones de tierra y escombros, maderas y materiales, y albañiles que trabajaban. Al llegar al punto donde comenzaban los estorbos, veo un pobre que daba lástima, viejo, ciego, que cayendo y tropezando quería pasar y no podía. La gente miraba y no se movía. — Acompáñalo tú — dijo una mujer, desde una ventana, a un muchachuelo; el muchachuelo se encogió de hombros. — Pero, ¿no habrá nadie que tenga un poco de caridad para ese pobre desgraciado?, preguntó la mujer. — Aquí estoy yo, contesté; y sin añadir palabra, tomé del brazo al viejo, y poco a poco, apartando las piedras señalándole dónde tenía que poner el pie, paso a paso, con santa paciencia, lo saqué del atolladero y lo puse otra vez en camino llano.

" Entonces el viejo dióme las gracias, me palpó para ver quién era, y al tocar el penacho, exclamó contentísimo:

" — ¡Ah, es un cazador! ¡Bravo cazador! — y se marchó.

" En aquel momento, levanto los ojos y veo en una ventana una muchacha que estaba mirándome. Apenas me vió, entróse dentro; pero la había sorprendido mirándome con aire muy cariñoso, con la cabeza un poco inclinada a un lado, como si dijese: — ¡Oh, qué buen muchacho! — ¡Oh, qué muchacha tan buena!, pensé yo, así que la vi. ¿No es verdad, señor coronel, que hay semblantes que nos hacen pensar así, que apenas los ha visto uno le inspiran cariño? ¡Qué sé yo! Parecen personas de casa, y hacen el efecto de haberlas conocido otra vez. Pero, entonces no hice caso de esto, y seguí mi camino. Recuerdo que era un día muy hermoso y que hacía un fresco que daba gusto, y toda la gente parecía contenta, y no sé cómo, pero de pronto, parecióme que yo estaba contento también.

" Oiga ahora lo que me sucedió una semana después: había fiesta en una ermita cercana de la ciudad: yo fuí con dos camaradas, asistía muchísima gente. Al anochecer, cuando todos volvían, en un punto donde el camino hace un gran rodeo, uno de los camaradas dijo: — ¿Tornamos por el atajo? — Bueno — respondimos. Había que saltar un foso ancho de cuatro metros por lo menos. La gente hizo sitio, el primero tomó carrera, dió un salto y fué a caer tan junto a la otra orilla, que si se retrasa un palmo cae dentro de la zanja. El segundo saltó también, pero tocó tierra con las rodillas. Salté yo, y plantéme a la otra parte un paso más adelante que los otros, quedándome allí tan tieso como un huso. — ¡Bravo! ¡bien! valiente muchacho, dijeron por todas partes. Volvíme, y en medio de todos aquellos rostros que miraban, vi de nuevo aquella carita, la de la muchacha, algo inclinada

a un lado y que sonreía lo mismo, exactamente, que la primera vez. Entonces sentí no sé qué. . . y el caso es que no la había podido ver bien, porque estaba medio escondida entre la gente. En toda aquella noche y la siguiente mañana no me la pude quitar de la cabeza. — ¿Qué le pasa al número 7, que está tan embobado?, gritaba el sargento en la plaza de armas. Ahora mismo lo encierro. — Aquella frase *lo encierro,* hízome temblar. Nunca había temido tanto permanecer recluso en el cuartel, y durante todo aquel día anduve más listo y ligero que el primer soldado del batallón. A la hora de costumbre salgo, y casi sin advertirlo, paso a paso, me vuelvo a encontrar en aquella calle. Casi tenía miedo de pasar adelante. Caminaba con tanto embarazo como si llevase enaguas. A cierta distancia, veo salir muchas jóvenes de aquella casa, me detengo, observo, y comprendo que debía de ser una costurera. Tres o cuatro se detienen en medio de la calle, y miran riendo a la puerta, como si aguardasen a alguien que no quería salir. Finalmente, sale otra muchacha. Era ella. Sale de prisa, y echa a andar calle abajo por la acera donde yo estaba, rozando la pared, con la cabeza baja, como si tuviese vergüenza. Las demás chicas la miraban y reían. Figuróseme que reían del modo como iba vestida: parecióme una pobre, y las otras, señoritas. Caminaba a pasos cortos, quizás porque no se le viesen los zapatos, pues noté que los llevaba rozados y rotos por la punta, y tenía la cara casi cubierta con el pañuelo que llevaba a la cabeza y que sujetaba bajo la barba, con su manecita delgada y pálida. Vino hacia mí y pasó por mi lado, apresurando aún más el paso. Cuando me vió, púsose encendida como la grana. El corazón se me oprimió, y me dió tanta lástima aquella pobre joven, que no sé cómo, se me ocurrió una idea. . . Tenía que pasar entre la pared y yo; había en el suelo un gran pedrusco, me incliné, lo agarré, lo arrojé en medio de la calle, di un paso atrás, y ella, pasando por delante de mí, como una flecha, me miró y me dijo: — Gracias. — Yo quedé allí aturdido, mirándola mientras se alejaba. De pronto siento reír detrás de mí. Me vuelvo, y veo un joven, un señorito, que iba de prisa detrás de la muchacha mirando al suelo. No había más gente en la calle: se había reído de mí. Le seguí con los ojos, no se volvió, no me miró, pasó adelante; pero yo quedé allí como si me hubiesen dado un garrotazo en la cabeza. Tenía mala cara aquel caballero; le resplandecían los ojos de una manera, que casi daba miedo. Pasé muy malos ratos aquel día, señor coronel: ¿qué quiere su merced? Yo no había sentido jamás afecto semejante. . . ni sabía tan siquiera lo que me pasaba. Hubiera querido que hubiese guerras, que ocurriese un incendio, o cualquiera otra cosa bien terrible, para poderme arrojar en medio de ello como un desesperado. Al día siguiente, volví a pasar por allí, y de nuevo encontré aquel caballero. Apenas me vió, fué a plantarse delante de la puerta de las costureras. Púseme a observarlo de lejos. Las muchachas salieron y se detuvieron en la calle. Salió ella la última, rieron las otras, acercósele el caballerete para hablarle, volvióle ella las espaldas y apretó el paso. Cuando estuve cerca noté que lloraba. Me miró como el primer día, pasando de prisa; dió la vuelta a la primera esquina, y el señorito detrás. — Esta vez quiero ver yo también lo que pasa, dije en mi interior, y la seguí de lejos. Volviendo y revolviendo por aquellos callejones estrechos y tortuosos, la joven llegó por último a la calle que corre por detrás del hospital militar, donde vivía. Metióse por una puerta, y dejó a su perseguidor, mohino y confuso, con un pie en el umbral, el otro en el primer escalón de la escalerilla, y la cara mirando hacia arriba. Un minuto después entreabrió una ventanita del cuarto piso, miró abajo, y desapareció. La mismísima escena se repitió siete u ocho días. El me miraba siempre muy airado, y ella con semblante dulce y cariñoso. El continuaba siguiéndola, como la sombra al cuerpo; ella continuaba escapándosele, y yo los observaba a ella y a él.

" Mientras tanto, en la calle de las costureras, la gente ya estaba sobre aviso y cuando yo iba sentía que me abrasaba el rostro la vergüenza, porque, ya lo sabe, señor coronel, cuando se ve a un soldado que mira a una muchacha, no se cree que puede ser más que con cierta idea, y la muchacha pierde la reputación, y a mí me afligía pensarlo; y le digo, bajo palabra de honor, que no se me ocurrió tal pensamiento... pero ¿cómo dejar de ir a aquella calle? Si no iba, imaginábame que debía suceder algo, y estaba siempre alarmado y temeroso; de modo, que no había más remedio que ir allá. Ahora verá lo que ocurrió. Conocía de vista a un mal sujeto, un mocito que podía tener veintitrés o veinticuatro años, ocioso, borrachín, vigilado por la policía, y lo conocía porque había tenido que ver con él una noche, patrullando por la ciudad. Pues bien, cierto día... no olvidaré nunca la sorpresa y el disgusto que experimenté. . . Cierto día encuentro a aquel sujeto llevando del brazo a la muchacha. Sentí que las piernas me temblaban, y por un momento no vi ni pensé nada. Desde aquel día, durante una semana, no vi más a la muchacha sola; aquel mocito la acompañaba por la mañana, y él mismo iba a buscarla por la tarde. Pronto se fijó en mí, y comenzó a mirarme con ojos de basilisco. Yo no lo miraba. Todos los días, allí donde nos encontrábamos, estuviese o no estuviese el caballero de marras, y lo notase o no lo notase el joven que la acompañaba, dirigíame ella una mirada, una sola, siempre igual, siempre como la del primer día, y esto me daba gran fuerza y mucho valor. ¿Pero quién será ése?, me preguntaba; y ahora verá por qué curioso caso logré saber quién era.

" Un día, juntamente con la rebanada de pan, ocurrióseme regalar al chico a quien daba limosna, una corbata vieja de uniforme, que no sé por qué, había agujereado con unas tijeras

a los dos extremos. Dos días después, vi al compañero de la muchacha con aquella corbata puesta. Lo miro bien a la cara, comparo las dos fisonomías, me parece que él y el chiquillo se semejan mucho, y me ocurre la sospecha de que sean hermanos. Al día siguiente llamo al chico aparte, y le pregunto: — Dime, ¿te comes tú todo este pan, o le das también a tu hermano? — Le doy a mi hermana, me contesta. — ¿Tienes también una hermana? — Una hermana y un hermano. — ¿Qué hace tu hermana? — Es costurera. — ¿Y tu hermano? Meditó un momento, y después contestó: — Nada. — Es él, pensé, y en efecto, continuando el interrogatorio, me enteré de todo. Supe que la muchacha se llamaba Luisa, que contaba diecisiete años, que no tenían padre ni madre, ni otros parientes; hacía cerca de dos años que la pobre chica trabajaba noche y día para ganarse la vida y dar algunos cuartos a su hermano, que iba a gastarlos a la taberna, y volvía a casa borracho, y la maltrataba y la hacía llorar. — Muchas veces, me dijo entre otras cosas el chico, vuelve a casa a las dos o las tres de la madrugada, y mi hermana está trabajando aún, y a esa hora trae consigo a sus compinches, y se ponen todos a cantar y a bailar, y entonces ella se sale del cuarto y se queda dormida en la escalera, con la costura en la mano. Si no me puse a llorar allí, en su presencia, fué porque hice un esfuerzo; pero no pude contenerme cuando me vi solo. Desde aquel día di al chico todo mi pan, ahorré todo el dinerillo que pude y se lo di también: parecíame que aquello era una obligación; y lo hacía, no sólo por el gusto que tenía en ello, sino por conciencia; tenia valor bastante para seguir así eternamente, tanta era la compasión que me daba aquella pobre desgraciada, sola, sin defensa, y reducida a comer pan solo, y eso a fuerza de trabajar. ¡Oh! señor coronel, si supiese su merced lo que experimentaba yo de noche, a las dos, o las tres de la madrugada, cuando pasaba por detrás del hospital con la patrulla, y veía allá arriba, en el cuarto piso, aquella ventanita iluminada, y pensaba que en aquel momento estaba allí cosiendo, cansada, traspasada de frío, quizás sin haber comido, quizás sin haber cenado...

" Oiga ahora como me di a conocer. Fué toda una aventura. Una mañana, el chico vino a decirme que su hermana le había preguntado quién era el soldado que le daba el pan y los cuartos. ¡Mire qué casualidad! Había sido promovido a cabo el día anterior, y me había puesto los galones aquel mismo día. Por eso me ocurrió decirle: — Dile a tu hermana, que el soldado que te da el pan, es uno que se ha puesto hoy los galones por primera vez. — Por la tarde, salgo, palpitándome el corazón, la encuentro, me mira, se pone colorada, después ríe y se cubre la cara con el pañuelo. Créalo, señor coronel, no he tenido nunca alegría como aquella. Casi tuve miedo de perder la cabeza.

Aquí César dió un gran suspiro.

— Adelante — le dijo el coronel, y continuó así:

—Pero estaban destinadas a durar poco mis alegrías. Una mañana, yendo por la plaza de Armas con mi batallón, veo de lejos, en el fondo de un callejón, dos personas . . . dos personas que no hubiera querido ver nunca juntas, aquel señorito y el hermano de Luisa, que estaban en gran conversación. Milagro fué que no me cayese el fusil de la mano. Ya puede figurarse su merced lo que sospeché, y no me podía engañar, porque la manera como aquel joven iba detrás de la muchacha, que parecía decir "seguro estoy del triunfo", no se prestaba a equivocación alguna; y después, el hermano era un sujeto de pésima calaña, capaz de todas las villanías del mundo. Figúrese, pues, cómo se me pondría el corazón, cuando pocos días más tarde, el chico vino a decirme que la noche anterior su hermano y su hermana se habían peleado, que lo habían mandado afuera de casa para poder disputar a sus anchas, y que desde la escalera había oído hablar con enojo, y que la hermanita lloraba y respondía: — Jamás, jamás; — y que después había habido algunos minutos de silencio, en los que no pudo comprender qué era lo que hacían, y por fin se había abierto la puerta y había salido Luisa tan pálida, que parecia una muerta, y con una mejilla amoratada. El bribón de su hermano la había golpeado, y ella no había gritado porque no la oyesen los vecinos. Oscurecióseme la vista, apoderóse de mí un temblor tan fuerte, que parecía tener fiebre, y si hubiera encontrado al hermano, lo estrangulo sin darle tiempo a respirar. Me propuse ir a buscarlo a él y al señorito, y a cualquier otro que interviniese en aquella infame intriga; pero después me contuve y pensé que era mejor aguardar un poco. — Vé y dile a tu hermana que tenga ánimo, díjele al muchacho, y que hay alguien que la quiere bien y piensa en ella. — El día siguiente era festivo y teníamos tres horas de asueto más de lo acostumbrado. Salí solo y me puse a pasear por la ciudad. Andaba cerca de una hora, cuando noté que me seguían a lo lejos dos individuos, dos mocitos de la misma estampa que el hermano, dos caras prohibidas: hice como que no los veía. Al poco rato vi que a aquellos dos se habían unido otros tantos y se me acercaban. Comprendo; dije en mi interior, vienen mandados. Están acechándome, algo pasará. Encontrábame entonces en un extremo de la ciudad. Cambié de dirección, dirigiéndome hacia el centro, y apreté el paso, de modo que me perdieran de vista.

" En esto encontré a dos camaradas, les informé de la ocurrencia, combinamos nuestro plan, y después, cuando comenzaba a obscurecer, me dirigí hacia el hospital. Cuando cruzaba una plazuela muy cerca de allí, vi a mi hombre . . . aquel caballero, que daba vuelta apresuradamente a una esquina, hacia la parte opuesta. No se percató de mí, yo apreté el paso, gané la calle, fuí a colocarme cerca de

la casa de Luisa, en un rincón oscuro y estuve observando. Aquel joven llegó poco después, y se puso a pasear delante de la puerta, mirando de vez en vez el reloj, y volviéndose a cada paso, para ver si venía alguien. Noté que se volvía siempre hacia el mismo lado. — Por allí tienen que venir — pensé, y por una calleja lateral me dirigí corriendo al fondo de la calle, a la parte que miraba el amigo. No tuve que esperar mucho; aparecieron casi en seguida el hermano y la hermana. — Lo había dicho, pensé, va a ocurrir algo; pero, o dejo aquí la piel, o no salen con la suya ¡vive Dios! — Habíaseme subido toda la sangre a la cabeza, no sabía lo que me hacía, apretaba los dientes y los puños, y me sentía fuerte para cuatro. Andando de puntillas, fuí a ponerme a unos quince pasos detrás de Luisa; no podía ser visto. La calle estaba casi enteramente a oscuras. Hablaban en voz baja entre sí, Luisa lloraba y se detenía de vez en vez, y el hermano la empujaba hacia adelante, arrastrándola del brazo. Al llegar a cierto punto, clavó ella un pie en tierra, y dijo con resolución: — No, mátame primero. — Entonces el hermano, rechinando los dientes como un perro, le preguntó por tres veces. — ¿Vienes? — Y ella por tres veces respondió que no. A la tercera, aquel infame levantó la mano... ella dió un grito, yo me lancé entre ellos, tomé aquel brazo levantado en alto, y lo bajé con una sacudida muy propia para desencuadernarle el hombro, diciéndole: — ¿Qué haces, canalla? No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se me presentaron delante diez personajes en actitud amenazadora. Eran los compinches del hermano; en medio de ellos el caballerito, más allá algún curioso. Luisa se había apoyado a la pared. — ¿Qué tienes que ver aquí? — Me preguntaron todos a la vez, acercándoseme. — ¡Atrás!, grité casi fuera de mí, tengo que ver, porque se trata de cometer un atentado infame. — ¡Está loco!, gritaron todos ellos, acercándose más. — ¡Atrás!, repetí con voz ahogada, atrás, o paso al que se acerque! y tenía la bayoneta en la mano. — ¡Paso, paso! apártese de delante, gritó el caballero, adelantándose para levantar a Luisa que había caído; yo le dí un bofetón, y todos se me echaron encima. — Un momento, caballeros — gritó una voz en medio de la calle. Aquellos matachines se volvieron, y vieron a diez cazadores formados en fila, bayoneta en mano. Al punto, de repente echaron a correr, unos por aquí y otros por allá, como perros apaleados; Luisa, más bien llevada en brazos que conducida, entró en su casa; el caballerito, muy airado, se me acercó y me dijo: — ¿Cuál es su nombre? — Yo le dije nombre, apellido, compañía, batallón, número de lista, todo lo que él quiso. El lo apuntó todo, y se marchó diciéndome: "Nos volveremos a ver". — Como quiera, contesté. Di las gracias después a mis camaradas: — Si tardáis un minuto me despachan. Veía ya relucir las navajas. — Entonces se pusieron todos a hacerme mil preguntas, queriendo saber el cómo, el cuándo y el porqué, y yo les conté toda la historia, de pe a pa. Pero vea, señor coronel, porque hay que ser justos: todos aquellos bribones era el hermano de Luisa quien los había congregado, y no el otro: el otro no sabía nada; antes bien, si hubiese previsto qué ralea de gente debía tomar su defensa, creo yo que no hubiese ido. Pero, después que se encontró metido en el enredo, y el despecho y la rabia lo atormentaban, trató de salirse con la suya a toda costa: es natural.

— ¿Pero quién era aquel caballerito? — interrumpió el coronel.

— ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que, según me dijeron después, era muy poco estimado en la ciudad, y se decía que le gustaba acometer empresas de aquel género, y que se acompañaba siempre de mala gente... Aquella noche volví al cuartel de tal manera, que no podía tenerme en pie. Por una parte la alegría de ver desbaratada aquella infamia, por otra la emoción de haber escapado de un peligro, y quizás también la ansiedad de lo que pudiera suceder después, me tenían en tal sobresalto, que si no me vinieron encima unas calenturas, y estuve seis meses en la cama, tengo que agradecerlo a mi buena suerte. Estaba, sin embargo, más resuelto que nunca a resistir hasta el fin; pero, ¿cómo? preguntábame, discurriendo conmigo mismo. Porque yo no soy más que un pobre muchacho, un soldado, y no tengo nada, fuera de mi corazón y de mi honra. Si llego a apasionarme por una muchacha pobre, como yo, que me gusta y ella me corresponde, todos han de perseguirme y venir contra mí, como si fuese un presidiario o un bandido, y como si mi cariño deshonrase a una mujer. ¿Quién es el que tiene derecho de despreciar mis afectos? ¿Qué idea tienen de nosotros los que creen que no tenemos nada aquí bajo de estas medallas, porque somos soldados? Porque no tenemos la familia con nosotros, porque estamos lejos de casa, porque no trabajamos en un oficio, porque nos dan a comer rancho, y nos pagan con cuatro cuartos al día, ¿no tenemos derecho a ningún consuelo, y debemos vivir como perros y estar muertos para el mundo? ¡Un soldado! dicen, ¡una muchacha que se pierde con un soldado! Un soldado pundonoroso vale por diez de vosotros, borrachines, holgazanes y viciosos. También el soldado tiene un nombre y una familia, y dos brazos para trabajar cuando vuelve a casa, y un corazón honrado para amar y respetar a una mujer. ¿No le parece, señor coronel? Yo no digo que todos los soldados, cuando están en el servicio, hayan de perder la cabeza por una muchacha: ¡frescos estaríamos! ¡El cielo nos guarde! si no, adiós ejército: pero el que por casualidad se apasiona, debe portarse como hombre y como caballero, y no debe dejarse amedrentar por nadie, ni ceder aunque tenga que dejar el pellejo en la contienda. ¿Digo bien?

El coronel hizo un signo afirmativo.

— Y poco faltó en verdad para que dejase la piel. A la mañana siguiente supe por el

muchacho que Luisa estaba en la cama con un poco de fiebre, y que el hermano no había aparecido. Por la noche, cuando volví al cuartel, vinieron a buscarme dos sargentos, uno de mi compañía, que me quería bien, y otro de otra compañía, y me dijeron así:

" — Sabemos todo lo que ha sucedido. La misma persona interesada nos lo ha contado, y nos encargó que hablásemos contigo. Vamos a darte un consejo, no como superiores, sino como amigos, y tú lo seguirás o no. Le has dado un bofetón en presencia de mucha gente, y un bofetón es una de las ofensas mayores que pueden hacerse a un hombre, por lo cual tiene derecho a exigir una satisfacción; ¿no te parece?

" — Es natural, respondí. — Oye, pues; si tú fueses uno de esos reclutas zopencos que no saben nada, ni comprenden nada, la persona de que hablamos, buscaría otra clase de satisfacción; pero contigo, que eres un soldado hecho y derecho, un hombre de pro, es otra cosa... — Basta, he comprendido, díjeles. Estoy dispuesto. — Muy bien, ya comprendes que estas cosas no deben terminar así; y después, es un honor el que te hace viniendo a buscarte. — Si ellos hicieron bien, no lo sé, pero yo creo que hice lo que no podía menos de hacer; y por abreviar, el lance tuvo lugar dos días después, a media legua de distancia de la ciudad, hacia las cinco de la tarde. Habían escogido el sable: ¡figúrese lo que podía hacer yo con el sable, que no lo había tenido en la mano más que seis o siete veces! Pero había yo sido en mi compañía instructor de machete, sabía ponerme en guardia, y tenía el brazo fuerte y las piernas ligeras. Fuimos a un prado: cuando lo vi pensé en Luisa, en el gesto que hizo al ir a levantarla del suelo, en aquella voz que oí reír a mis espaldas, y se me encendió la sangre, y me sentí lleno de coraje. En cuanto a él, estaba un poco pálido, y parecióme que venía decidido a tirarme de veras. — Venga lo que quiera, dije en mi interior, los dos somos de carne y hueso. — A la señal de los padrinos nos pusimos en guardia. Pronto comprendí que sabía tirar bien. Uno, dos, tres golpes: alto, estoy herido en el brazo; lo preveía, es una cosa insignificante: siga la función. Otros dos golpes, otra vez me toca, el médico examina la herida. Es un ligero rasguño. — Adelante — dicen los padrinos, y seguimos adelante. Comenzaba a subírseme la sangre a la cabeza. Hubiese preferido recibir una estocada, que me tendiese en tierra; ser rasguñado de aquel modo, como un pollo, era cosa que me humillaba. Comencé a avanzar, rechinando los dientes, como si estuviera rabioso; sentía que mi brazo era de acero. El sable se estremecía en mi mano, como si fuese una vara de sauce. Otros cuatro o cinco golpes, otro rasguño en el hombro, arrojé un aullido, perdí la razón, oscurecióseme la vista, me lancé adelante desesperado; él, sorprendido, hízose atrás; después, de repente, dejó caer el sable, llevó las dos manos a la frente, y se le cubrió el rostro de sangre. No recuerdo bien qué hicieron y dijeron entonces los otros; recuerdo solamente que me fajaron el brazo, y algunos minutos después, nosotros por una parte y los otros por la otra, nos marchamos de aquel sitio. Ningún campesino había acudido. Nadie se había enterado del hecho. Pero, ¿cómo ocultar las heridas?, pregunté al sargento. Me contestaron que no había medio de ocultarlas, y que tenía que ir al hospital.

" — Vé a decir que te has puesto enfermo de pronto, me dijeron, entrando en el cuartel. Pensé un instante en ello, y decidí no hacer nada. Quise probar a aguantarme; las heridas eran ligeras, sangre había perdido muy poca; decidí esperar. La noche la pasé bien, esto es, dormí; mas soñé, señor coronel, cosas infernales, cuchilladas, sablazos, muertos, ataúdes, el fin del mundo. Pero, en medio de todas aquellas imágenes espantosas, la veía a ella, a Luisa, con la cabeza inclinada a un lado, y los ojos llenos de lágrimas, y aquella sonrisa tan cariñosa que me daba gran consuelo.

" Aquella mañana teníamos ejercicio en la plaza de armas. ¿Iré? ¿No iré? ¿Diré que estoy enfermo? Hice la locura de ir. Figúrese: camino haciendo, comencé a sentir un escozor terrible en las heridas. Al llegar a la plaza de armas noté que se habían abierto y que salía sangre; me puse más pálido que un cadáver; ¿qué hacer? Un esfuerzo más, mientras pueda tenerme en pie. ¡Adelante!, tambaleábame como un borracho, sentía que me faltaban las fuerzas, y poco a poco se me extendía un velo oscuro ante los ojos.

" De pronto un oficial grita: — ¿Qué es eso? — se me acerca, me toma la mano, la mira, estaba toda ensangrentada. Perdí el conocimiento, me llevaron al cuartel, después al hospital, y me acometió una maldita fiebre que por poco no me manda al otro mundo. Fuí visitado por los médicos, por los oficiales de la compañía, por el comandante; me interrogaron, interrogaron a mis amigos, y lo descubrieron todo. Un soldado que se bate con un señor, no es cosa de todos los jueves; la aventura se propagó por la ciudad, y en algunos días no se habló de otra cosa. Todos, hasta mis superiores aplaudían el valor y la fuerza que había demostrado aguantando tantas horas las heridas, todos querían saber quién fuese aquel caballerito, todos tenían curiosidad de conocer a la muchacha. Cuánto sentía que la pobre Luisa andase en lenguas, como suele decirse, por causa mía, no sabré expresarlo; estaba desesperado, habría dado la mitad de mi sangre para evitarlo. Supe después que aquel joven tenía una herida grave en la cabeza, díjeronme luego que estaba casi curado y que quería irse de la ciudad. De Luisa no tuve noticias. Temía que estuviese enferma, y que su hermano, a consecuencia de lo ocurrido, la maltratase más que antes, y que aquel galán, apenas curado, la persiguiese de nuevo. Vivía en ansiedad continua, dilatábase mi curación, y estaba tan débil, que por la noche me enter-

necia a cada momento, y algunas veces me ponía a llorar. Entre tanto, estaba para concluir el invierno, y comenzaba a hablarse de guerra.

" —¡Ojalá hubiera guerra!, pensaba yo. Quizás me curase de esta desgraciada pasión. — Tras la fiebre cayéronme encima otros mil males, y pasaba la vida más triste que puede imaginarse. No me dejaban ni tan siquiera ver a los amigos, por miedo de que enviase cartas o recados, y promoviese nuevos disgustos, pues querían darlo todo por concluído. ¡Oh, qué días tan amargos, señor coronel! . . .

" Pero una tarde, una sola tarde, lo cambió todo. Era al anochecer: yo estaba en la cama más triste que nunca. Vino una monja a darme un refresco.

" — ¿Os sentís muy malo? — me preguntó, viendo que tenía los ojos colorados. — ¿Por qué os desanimáis así? ¿qué tenéis?

" — Ay, hermana — respondí moviendo la cabeza, — soy muy desgraciado: eso es lo que tengo.

" — Vamos, valor — contestóme, y después añadió sonriendo: — ¿No oís que hay quien canta por alegraros?

" Escuché atento, y oí una voz lejana que venía de la calle, de las casas de enfrente; una voz de mujer que cantaba, una voz débil, pero que parecía esforzarse para hacerse oír; toda la sangre se me removió. El corazón comenzó a latir con violencia. Me acometió una fuerte angustia, me contuve todo lo que pude; pero, finalmente, púseme a sollozar y a reír como un chiquillo, apoyando la cabeza en el brazo de la hermana, que me miraba sorprendida. — ¡Oh, Luisa! Tú eres, exclamé, cayendo sobre la almohada: ¡alabado sea Dios!"

El coronel respiró, como si también él se sintiera en aquel momento libre de alguna opresión.

— Desde aquel día comencé a mejorar. Mis amigos, que querían verme, obtuvieron permiso para llegar hasta mí, y al cabo de una semana pude levantarme. Mis primeros pasos dirigiéronse a la ventana. Era una de las más hermosas mañanas de abril. Me acerqué a la reja temblando, me agarré primero a los hierros con mis manos flacas y descoloridas, y miré al último piso de la casa fronteriza. Allí estaba: parecía que me esperase. Hallábase apoyada al alféizar con el rostro vuelto hacia mi ventana; me miró atentamente, parecía que no me reconociese, que estuviera incierta, agitada se apretaba los dedos, volvía la cabeza a derecha e izquierda, se iba, volvía y no estaba quieta un momento. Yo aproveché un instante que no había nadie alrededor, y acercándo la cara a los hierros, dije en voz baja, pero con fuerza: — ¡Luisa!

" — ¡Ah! — exclamó ella, y permaneció inmóvil como una estatua, mirándome. — ¡Luisa! — repetí yo; entonces se sonrió y apoyóse con una mano al alféizar, como si le faltasen las fuerzas. Yo la llamé una vez más.

" — ¡Oh, Dios! — gritó ella, y desapareció. La misma mañana, como ya estaba convaleciente, me mudaron de sitio, y adiós ventana, pero a los pocos días halléme ya en estado de salir; parecía un loco: ¡salir, volver a verla después de lo que había ocurrido, después de haber sufrido tanto! Pero ahora verá su merced cómo parecía empeñada la suerte en que no viviese nunca tranquilo.

" La guerra, en el tiempo transcurrido, habíase hecho casi segura. Muchos cuerpos habían dejado ya sus guarniciones, y precisamente el día que salí del hospital, vino la orden de partir los dos batallones. ¿Qué hacer? ¿no vería más? ¿Marcharme de aquella manera incierta y dudosa, sin estar seguro, por lo menos de que me correspondía de veras y me aguardaría? Pero, no quedaba tiempo para recibir contestación, y tenía que contentarme con escribirle yo. Al salir del hospital debía andar en seguida al cuartel y del cuartel en seguida a la estación del ferrocarril. Pensé que en una parte u otra encontraría al hermanito. Escribí de prisa, en el mismo instante de partir, una cartita, que no contenía más que este renglón: — Si vivo volveré: palabra de honor. — En el cuartel no estaba el chico, pero lo vi en la estación: parecía que me buscase. En aquellos pocos minutos de espera, antes de subir a los vagones, pude apartarme de las filas, él me vino detrás, y ambos a dos metimos al mismo tiempo la mano en la faltriquera. Yo le di la cartita, él sacó con grandes precauciones una cosa envuelta en un pedazo de papel, y me la puso en la mano diciendo: — Es de mi hermana; — y echó a correr. Miré, era una petaca, señor coronel . . . ya me comprende su merced. Al día siguiente fué cuando escribí por primera vez a casa todo lo que había pasado, manifestando mis intenciones; y después de aquella carta, fué cuando su merced tuvo la bondad de ocuparse de mí y de ayudarme. Lo que sucedió después, ya lo sabe.

" Hice toda la campaña con mi batallón; en San Martino encontré entre los heridos más graves un cazador, a quien me pareció conocer y que llevé yo mismo a la ambulancia, en donde murió a poco de llegar. Era el hermano de Luisa, que se había alistado voluntario después de comenzar la guerra, y que tenía una bala en el costado. Antes de morir me reconoció, me dió las gracias y me recomendó a su hermana. ¡Pobre muchacho! Concluída la guerra, mi batallón fué a Turín. Allí supe que una señora de Savillano, que la conocía, había protegido a Luisa, y que ésta estaba bien, aunque había sufrido mucho por la muerte de su hermano mayor, y que el pequeño iba a trabajar. Mi clase fué licenciada, y yo marché en seguida a Savillano, donde sabía que por favor de su merced, señor coronel, había llegado o iba a llegar mi madre. Llegué por la mañana temprano. Era una hermosa mañana, hermosa y fresca como el día que había visto a Luisa por vez primera. Corrí en seguida, vestido de cazador como estaba, a la calle detrás del hospital.

" Ella no había querido dejar la casa, aunque

la señora que la protegía le había ofrecido la suya.

" Subí la escalera a brincos, palpitándome el corazón de manera que parecía que iba a reventar.

" Acerquéme de puntillas a la puerta; una mujer que estaba en el patio y parecía enterada de todo, hízome seña de que Luisa estaba en casa; la puerta estaba entornada. Acerqué el oído a la cerradura, sentí tararear; era ella. Saqué la petaca y la arrojé dentro del cuarto. Cesó el canto, oí un grito agudo, entré, víla, abrió la boca para arrojar otro grito, no pudo, agitó dos o tres veces las manos en el aire, como una loca, después vaciló y cayó en mis brazos. Aquella tarde llegó mi madre, al día siguiente partimos para Valdieri y hétenos aquí hace tres días, aquí con aquella querida y santa... ¡Oh, Dios! ya está ahí".

Luisa había aparecido bajo el emparrado vestida de novia, con un velo blanco a la cabeza y una basquiña negra, que se adaptaba muy bien a su delgado y gallardo talle. Tenía el rostro sonrosado y los ojos húmedos, y en sus ademanes y en su andar una compostura llena de gracia. A un lado de ella venía la madre de César, al otro el hermano, muchachuelo de unos diez años. Detrás, un grupo de parientes y amigos, todos callados.

— Señor coronel... — murmuró la joven tímidamente, haciendo una reverencia.

Después se volvió hacia su futuro, brilló un relámpago en sus ojos, sonrió y bajó la cabeza.

El coronel, aun conmovido por el relato de César, la miró largamente con una mezcla de curiosidad y de ternura. César se puso a contemplarla con aquella mirada ávida de los enamorados, que gira alrededor de la persona querida, y la abraza y la envuelve, como si quisiera estrecharla en sus espirales y traerla hacia sí. La madre y las otras mujeres mirábanla también con aire de complacencia respetuosa, alargando de vez en vez la mano para arreglarle un pliegue del velo o del vestido, y todos estaban callados; y Luisa, confusa de tantas miradas, con los ojos entornados, con la sonrisa en los labios, fingía mirar una punta del velo que entre los dedos arrugaba.

— Conque... — comenzó a decir lentamente el coronel para romper aquel silencio, — vais en seguida...

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron.

— La iglesia está a pocos pasos de aquí. Ya la habréis visto al venir, Luisa; está allí, en el fondo del valle, apenas pasado el puente. El camino es muy bueno, con mucha sombra...

Todos continuaban callados.

— Y luego, tenemos un día muy hermoso. Hasta el tiempo está de fiesta, como veis... ¿Para qué hora habéis fijado?...

— Para las siete — contestó la madre.

— Entonces — añadió el coronel, mirando el reloj, — ya es hora.

Los dos jóvenes se estremecieron. Se miraron, y dieron un paso el uno hacia el otro.

— Conque... — dijo la madre con una sonrisa, mirando primero a ella y después a él, — ¡ánimo, del brazo!

César dió el brazo a su novia. Ella se apoyó en él, y ambos acompañaron con la mirada aquel acto, como si hubiesen tenido que hacer una cosa dificultosa o extraña. Temblaban.

— Adelante — dijo la madre.

Dieron dos o tres pasos para seguir. Después advirtieron que habían olvidado saludar al coronel, volvieron la cabeza los dos hacia el mismo lado, y se encontraron sus rostros. Todos sonrieron. Luisa se ruborizó.

— Dios os acompañe, muchachos — dijo el coronel, levantándose y dirigiéndose hacia ellos. Los novios se alejaron, caminando con pasos inciertos y desiguales; detrás los parientes y los amigos. La madre y el coronel cambiaron una sonrisa, como diciendo: — ¡Pobres muchachos!, no saben lo que les pasa.

— Dios os acompañe — repitió el coronel cuando quedó solo, mirando a la puerta por donde habían salido. La alegre comitiva estaba ya allá abajo, descendiendo por la carretera de la colina.

INSTANTES divinos! No hay felicidad humana que valga tanto como ellos. A la plenitud del júbilo que invade el alma, parece que nuestra pobre naturaleza, no puede resistir; la misma inteligencia no la comprende bien, la entrevé a relámpagos, y no podría detener en ella por largo rato el pensamiento. Vais adelante con una especie de estupor, como si fueseis soñando, como si atravesaseis desconocidos jardines, llenos de plantas quiméricas e iluminados por fantásticos resplandores. Todo parece sueño, la gente que se detiene para veros pasar, el alegre murmullo de los parientes que os acompañan, el lejano campanario de la iglesia que os mira y aguarda, los lugares conocidos y las cosas que parecen animarse para reconoceros y saludaros. — Mira con quién estás — dice el corazón. — ¡Ella es mía! Y adelantáis con paso trémulo, y miráis aquí y allá con ojos extáticos, o contempláis con una especie de extraña curiosidad la manecita que se apoya en vuestro brazo, como si la hubiesen puesto allí sin que lo supieseis y prestáis oído al crujido de la falda, como al son de murmullo misterioso, y experimentáis profunda dulzura al sentir en el rostro aquel aliento tibio y frecuente, y en el brazo el peso ligero de aquella querida criatura, que de vez en cuando parece que vaya a caer y oprime vuestro costado. Y abrumado por aquella delicia, casi quisierais apresurar sus instantes, y llegar pronto a la iglesia, pues os parece haber robado al mundo un tesoro demasiado rico, y que aun os lo pueden quitar.

Y vuestros dos rostros, de cuando en cuando, se vuelven y los ojos se encuentran, y se bajan los párpados, y todo se oscurece en torno, y en aquel rápido encuentro no veis más que aquella pupila húmeda que resplandece, os mira, y se entorna; y se mueven los labios,

se habla, ¿de qué?, de nada, de todo: — Mira. — Di. — César. — Oye. — Luisa. — ¡Dios! — Palabras que brotan de la íntima y secreta armonía del alma.

He ahí la puerta de la iglesia.

— Muchachos, ¿a dónde vais? — grita la madre. Están embobados; ni saben ellos dónde están.

Salen.

Aquí el ánimo se apacigua y la idea de nuestra felicidad, a la cual primero no bastaba la mente, se esparce en mil imágenes risueñas, que se suceden unas a otras, rápidas y distintas, llevando al corazón de delicia en delicia hasta el sentimiento completo y claro de aquella felicidad, por la cual estabais antes oprimidos y abrumados. Primeramente, el rostro de ella, dormida a vuestro lado, cuando contemplándola en el silencio de la noche, le diréis con los ojos mil ternezas, y os parecerá que ella, durmiendo, os entiende y os responde con aquella risa fugitiva que asoma a los labios cerrados; y después, el primer saludo de la mañana, alegre, suave, infantil, mezclado a veces con un súbito retorno a la timidez virginal, no completamente vencida todavía por la costumbre de la vida común. Y los muchos días en que al volver a casa os parecerá siempre extraño que ella deba estar allí aguardándoos y temeréis casi no encontrarla, y apretaréis el paso, y el primer eco de su voz festiva, y el rumor de aquel paso rápido y ligero, que vendrá a vuestro encuentro, penetrarán en las profundidades de vuestra alma, como después de larga ausencia.

Y aquellas frescas y luminosas mañanitas de primavera, en las que con el despertar de la naturaleza se despertará también en vuestras almas el ardiente amor de los primeros días, y un impulso irresistible os arrojará el uno hacia el otro, y al miraros y al sonreíros, volveréis a sentir la inefable dulzura de las primeras miradas y las primeras sonrisas; y aquellas horas tristes, cuando contemplaréis desde la ventana la campiña cubierta de nieve, o la lluvia pausada y monótona, y en aquel silencio y en aquella soledad, se hará más viva y profunda la ternura de vuestros pensamientos melancólicos, y a cada relámpago y a cada trueno os estrecharéis en un abrazo más fuerte, y hablaréis en voz más baja y más tierna; y las largas veladas del invierno, que pasaréis los dos solos, tranquilos, serenos, ora discurriendo sobre vuestros quehaceres domésticos, ora charlando y riendo con ingenuo abandono, ora evocando los dulces recuerdos del tiempo en que no os hablabais todavía: — ¿Qué es lo que me dijiste en tu interior aquella vez? ¿Qué pensaste de mí aquel día?

Y aquellas noches felices en las que estando solos comprenderéis no estar solos ya, y os parecerá que alguien os oye y os mira, y experimentaréis hacia vuestra compañera un afecto más delicado y solícito, y a ciertos movimientos suyos de sorpresa, a ciertas turbaciones súbitas detendréis la respiración e interrogaréis su mirada, y al serenarse su rostro, palpitaréis de júbilo y le abririés los brazos.

Y aquellas noches en que al despertaros sentiréis alentar y moverse junto a vuestra cabeza una criaturita inquieta, y su manecita, que busca vuestro rostro, y una vocecita quejumbrosa llamaros padre, y dos tiernos bracitos ceñiros el cuello; y aquellas numerosas veces en que vuestra gratitud hacia aquella dulce compañera que está siempre a vuestro lado, que vive por vosotros, que no tiene otro bien más que a vosotros, que es feliz por vuestras alegrías y tiembla por vuestras penas, y os consuela y os inspira resignación, y os infunde valor, y os hace amar el trabajo, la casa, la paz, la virtud, y sufriendo y llorando cumple con amoroso entusiasmo su santo ministerio de madre, y enseña a vuestros hijos a quereros, y os prepara vejez sosegada y serena, después de haber embellecido vuestra juventud con todo el fuego de su noble alma, virgen, apasionada y creyente. Aquellas numerosas veces, repito, que vuestra gratitud para con aquella dulce compañera, provocada casualmente por un recuerdo, por una palabra, por un ademán, estallará de improviso en transporte de indefinible ternura, y la colmaréis de caricias, de gracias, de bendiciones, llamándola con los nombres más tiernos y suaves, pidiéndole perdón por todas las amarguras que habrá sufrido por vuestra culpa, y conmovida como la veréis, y radiante, os parecerá más hermosa que el día que la llevasteis al altar... ¡Riqueza, gloria, poderío, con qué desdeñosa superioridad os mira el Amor! . . .

EL coronel salió al encuentro de los novios hasta la carretera, y los recibió con mucho regocijo, y los acompañó hasta debajo del emparrado. Luisa lloraba. César parecía fuera de sí; y todos los demás de la comparsa, alegres, conmovidos, haciendo un tumulto atronador, giraban sin descanso alrededor de uno y otro, sin ser vistos, oídos, ni comprendidos.

Estuvieron algún tiempo todos juntos bajo el emparrado, aquel tiempo en que, recobrado el ánimo del primer ímpetu de la alegría, meditan los esposos, y la multitud de sus primeras imágenes se va desvaneciendo poco a poco hasta que no queda más que una sola que, sin fijarse nunca en la mente, gira a su alrededor, asalta, desaparece, vuelve de improviso y promueve en el corazón súbitas palpitaciones y estremecimientos misteriosos. En medio del general regocijo, sólo aquellas dos frentes parecen de vez en cuando pensativas, y aquellos ojos se buscan y se acechan con una especie de curiosidad infantil, y el uno observa todos los ademanes, todos los movimientos del otro, y las almas se interrogan y se entienden sin hablar, y las palabras tienen para ellos diverso sentido del que es propio, y las sonrisas dicen otra cosa.

Son aquellas horas deliciosas, tantas veces imaginadas, tantas veces soñadas, que nos

hacían preguntarnos a nosotros mismos, ¿qué le diré en aquellos momentos? ¿Cómo me mirará? Las horas en que a medida que el tiempo transcurre, sentimos como si nos alejáramos del mundo, y vemos obscurecerse todo lo que nos circunda, y en torno nuestro aparecer una viva claridad; aquellos momentos en los que si alguno de los presentes dice *mañana*, nuestro corazón se estremece, y el alma repite en su interior *mañana*, y parece que todo debe estar mañana cambiado en el mundo, y se levanta más viva en el pensamiento aquella imagen secreta.

Poco antes de la hora fijada para la reunión de los amigos, el coronel llamó a los nuevos esposos y al hermanito de Luisa, los condujo a un cuarto del piso bajo, y se entretuvo buen rato con ellos, quizás hablándoles de intereses, o para fijar las nuevas atribuciones de César, cuya situación quería cambiar hacía tiempo.

— Quizás todas estas observaciones — concluyó diciendo, — no había necesidad de hacerlas; ¿no viviréis junto a mí y bajo mi inspección? Basta, pues. Acudid a mí en vuestras necesidades, como lo haríais con un antiguo amigo. Quiero que tengáis confianza en mí, porque os estimo y porque la merezco. Comprendedlo: yo no tengo parientes, no tengo ya amigos: estoy aquí separado del mundo; no tengo otros a quienes querer, y viviré por vosotros. ¿Qué otra cosa puedo hacer a esta edad? Pues bien, sepa yo que sois felices, reciba todas las mañanas vuestros buenos días, al retirarme vuestras buenas noches; vea a César trabajar con ánimo, y a ti, Luisa, hacer tu vida casera tranquila y contenta: ¿qué más puedo desear? Con tal que me dejéis decir cuatro chanzas de vez en cuando...

— Señor — exclamaron a la vez marido y mujer, mirándolo con ternura casi compasiva.

— Digo la verdad; y tú Luisa, estarás contenta, te lo aseguro, porque conozco a César antes que tú, desde chiquitín, y te verás compensada de todo lo que sufriste, pobre criatura. ¡Oh! Es muy justo. Aquí olvidarás los malos ratos que has pasado; haremos lo posible para hacértelos olvidar. Habías quedado sola en el mundo: pues mira, aquí tienes buena compañía, tienes marido, tienes madre, y... si quieres, hasta tendrás papá. ¿Te contentas?

Luisa quiso hablar, pero no pudo.

— Y también nosotros seremos amigos, ¿no es verdad, caballerito? — Y diciendo esto, tomó de la mano al hermano de Luisa y se lo acercó. ¡Seguro! y haremos juntos nuestras caminatas por el campo, y leeremos y escribiremos, y haremos otras muchas cosas, y viviremos alegres, ya verás, y cuando mis piernas digan que no quieren hacer ya su oficio, pediré ayuda a tu brazo, que lo que es a dar una vueltecita todos los días por estos collados, a eso no renuncio. Y estarás mejor aquí que trabajando en la ciudad, sin familia ni protección, te lo prometo. ¡Pobre muchacho! Estabas abandonado, pero hay una Providencia para todos... ¿Qué tienes? ¿Qué quieres decir?... ¡Ah! comprendo: sí, ven aquí, pobre muchacho, abraza a este viejo que va ser tu padre. Vamos, basta ya, tranquilízate.

Y el chico sollozaba, que parecía que iba a ahogarse.

— ¿Y tú, Luisa, qué tienes? ¿Por qué me miras de ese modo?

— Señor coronel — contestó Luisa, con la voz temblorosa y haciendo un esfuerzo — ¿qué quiere que yo le diga? No encuentro palabras, no sé... paréceme soñar... paréceme que esto no puede ser verdad... Yo era una pobre muchacha sin padre ni madre, abandonada de todos; trabajaba para vivir y no tenía ni ropa para mudarme. Padecía frío, y muchas veces hambre... y vivía así sin esperanza, y pasaba tales días y tales noches, que casi me desesperaba... Y después, todo cambia: lo encuentro a él, a César, que me quiere y me protege; va a la guerra, sale salvo, se acuerda de mí; vuelve, dice que se quiere casar conmigo, hace venir a sus parientes, me trae aquí, y todos me obsequian, y encuentro un señor, como usted, que se interesa por mi hermano, y habla de esa manera, y me hace ver un porvenir tan bueno... Y después, todo lo que veo y todo lo que oigo decir de tres días a esta parte... ¿Qué quiere usted que piense yo? Yo no lo sé... Yo no puedo casi creerlo... Es demasiada felicidad toda de una vez... Yo no he hecho nada para merecer todo esto... Yo era una pobre muchacha... ¿Qué quiere... que yo le diga?...

Y echó a llorar.

— Quiero que me digas que eres mi ahijada, y nada más: eso.

— ¡Oh! Es demasiado — exclamó Luisa con acento de ternura inexplicable, y se arrojó a besar la mano del coronel.

— Quita, quita: ¿qué haces loquilla? Aparta, mira que viene gente.

Luisa y César se volvieron, y vieron cuatro cazadores que cruzaban el pequeño prado. Eran los primeros invitados.

— Ya están aquí — exclamó vivamente el coronel, levantándose para salir a su encuentro. — ¡Ah! siento que me quitan veinte años de encima.

Luisa permaneció en el aposento para tranquilizarse un poco, y César salió con el coronel. Los parientes y amigos, que estaban bajo el emparrado, corrieron también al encuentro de los soldados.

— Bienvenidos, camaradas — exclamó César estrechando la mano a los cuatro. — Aquí está el señor coronel que os ha convidado. — Los cazadores lo saludaron militarmente, poniendo el rostro grave y manteniendo la mano a la altura de la frente. El los miró con atención, uno tras otro, procurando recordar el gesto autoritario de aquellos tiempos en que quería imponerse a los soldados indisciplinados. Después sonrió y les tendió las dos manos, diciendo afablemente: — Venid acá, muchachos. — Entonces rieron ellos también; le estrecharon la mano y comenzaron a hablarle con tanta franqueza, que parecían íntimos y antiguos amigos. En un momento lo abrumaron a preguntas todos a la vez.

— Señor coronel, no sabemos cómo dar las gracias a su merced.

— Su merced ha sido demasiado bueno con nosotros, señor coronel.

— Perdone, señor coronel, ¿hace mucho tiempo que ha dejado el servicio?

— ¡Oh, qué hermosa quinta!

— Mira, aquí hay banderas.

— Y farolillos de color.

— Y guirnaldas.

— Y música.

Habían entrado en el prado siete u ocho músicos con flautas y violines.

— ¿Es ésta la quinta? — preguntó en aquel momento una voz desde la carretera. En seguida se presentó a la puerta otro grupo de diez o doce soldados. Toda la comitiva salió al encuentro. Había entre ellos cazadores, soldados de línea, uno de caballería, dos artilleros: todas las armas estaban representadas. Unos llevaban quepis, otros gorra de cuartel, algunos levita de uniforme, otros capote; aquéllos, pantalones de soldado, éstos, calzones de labriego; cada cual se había puesto encima lo poco que le quedaba del tiempo del servicio, todo ello ropa vieja, descolorida y rota, que revelaba la campaña del año 1859, a tiro de ballesta. Algunos tenían la medalla de Crimea. Todos eran muchachotes robustos, tostados por el sol, con rostro franco y alegre; detrás venía gran tropel de curiosos, que se detuvieron ante la puerta.

— Adelante — gritaron a una el coronel, César y los campesinos.

Los soldados entraron y fueron recibidos con toda clase de demostraciones festivas, y rodeados por todos con gran bullicio. El coronel se volvía de un lado y otro, alargando la mano a éste y aquél; César iba de ceca en meca, llamándole y tirándole de los brazos por todas partes; las campesinas que se contaban en el número de los convidados, giraban en torno, todas ellas reunidas en apretado grupo, mirando a los soldados, riendo, hablándose al oído, haciendo toda clase de amables coqueterías. Y había quien palmoteaba en señal de regocijo, y quien entre los labriegos reconocía y abrazaba a amigos y allegados, y todos hablaban y reían a la vez, produciendo un alboroto infernal.

En medio de aquella confusión, César desapareció.

Todos los demás continuaron charlando y acercándose a la puerta de la quinta. Aquel viejo, cano y encorvado, en medio de aquel grupo de jóvenes soldados, producía muy buen efecto; parecía el padre de todos, y estaba tan animoso y alegre como el más vivo y más valiente de ellos. Una palabra a uno, una frase a otro, un gesto por aquí, una sonrisa por allá, teníalos a todos encantados, y todos le miraban, le escuchaban y le hablaban desde aquel primer momento con expresión de respeto, de ternura casi filial.

— ¡Bravo, muchachos! — decía de vez en cuando, mirándolos a todos. — Bravo, habéis hecho muy bien en venir — y ellos reían y se miraban como diciendo: "¡Qué buen corazón, qué anciano tan amable!

De pronto callaron todos.

— Aquí están los novios — dijo el coronel.

Luisa y César habían aparecido al umbral de la puerta. César llevaba uniforme de cazador, y los galones de cabo.

El grupo de los soldados se dividió en dos alas, los novios pasaron por medio, a un lado y otro se descubrieron las cabezas, y resonó prolongado murmullo.

— ¡Linda cara!

— ¡Hermosa figura!

— Parece una señora.

— ¡Bravo, César!

— Tiene aspecto de buena chica.

— No tiene mal gusto el amigo.

— ¡Qué ojos tan hermosos!...

Todas estas frases llegaron al oído de los novios. César se pavoneaba y se volvía para mirar a Luisa en los ojos. Luisa sonreía y se cubría el rostro con el abanico.

Hicieron corro en medio del prado, y de dos en dos, de tres en tres, todos los soldados fueron a hablar con la novia, haciendo gran esfuerzo para suavizar un poco aquellos tremendos vozarrones, acostumbrados a hacer oír el "centinela alerta" a una milla de distancia. Y Luisa acogió a todos con su sonrisa y sus ademanes apacibles; sin soltar nunca el brazo de su marido, y girando la mirada en torno del rostro de los que le hablaban, sin fijarla nunca en los ojos. César estaba observándola mientras recibía los cumplimientos de sus camaradas, con una curiosidad, con un placer, como si la viese entonces por vez primera.

— ¡A la mesa, amigos! — exclamó el coronel.

Todos se dirigieron hacia el emparrado, hablando confusamente. La mesa estaba dispuesta bajo el emparrado. Componíanla diez o doce tablas unidas, de modo que formaban una sola, capaz para treinta personas, pues llegaban a este número los comensales, entre paisanos y soldados. Sentáronse los novios uno al lado del otro, el coronel enfrente de ellos, en medio de los dos artilleros. Todos los demás soldados alternaron con los campesinos. Acá y allá, entre los anchos hombros de dos cazadores, aparecía la cabecita de una serrana, toda encogida, contenta en su interior, pero tan turbada en el rostro, que no sabía a dónde mirar ni a qué parte volverse. La conversación fué desde el principio animadísima, acompañada de rápida faena de manos y dientes, pues todos, excepto dos, tenían un apetito devorador. Cinco o seis muchachos servían la mesa, y tenían mucho trabajo en hacerse oír de los comensales para que les diesen los platos; tan absortos y acalorados estaban en la conversación. Los soldados se llamaban y se hablaban de un extremo de la mesa al otro, gesticulando y accionando con los tenedores y cuchillos. El coronel, apostrofado e interrogado de todas partes, no tenía tiempo de contestar a nadie.

Un soldado, que estaba a su lado, le hablaba con mucha serenidad de ciertos inconvenientes del servicio: otro, desde el extremo opuesto de la mesa, le hacía una larga relación, de la cual no comprendía una palabra. Tres o cuatro sol-

dados, cada uno en su sitio, se habían hecho un auditorio especial y contaban los episodios de la guerra a los atónitos labriegos o promovían de vez en cuando ruidosas carcajadas, con burlescas anécdotas de cuartel. Otros se entretenían recordando entre ellos los días que pasaron juntos en el regimiento, y los camaradas y los oficiales, con aquella benévola indulgencia de juicio propia de semejantes ocasiones, en las que hasta los superiores a quienes odiaban se convierten en bravos jefes, y los compañeros más idiferentes en buenos amigos.

Luisa tenía a su lado un soldado que se esforzaba en hacerse el galante, y no ocurriéndole otra cosa que decirle, le endilgaba los más extremados elogios de César, su amigo de muchos años: — Un muchacho de oro, un joven como hay pocos, que tiene instrucción, y que si hubiese nacido en otra clase, hubiese llegado a ser algo. Y ella estaba oyéndolo muy atenta, como quien escucha una música deliciosa y suave murmurando de vez en cuando: — sí, es verdad; ¡oh, si es verdad, lo sé — y miraba a los comensales y al encontrar la mirada de uno, dejaba ver una ligera sonrisa, y miraba a otro, y preguntaba a su vecino los nombres, y se hacía explicar la diferencia de los uniformes. Y César era el más alegre y más contento de toda la comparsa; llamaba por su nombre a los que estaban lejos, daba palmadas en el hombro a los que estaban cerca, servía vino a un lado y otro, metía la cuchara en las conversaciones de todos, volviéndose a cada momento para decir en voz baja: — Luisa — a la cual respondía un — César — siempre más pronto y más suave. A cada instante el movimiento de las botellas se iba haciendo más rápido; las muchachas comenzaban a soltar la lengua; todas las voces se confundían, todos los ojos relampagueaban, las manos se agitaban en el aire, y el coronel, arrastrado por la general alegría, se excedió hasta abrazar a sus dos vecinos, ahogándolos casi, y exclamando: — ¡Ah, bravos muchachos! vosotros me haríais volver al regimiento, tan viejo como soy.

— Este es el rey de los panes — gritó un cazador levantando en alto un pan de munición, que había quedado intacto en la mesa. Todos se volvieron a mirarlo. A quien no le guste el pan de munición, decía un sargento, hacérselo tragar a la fuerza, y decía:

— Yo siempre lo he comido hasta la última migaja, ¿y tú?

— Yo también.

— ¿Y tú?

— También yo.

— ¿Y tú, César?

— El corazón de Luisa palpitó violentamente. César le tomó la mano que tenía bajo de la mesa, y contestó en seguida:

— También yo.

— Dime, César — preguntaba otro poco después — ¿dónde te hicieron esa herida de la mano?

Era la herida del desafío. Los ojos de Luisa resplandecieron.

— Ya te lo diré después — respondió César: — es una historia muy larga.

De allí a un momento:

— Enséñanos esa petaca — le decía un tercero, tomándole la petaca que le asomaba en el bolsillo de la chaqueta.

— Es muy bonita, ¿quién te la ha dado?

— Una novia mía — contestaba César.

— ¿Ah, sí? — murmuraba Luisa a su oído, — ajustaremos cuentas — y reía. Era la primera broma de aquel género que gastaba a su marido. El experimentó una sorpresa y un placer indefinibles.

De repente, un cazador se puso en pie, levantó el vaso, y gritó:

— ¡A la salud de los novios!

— ¡A la salud de los novios! — contestaron todos en coro, y levatándose en pie, comenzaron a chocar los vasos, estirándose cuanto podían sobre la mesa, alargando los brazos en todas direcciones, llamándose, buscándose, con inexplicable bullicio. Entre todas aquellas tostadas y robustas manos de los soldados y campesinos, agitábanse también las manos blancas y pequeñas de Luisa. Decíanle los soldados: — ¡Viva la novia! . . . — y ella contestaba con voz conmovida: — ¡Gracias, gracias!

Volvieron a sentarse todos; levantóse el coronel. Un airecillo inquieto esparcía y agitaba sus largos cabellos blancos, y con aquella cabellera, con el levitón que se había puesto, abrochado hasta la barba y largo hasta los pies, parecía una de aquellas severas figuras de santo, que se ven pintadas en la bóveda de las iglesias. Estaba hermoso y venerable; todos guardaron silencio.

— Oíd — dijo con afable sonrisa y con voz dulce y lenta; — vosotros, soldados, habéis bebido a la salud de los novios; los amigos y los parientes han hecho todos ellos algún regalo al novio o a la novia; solamente de mí no han recibido nada todavía, y eso no está bien. También quiero hacer mi regalo. Volveos hacia allá — y extendió la mano hacia los campos; todos se volvieron hacia aquella parte. — ¿Habéis visto aquellas banderas, no es verdad?

Un largo trayecto de los linderos de la posesión estaba señalado con una fila de banderitas; a la otra parte de aquel lindero comenzaban las tierras del Real Patrimonio.

— No lo habíamos visto aún — contestaron todos.

— Pues bien, todo el terreno, desde aquí hasta aquellas banderas. . .

Luisa se apoyó en el brazo de César.

— No es ya mío: es de César y de Luisa.

Todos los comensales prorrumpieron en un grito de entusiasmo. Luisa y César quedaron sin palabra con los ojos llenos de lágrimas, y fijos en el coronel.

— Y ahora, bebamos todos a vuestra salud, mis buenos soldados; os aseguro que en toda mi vida he hecho un brindis tan de corazón como éste. Tenía ya necesidad de encontrarme entre vosotros: ¡he estado entre vosotros tanto tiempo!; he pasado así mi juventud, así me he hecho viejo! Las pocas satisfacciones que he tenido en esta vida, las he tenido por vosotros.

he visto entrar a tantos de recluta en el regimiento; he visto marchar a tantos, licenciados ya; he tenido tantos amigos, tantos que han hecho la guerra conmigo... me acuerdo de todos, los conocería a todos. No los veré más; pero pensaré siempre en ellos, como en personas de mi casa. Y cuando tenían que dejar el servicio, yo los reunía siempre, como hago ahora con vosotros, y los despedía, y al verlos partir, sentía una tristeza como si partiesen mis hijos. Mis soldados lo eran todo para mí: compañeros, amigos, familia. ¡Qué días tan felices hemos pasado juntos! ¡qué campamentos tan hermosos! ¡qué vida tan alegre! ¡Oh! Pero ahora que os conozco, ya no os perderé de vista, sabedlo: no, no: de tiempo en tiempo quiero que vengáis aquí todos juntos, en familia, para que hablemos un poco, como cuando estábamos en el cuartel, e iré yo también a meterme en vuestras cosas domésticas. Cuando alguno trate de casarse, yo lo querré saber y le explicaré cómo debe dirigir a los hijos, le daré buenos consejos, y le diré haced que crezcan con noble corazón de soldado, con corazón honrado y valiente, para que, si tienen que ponerse el capote, se lo pongan de buena gana y se honren con él. No es buen hijo quien, en caso necesario, no sabe cumplir su deber de soldado, y quien ha cumplido su deber de soldado, es siempre buen padre de familia. Credlo, y dejad que alboroten los que no entienden estas cosas. Colgad vuestro capote a la pared, en el comedor de vuestra casa, al lado del retrato del rey, y dejadlo allí para que vuestros hijos lo vean y lo respeten, y se enorgullezcan de tener un padre que lo ha llevado y que ha hecho esa gloriosa guerra que habéis hecho vosotros. Yo apreciaba mucho mi capote de soldado, y lo he conservado con esmero, y lo tengo todavía, y cuando lo miro me palpita el corazón, y me parece que soy aún soldado; porque yo he sido soldado, ¿sabéis? Catorce años lo he sido, y ahora, al encontrarme en medio de vosotros, al hablar con vosotros, no sé... me siento... quisiera volverme como entonces... vuestro camarada... y... mirad si lo soy en efecto... mirad.

Todos se pusieron en pie, arrojando un grito y extendiendo los brazos.

El coronel, con un rápido movimiento, se había quitado el levitón y había quedado con su viejo capote de soldado, estrecho, raído, de paño gris muy claro, manchado en todas partes por la lluvia y el uso; llevaba al pecho cinco medallas. Aquella acción había sido ejecutada con una viveza tan pronta y espontánea y acompañada con una sonrisa tan ingenua y modesta, que hubiera enternecido hasta aquellos que, no conociendo al buen coronel, hubiesen sospechado que había algo de ostentación y alarde en aquel entusiasmo juvenil.

Si no hubiesen estado a la mesa, los soldados entusiasmados, se le hubieran echado encima.

— ¡A la salud de mis buenos soldados! — gritó el coronel levantando la copa. —¡A vuestra salud! — repitieron los campesinos tocando los vasos de los soldados, y los soldados contestaron: — ¡A la vuestra!

Un cazador hizo señal de querer hablar. Todos callaron.

— Ahora... — dijo con voz insegura, teniendo una mano sobre el pecho, y tomando con la otra la copa, — ahora beberemos a la salud del señor coronel, a quien debemos dar gracias por la bondad que ha tenido de convidarnos, y bien se ve que estima a los soldados, y tanto más, cuanto que nosotros no tenemos siquiera el honor de conocerlo personalmente, y por ello se puede comprender el buen corazón que tiene, como si fuese nuestro padre, y nosotros sus hijos, y por esto bebemos a su salud.

Todos se levantaron.

— Un momento... y decirle que jamás olvidaremos este feliz día, que es una de las mejores satisfacciones que produce el haber servido al rey, y recordaremos los buenos consejos que nos ha dado, que son muy prudentes y oportunos, y todos debemos tenerlos presentes e imitar su ejemplo, que después de tantos años conserva aún el capote de soldado, que es una cosa que le honra a él, y nos enorgullece a nosotros. ¡Bebamos, pues, a su salud y que viva el señor coronel que tan bueno es para los soldados!

— ¡Viva! — gritaron todos con entusiasmo.

— ¡Viva el rey! es lo que habéis de gritar — exclamó el coronel.

Todos contestaron: — ¡Viva el rey!

— Señor coronel, ahí está el rey— gritó una mujer que llegaba corriendo.

Los soldados se levantaron impetuosamente de la mesa, arrojando al suelo sillas y bancos, y se precipitaron hacia la salida. El rey apareció en aquel momento bajo el emparrado, a caballo, en traje de caza. Todos quedaron asombrados por un instante, y después, todos juntos, como de concierto, repitieron con gran fervor ¡Viva el rey!

El rey saludó, y miró alrededor sorprendido. Todos callaron.

—¿Cómo están aquí todos estos soldados? — preguntó sonriendo.

Ninguno se atrevía a hablar. Un soldado se adelantó y dijo con desenvuelta vivacidad:

— Yo diré lo que ha pasado, señor; todos nosotros somos soldados licenciados; éste es el señor coronel retirado, que se ha puesto el capote, para estar con nosotros; éstos son los novios, y ahora se estaba celebrando la comida de boda, y nosotros hemos sido convidados por el señor coronel.

Dicho esto, tendió alrededor una mirada triunfal, como diciendo — Ved si sé yo de qué manera se habla a los reyes.

El rey sonrió, preguntó al coronel su nombre, miró la quinta, las banderas, los novios, los soldados, y después dijo:

— ¡Bravo! me gusta ver a los soldados contentos... ¡Bravo!... ¿habéis hecho todos la guerra?

— Todos — respondieron los soldados a la vez.

— Señor — gritó uno de ellos, descubriéndose un brazo hasta el codo y señalando una cicatriz, ésta es de la Cernaya.

(*Continúa en la página 110*)

Notas

Orquídeas de extraordinaria belleza, rosas y tulipanes agrupados en piezas de cristal o porcelana de Oriente; cestas colmadas de lilas, claveles, y toda la maravillosa exuberancia de las flores de estación, han constituído el homenaje del cariño y del respeto tributado por nuestra sociedad, en pleno, a los esposos González Segura-Guerrico, que acaban de celebrar sus bodas de oro. Hogar de singular arraigo y prestigio, en el que las virtudes de doña Anatilde Guerrico, gran dama por su abolengo, su cultura y el encanto gentilicio de su trato, se aunaran con la caballerosidad y distinción de don César González Segura, ha sido siempre centro de los círculos más representativos de la aristocracia argentina, que se han congregado cariñosamente en su residencia, para celebrar con la cálida espontaneidad del sentimiento, tan jubiloso aniversario.

Viejas crónicas de familia surgen nuevamente de la bruma del recuerdo, al comentar los acontecimientos, que han confirmado recientemente en nuestro medio el celo religioso y los acendrados sentimientos de fe cristiana que permanecen latentes en los círculos más caracterizados de la sociedad argentina.

Pero cuando algunas de esas crónicas de antaño parecen inspiradas por el decantado romanticismo de aquellos tiempos, las jovencitas modernas — un tanto reñidas con sentimientos que pasaron ya de moda — aseguran que la anécdota que se evoca tiene mucho de fantasía y muy poca realidad... La controversia se acentúa en derredor de la mesa de té íntima, y las cabecitas juveniles acusan a las damas de plateada cabellera, de hacerles un "cuento al caso..."

Y es entonces cuando esta vieja Duende, rememorando a su vez las crónicas que impresionaron su imaginación de niña, evoca también el recuerdo de aquel romance esbozado en la hidalga casona criolla, donde una juvenil y encantadora figurita vivía las primeras páginas de su novela sentimental, con el caballero inglés de ilustre prosapia, que, al saberse aceptado por la gentil porteña, pedía su venia para embarcarse rumbo a la patria lejana, de donde volvería en breve plazo con la autorización del jefe de su hogar, para celebrar en Buenos Aires su boda, fijando su residencia en nuestra amada ciudad.

Sufrió el barco de vela en su derrotero, todos los contratiempos: llegado a Inglaterra el impaciente novio, tuvo que prolongar su estada, debido al fallecimiento del jefe de la familia, trámites de herencia y mil inconvenientes que surgieron antes de poder pensar en su regreso...

Mientras tanto, la novia languidecía en la hidalga casona; transcurrieron los meses, sin noticias, puesto que las cartas del ausente no llegaron nunca a manos de la triste porteña: sus hermanos le aconsejaron entonces que se retirara al lado de su hermana mayor, que había profesado ya en la orden religiosa de las Capuchinas, instalada en el histórico convento de San Juan: orden monacal aquella, en la que sólo ingresaban las hijas de familia de alto rango y opulencia.

Así lo hizo la bella porteña, cuyas sobrinas nietas mantienen aún — dentro de nuestra aristocracia — la tradición de belleza y elegancia de su estirpe. Pocos meses después, en la amarga desilusión de creerse abandonada, tomaba el velo para pronunciar más tarde los votos definitivos.

Comentábase todavía la solemnidad de aquella ceremonia y la belleza de la novicia, en los salones de Buenos Aires, cuando llegaba a tierras del Plata el aristócrata inglés, en busca de su novia: su desesperación al conocer la sensacional noticia, fué inenarrable... y decidió entonces ofrecer a la imagen de la Purísima, venerada por las Capuchinas, el cofre en el que había reunido las joyas más valiosas de su familia, destinándolas a la elegida de su corazón. Clareaba el alba, cuando pasó bajo los dinteles del histórico templo, yendo a depositar al pie de la imagen el cofre colmado de aderezos, sobre los que puso su tarjeta consignando su ofrenda, por cuanto ninguna mujer debería lucir aquellas joyas en las fiestas mundanales. Pero quiso el destino que la novicia tuviera ese día a su cargo el arreglo del altar: que, movida por una curiosidad muy explicable, levantara la tapa del cofre, leyendo la tarjeta con el nombre que llevaba como un cilicio en su corazón... y el amor humano venció entonces todos los escrúpulos, haciendo saber al caballero inglés — por medio de complaciente mensajero — que deseaba tener con él una explicación, siendo ésta tan amplia y decisiva que en el misterio de la medianoche, abandonaba la bella novicia el recinto sagrado del convento para embarcarse rumbo a Inglaterra, en compañía del ferviente adorador, con quien se desposara inmediatamente, sin volver jamás a Buenos Aires, sin volver a ver tampoco a ninguno de los miembros de su familia.

No puedo menos de confesar a mis lectoras amigas, que acabo de recibir una pequeña satisfacción de amor propio, íntimamente grata para mí. Días pasados consignaban es-

Sociales

POR La Dama Duende

tas notas sociales el bello ejemplo de serena conformidad que nos ha dado en sus páginas una aficionada a las bellas letras, cuyas pupilas se han apagado para siempre, y ella, al verse cariñosamente estimulada, ha expresado su gratitud a un distinguido publicista, atribuyéndole el breve comentario de esta vieja Duende. ¿Lo creerán ustedes, lectoras amigas? El distinguido escritor, cuya firma ha conquistado desde hace algunos años tan gran notoriedad, parece que ha aceptado sin protestas la entusiasta gratitud de la novelista, que cree hoy a pie juntillas que la Dama Duende es un apuesto caballero, escritor de garra.

Si fuera exacta esta versión, quiere decir entonces que mi brillante colega no ve desmedrada su personalidad con esta confusión de la escritora agradecida, circunstancia que inspira la íntima satisfacción de esta vieja Duende, que confiesa hoy su pequeño pecado de vanidad.

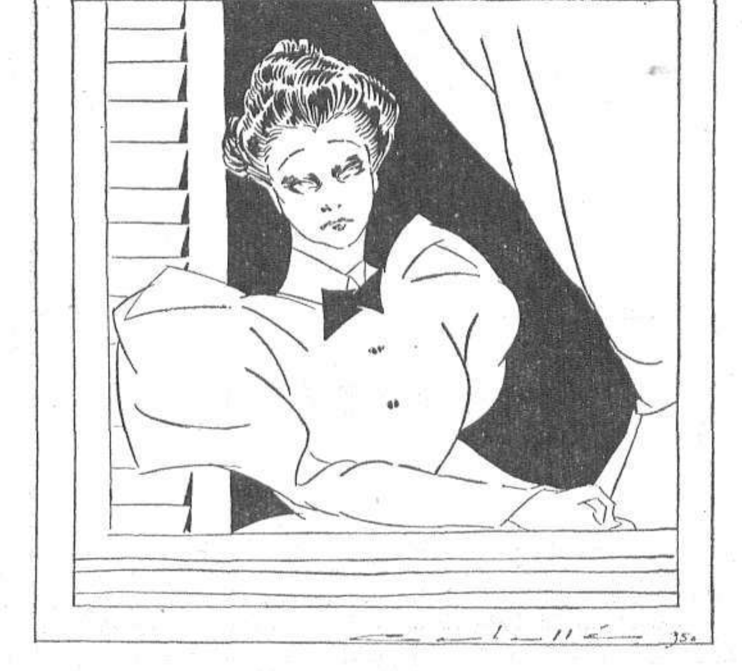
La reciente exposición canina parece haber despertado un interés extraordinario, por los ejemplares de razas exóticas, no sólo entre los que, desde tiempo atrás, se dedican a la cría de animales finos y costosos, sino también entre aquellas personas cuya actuación destacada en las esferas políticas internacionales, las coloca un poco al margen de las actividades del "Kennel Club".

Refieren las crónicas que un conocido artista, de gran notoriedad en nuestro país, hubo de recurrir a un sistema digno de "Scotland Yard" para recuperar a un pequinés legítimo, de rancio abolengo, que supo despertar deseos de posesión en el espíritu de un conspicuo miembro de la Liga de las Naciones, que no temió que le fueran aplicadas las severas sanciones que dicta ese magno cuerpo cuando alguno de sus componentes tiene veleidades de adueñarse de algo, por mucho que lo desee o lo necesite...

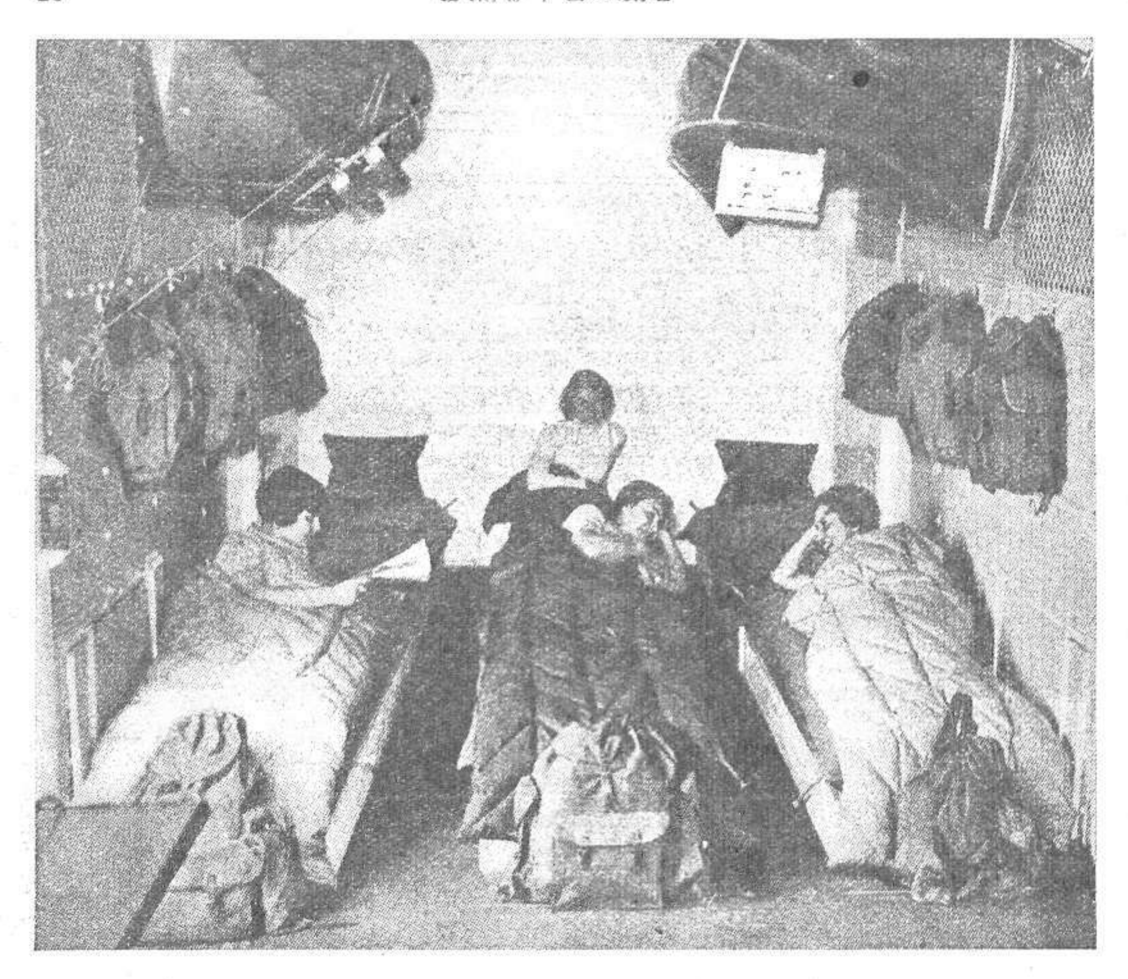
Perdida por el artista toda esperanza de recuperar a su pequinés, después de haber publicado en los diarios la pérdida sufrida, tuvo conocimiento, por una carta anónima, de que el animalito gozaba de buena salud, pero que, sus nuevos poseedores no tenían intención de devolverlo, esperando de su bondad que indicara por un nuevo aviso, qué alimento se le daba al perrito, pues se negaba a comer en absoluto. La respuesta no se hizo esperar: el artista, como concibe las obras de arte que surgen de su buril, así concibió la maquiavélica idea de inventar un nombre de pasta alimenticia, que clasificó de "Cupir", que sólo se vendía en determinada casa de negocio, asegurando que era lo único que comía el perrillo; y al mismo tiempo hizo la advertencia al comerciante en cuestión, de la treta de que pensaba valerse para saber en qué manos se hallaba su cachorrito. Pocos días después, los nuevos poseedores del pequinés caían en la trampa y se presentaban al comercio en busca de pasta Cupir. Lógicamente, un empleado que tenía la misión de realizar la pesquisa, dió con el lugar en que guardaban al animalito, el que volvió a manos de sus dueños legítimos, después de una visita gentil de la esposa del artista que, resueltamente, podríamos decir, *que colocó su escuadra en las aguas del Mediterráneo...*

¿Qué dirían los de la Comisión reunida en Ginebra si supieran que se aplican en Sud América sanciones más eficaces que las que sugiere el Viejo Mundo, cuando se trata de respetar derechos propios?

La Dama Duende

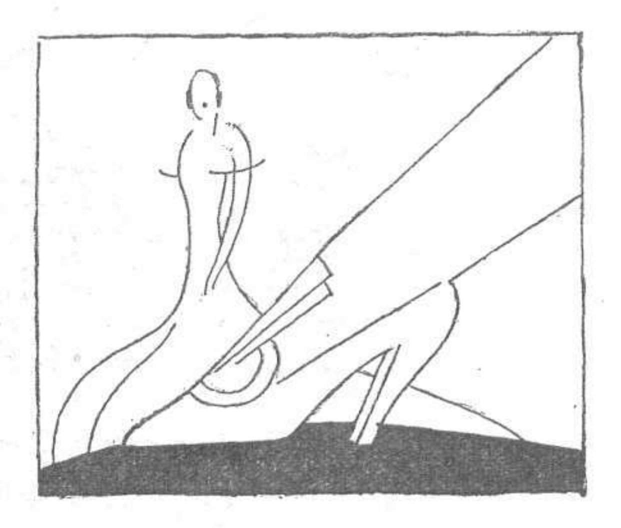


DIBUJO DE CABALLÉ



VAGONES *de* "CAMPING"

La última y feliz innovación ha sido realizada en los ferrocarriles franceses. Consiste en haber habilitado vagones de mercaderías para dar vivienda cómoda a los excursionistas que practican el sano ejercicio del "camping". Convenientemente preparados, los vagones van a parar a las líneas muertas de las estaciones cercanas a los sitios elegidos por los turistas. Es una iniciativa que debería ser adoptada entre nosotros. Las carpas, por cómodas que sean, pueden ocasionar molestias y hasta ser origen de enfermedades, en clima tan cambiable como el nuestro. Además, la seguridad personal de los "campeadores" se encontraría mayormente garantizada.



ZAPATOS

PARA los trajes de noche, se imponen los zapatos de brocato. Aquella tela con que se confeccionaban los magníficos trajes de nuestras abuelas y bisabuelas: aquellas telas que "se paraban solas", como se decía cuando se quería ponderar un rico género, son hoy buscadísimas para zapatos de baile o de teatro.

Esas telas hermosísimas, en las que se destacan sobre fondos metálicos, motivos de oro y plata o de vistosos colores, constituyen la más hermosa "funda" para un pie femenino, que se imagina uno que siempre debe ser "breve" como diría algún poeta cursi...

Los piececitos graciosos, calzados con zapatos que más bien parecen guantes, se levantan sobre tacos hiperbólicos, inmensos, inverosímiles, como verdaderos zancos, que no proporcionan en verdad mucha comodidad a sus dueñas, pero que, a la vista, resultan deliciosos.

En cambio, mientras el sol brilla, es decir, por la mañana y a mediodía, el taco de rigor es recto, bajo, y el calzado sobrio, liso, opaco, discreto.

Un pie calzado con sencillez, da la norma del buen gusto de la persona. No hay que olvidar que la exagerada fantasía en un zapato, es peligrosa: puede ser de suprema elegancia, pero también de una cursilería desastrosa.

El TRAJE *de la* MUCAMA *de* COMEDOR

EN invierno una sirvienta de comedor debe vestirse de negro, con cofia blanca, delantal y puños de hilo almidonados. Eso a la hora de comer, pues a la hora del almuerzo si no se tienen invitados, lo más práctico es que sirva de guardapolvo oscuro azul, gris o beige.

En verano, debe vestirse enteramente de blanco o tonos claros. Una pollera de hilo, una blusa de clarín, de batista o de seda, completamente lisa, con mangas largas y cuello alto, o apenas abierto. Los puños deben ser almidonados como la cofia.

En caso de tenerse invitados deberá servirse a la mesa con guantes de hilo y cofia de clarín con voladitos. Un delantal sencillo sin volados ni fantasías de los llamados "de peto" con tiras bordadas, que completarán el atavío de la mucama, que quedará ya sea joven o vieja, muy correcta con esta vestimenta.

No hay que olvidar que los zapatos deben ser sin taco y que es preferible que estos tengan suela de goma o que las sirvientas lleven zapatillas para evitar hacer ruido al servir alrededor de la mesa.



Una belleza exótica . . . y una atracción irresistible en esa piel límpida, suave como la seda . . . Esta encantadora vienesa sabe bien cómo conquista la belleza de la piel, y lo mismo que otras mujeres europeas famosas por su hermosura, cuida de lucir *todo su cutis* deliciosamente terso y delicado.

Haga usted como estas mujeres tan atrayentes, adoptando su sencillo tratamiento de belleza: use jabón Palmolive para su cara y *también para el baño.*

Este jabón de belleza suaviza y hermosea de verdad la piel, porque está hecho de aceites de palma y oliva. Al usarlo, usted verá qué diferente es su espuma rica y suave, que penetra profundamente en los poros, limpiándolos sin producir irritaciones.

Conserve lozana y juvenil toda su piel. Para el tocador y para el baño, use este maravilloso jabón, hecho con fino aceite de oliva. Así usted comprenderá por qué Palmolive es el jabón de belleza preferido en Austria, Francia, Italia y otros países europeos.

EN EL MUNDO ENTERO el jabón de belleza que más se usa es PALMOLIVE

Ropita para los bebés

A los bebés, les queda bien todo lo que se les ponga, pero hay prendas que a más de reunir comodidad y buen gusto, son realmente prácticas. Eso sucede con los chalequitos de vicuña, que antes se los ponían solamente los niños de cierta edad y que ahora los llevan ya hasta los bebés. Resulta realmente delicioso un niño o niña, que sobre su vestidito de diario, lleve su saquito de vicuña, ya sea de color natural o blancos que son realmente preciosos, pues con ellos puestos los bebés parecen gatitos de Angora... Un gorrito del mismo color como los que usan los deportistas que practican el esquí o el patinaje sobre hielo, completará este atavío que en la actualidad es la nota de mayor elegancia infantil para hacer los paseos matinales, sobre todo en estos tiempos de tan variable temperatura en que no obstante decir el almanaque que estamos pasando la primavera, la inesperada baja de temperatura puede acarrear bronquitis a los niños, difíciles de curar cara al verano.

Son también práticos los trajecitos de "viyela", que se fabrican en tan variados gustos y no menos práctica es la franela blanca, el moletón blanco o de colores y el "jersey" de lana. Con todas estas telas se pueden hacer primores para los niños, comprando los géneros y confeccionando en la casa los vestiditos.

La confección casera de toda la ropa de los bebés, es una fuente insospechada de economía doméstica, pues nada hay tan injustificadamente caro como la ropa para niños y bebés en las tiendas.

Vemos muchas veces que ropita de niños de un año, cuesta tan cara como la de criaturas de 10 o 12 años.

La ropa interior de los niños y de las niñas, es tan cara como la de las personas mayores y es que los comerciantes, especulan con el amor paterno y materno, para exagerar el costo de las cosas.

Cuando éramos niños

HAY cosas que son tan viejas como el mundo, y de las que han disfrutado en la niñez todas las criaturas de la humanidad. ¿Puede haber algo que nos rejuvenezca más, que nos transporte con mayor dulzura a la infancia, que ver a un niño hacer cunitas? Hace pocos días observé una escena que llegó a conmoverme en su sencillez deliciosa. Había tanta ternura en ella, traía a mi corazón tantos recuerdos, que sentí que mis ojos se llenaron de lágrimas. Un anciano con cabeza blanca, tenía apoyada sobre sus rodillas una adorable criatura de unos seis años, que observaba con la mirada atenta de sus magníficos ojos negros, cómo anudaba el viejo un hilo para hacer cunitas. Las manos temblorosas ataron los extremos del cordelillo, y los dedos apergaminados se movieron enlazando el hilo, mientras en los cuatro movimientos clásicos, diremos, quedaba terminada la cunita. Los deditos nerviosos, y no muy limpios, por cierto, de la chiquilla, se metieron como arañitas entre los hilos que formaban la extraña red y una nueva figura apareció, mientras el rostro del anciano que se iluminaba al decir a la chiquilla: "Ya aprendiste. Ya sabes hacer cunitas"... ¡Hacer cunitas!... Las hemos hecho hasta el cansancio todos, hemos pasado horas enteras entretenidos en tejer retejer las figuras, ensayando aquellas más difíciles o aquellas nuevas que aparecían entre nuestros dedos todavía no muy diestros. Ha habido una época de nuestra vida, la más hermosa sin duda, en que cada hilo grueso que pescábamos, era un tesoro preciado, y una vez anudado debidamente, convertíamos en nuestras víctimas a todas aquellas personas que podían entender en la factura de la cunitas...

Representa, pues, el hilo de las cunitas una época de nuestra vida, y al correr los años, todos los hilos nos recuerdan aquellos de la niñez, que anudábamos alegremente para nuestro juego preferido. Hoy, después de haber visto jugar al anciano y la chiquilla con el hilo para cunitas, que tiró a los pocos momentos la voluble personita, me agaché a recogerlo y los guardé... mientras en el corazón experimentaba una emoción infinita de ternura...

R O X A N A



EL JERSEY ES EL REY DEL MUNDO

Puede decirse sin temor a exagerar, que el jersey es omnímodo e invencible.

Jamás, en el curso de la historia, se ha conocido nada que haya gozado de aprobación tan unánime y de reinado tan prolongado como el jersey, ya sea de seda o de lana o de hilo.

La popularidad excesiva ha sido la razón del abandono sufrido por otras modas; pero en el caso del jersey, diríase por el contrario, que esta razón ha reforzado su influencia. ¿Qué misterioso ideal democrático será este, que ha conseguido que la aristócrata no desdeñe ponerse la misma prenda de ropa que llevan las personas de la clase media, y, en fin, de todas las esferas sociales?

Indudablemente se trata de una manifestación de la época... Vivimos en pleno imperio de lo utilitario, y no hay en verdad nada tan útil como el jersey.

Para deportes, para playa, para la sierra, para la estancia, para el viaje por mar, para los ancianos, para los niños, para todo sirve el jersey, y difícilmente aparecerá algo nuevo que pueda reemplazarlo. Es abrigado, es liviano, es flexible, es suave al tacto, lo es al contacto de la piel, es sentador, moldea las formas bonitas, disimula las feas: ¿qué más se puede pedir?

Los "sweaters" son insubstituíbles para el golf. ¿Qué jugadora o jugador de golf se atrevería a desalojar de su ajuar, el "sweater" de jersey de seda o de lana? ¡Ninguno!... ¿Qué coqueta jovencita que sea aficionada al "footing' cambiaria el "sweater" de seda para sus excursiones matutinas? ¿Qué viejecita, que haya sufrido una bronquitis seria, se atrevería a desdeñar el saquito de jersey que cubrirá sus hombros abatidos, sin pesar demasiado, mientras sus nietecitos la rodean en su sillón de convaleciente?

¡Campeón de la moda, y generoso atavío, que lo mismo lo usan los ricos que los pobres!... ¡El jersey es el rey del mundo, hoy por hoy, y tal vez su reinado ha de ser menos efímero que el de muchas dinastías principescas!



ELEGANCIA Y DISTINCION



María Esther Olazábal de Anchorena.

Teresa Uriburu Quintana.

María Elena Belaustegui Mihanovich.

Fotos de Van Riel



La moda

De gruesa seda opaca es este delicado y sentador vestido que ostenta drapeados en los hombros y cuadritos bordados a mano.

actual

Una tela estampada en color y blanco, adornada con seda taffetas blanca y un corte sobrio, son el encanto de este traje.





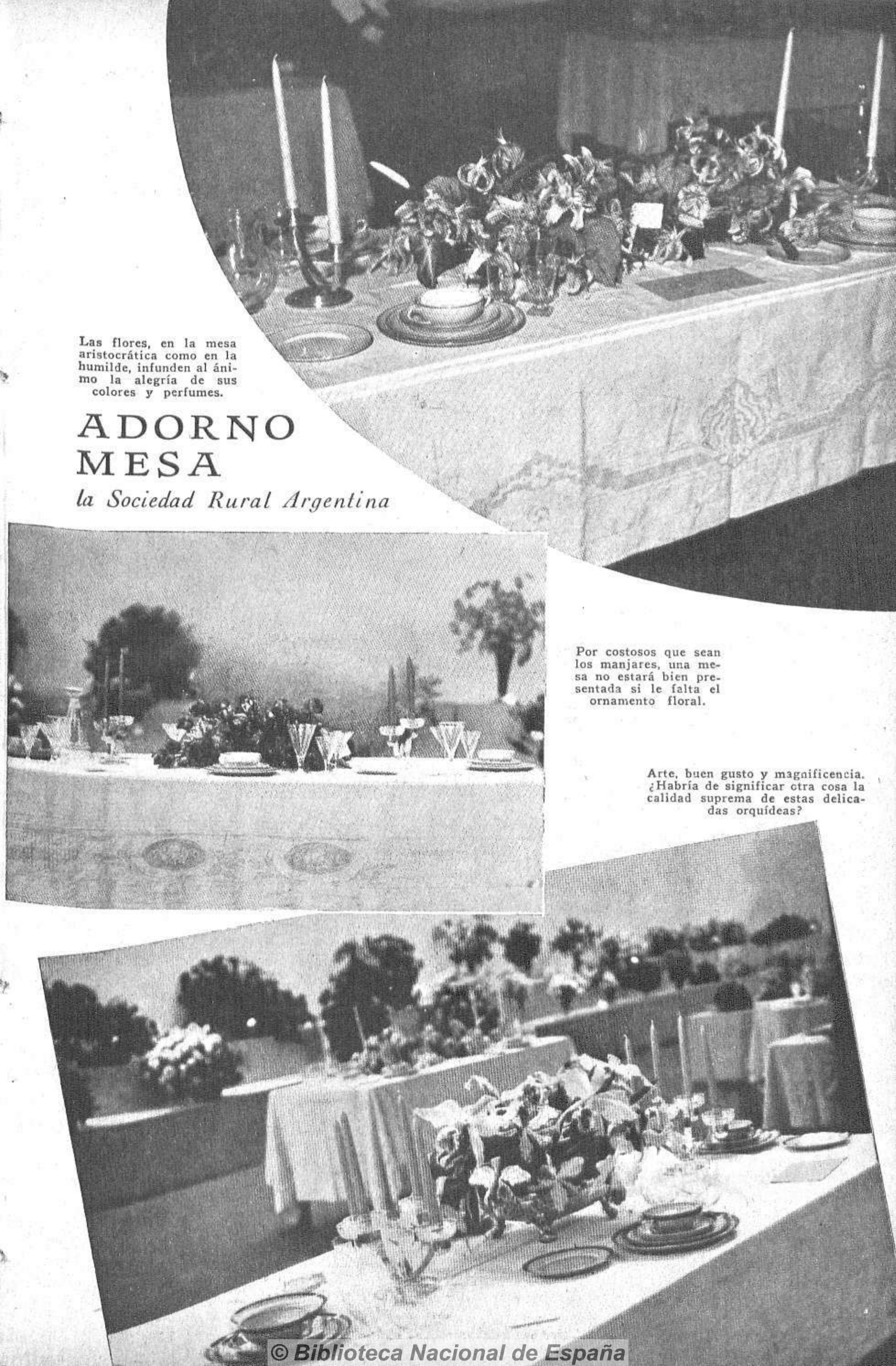
Hermoso conjunto de "anturium", presentado por la firma Hintermeyer, que mereció el primer premio.

LA FLOR, DE LA

De la exposición organizada por

Las blancas calas mantienen siempre su prestigio como adorno floral de una mesa bien puesta.

Santiago Rusiñol habría hallado un motivo magnífico en estos crespos claveles que ornan el mantel lujoso.



Las flores, en la mesa aristocrática como en la humilde, infunden al ánimo la alegría de sus colores y perfumes.

ADORNO MESA

la Sociedad Rural Argentina

Por costosos que sean los manjares, una mesa no estará bien presentada si le falta el ornamento floral.

Arte, buen gusto y magnificencia. ¿Habría de significar otra cosa la calidad suprema de estas delicadas orquídeas?



La señorita Hortensia de Ezcurra y el señor Enrique Viel Temperley durante la ceremonia de la consagración de su enlace.

Casamientos

La señorita Carolina Olmedo y el señor Carlos D. Risso, retirándose de la iglesia de las Victorias después de su casamiento.



Enlace de la señorita Marta Roller con el doctor Alberto M. Justo.

DOS TRAJES DE MAÑANA



Sumamente novedosa es esta chaqueta toda a tablones; pero sólo puede ser lucida por una mujer muy delgada y de talle largo.

Un traje blanco es siempre bonito y sentador. Las mañanas frescas, pero radiantes de sol, son las más apropiadas para lucir este modelo de crep, de sobrias líneas.

Fotos Warner Bros., exclusivas para "Caras y Caretas".

LOS MODERNOS SOMBRERITOS



Las estrellas imponen muchas veces la moda en Estados Unidos. Olivia de Haviland luce este sombrerito de gamuza, sumamente elegante y gracioso.

Una galerita de paja negra, con cinta de gruesa faya alrededor del ala, es lo que luce Betty Furnes. Un velo muy finito, que puede echarse a la cara si el viento lo requiere, cuelga como adorno sobre la cabeza de bucles.

Fotos Warner Bros. y Goldwyn.

EL CRISTO

El Cristo de marfil, viejo y amarillento, con su gesto doloroso, expirando sobre la cruz de caoba y bronce, sobre la vieja cruz que cada día pierde un fulgor.

Cristo agonizante, manso, dulce, resignado; con heridas sangrantes; pálido Cristo que los años van dándote un real color de cadáver.

A fuerza de viejo, a fuerza de estar muerto, parece que te hubieras desecado sobre la cruz donde cuelgas.

Eres doloroso y dulce como las mujeres que llevan heridas de amor siempre abiertas, como los hombres pálidos que arrastran la muerte en el alma.

Por tu boca tranquila parece salir un torrente de palabras perdonadoras... ¡"Arroje la primera piedra quien no lleve pecado en su conciencia"... Y cuando tal justicia y grandiosidad salió de tu boca, los brazos de los hombres cayeron laxos a lo largo del cuerpo.

"Perdonadla, *porque pecó y amó mucho*".

Y ese perdón de Cristo, que debió vivir por los siglos de los siglos a flor de labio en los hombres, que debió palpitar en las lágrimas temblorosas de los hombres, vivir en la punta de los dedos de las manos tendidas en bondades de los hombres, expiró, no obstante, en tu boca sabia, se labró en los libros — es verdad, — en los libros que los hombres han olvidado de leer...

Perdonar, no acusar... ¡Bienes de Cristo negados por los hombres!

¡Cristo, viejo, de marfil amarillento: en tu largo vivir, sobre ese muro de raso negro, una noche llegaste a ser más imponente aún: manos temblantes te arrancaron de tu quietud, y entre las manos yertas de un hombre que se asemejó a ti, que siempre perdonó, que como tú no exhaló una queja, cuando su boca mansa, como la tuya, tuvo el gesto de tu boca helada, tú, enredado entre sus dedos fríos, pareciste reposar en la justicia de tu sacrificio, expirar en la cruz y ser cruz en las manos del muerto, sobre el pecho del muerto.

MUJER... SERAS PERDONADA

No interrumpas nunca tu obra de bien. Seas quien seas, no la olvides. Por el camino del bien todo puede serte perdonado...

Al rey Salomón le fueron perdonados todos sus pecados, porque levantó un templo... un templo de piedras... Tú, no podrás levantar templos materiales... pero "la sencillez de los humildes vale más que la sabiduría de Salomón..." Con sencillez, levanta templos, que templo es también amar a tus hermanos. Es remediar el mal..., es hacer obra de ternura, y de generosidad...; es templo, proteger a tus familiares, dar techo y abrigo..., besar al niño, aliviar al enfermo... no traicionar al hombre...

Más que la piedra inconmovible, vale tu obra de bien.

Donde te encuentres levanta un templo... un templo de caridades y de bondades...; y seas quien seas, y como seas... no lo olvides... *toda obra de bien redime de los males cometidos.*

Asienta sólidamente sobre la tierra el reino del amor, de la bondad, de la justicia y de la paz...

Refúgiate en ese tu templo, y no temas... porque seas quien seas... Mujer, tus pecados te serán perdonados.

IRENE G. L. DE HUERGO









En un rincón íntimo antes que en el comedor

Si es que en la casa hay comedor. Porque cada vez los muebleros y decoradores modernos se apartan de aquellos abundantes e imponentes comedores que conocieron nuestros abuelos, en los que no faltaban los enormes aparadores, trinchantes, cristaleros, sillas, sillones y hasta perchas. Hoy se procura la sencillez y se insiste en despojar al hogar de esa severidad que casi ahuyentaba de él toda expansión y camaradería. Muebles sencillos, sólo los indispensables. Y, sobre todo, la vajilla, los comestibles y las bebidas donde deben estar, en la antecocina, en la despensa o en la cocina. Y el té, el lunch y hasta el almuerzo íntimo efectuarlos en un rincón grato, improvisándolos, como en este caso, sobre una mesa de bridge. Comodidad, sencillez y, sobre todo, amable intimidad.



¡Comemos demasiado!

El mucho comer ha matado más gente que la tuberculosis.

* No hay necesidad de sufrir para ser bella y esbelta; basta con privarse de unas pocas golosinas.

* Durante la guerra, los soldados no comían más que la cuarta parte de lo habitual: no murieron por esto.

* Una comida excesivamente copiosa nos avejenta una semana; un banquete, por un mes.

* De nada sirve un día de dieta semanal; es todos los días que hay que observar el debido régimen.

* Se saborea mejor una pequeña cantidad que una fuente llena.

* Mientras fluye la sangre al estómago para atender una dificultosa digestión, se paraliza el resto de las actividades corporales.

* Los grandes aficionados a la comida nunca se han destacado por la agilidad de su inteligencia.

* Un "menú" no tiene atractivo en la cantidad de platos que en él figuran, sino en la calidad y selección de ellos.

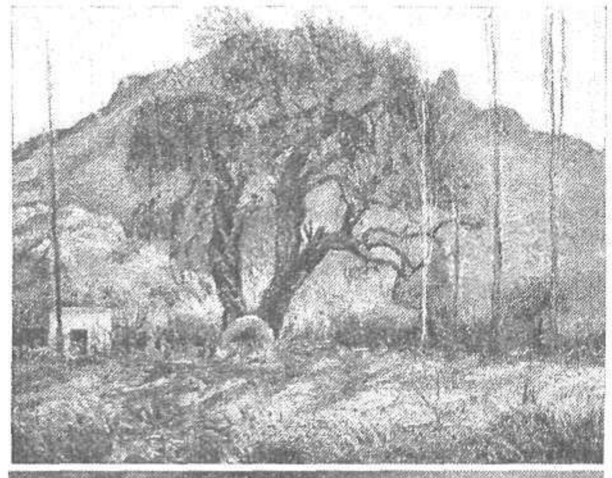
* ¿De qué nos vale agasajar a las amistades con una suculenta comida si luego hemos de verles en el sopor de una laboriosa digestión?...

POR LAS EXPOSICIONES DE ARTE



LUIS I. AQUINO.

"Mañana de invierno", de su exposición de la Galería Gutiérrez.





EDUARDO VIGANO.

"Rosas en potiche chino", uno de los óleos expuestos en Nordiska.





ANTONIO PARODI.

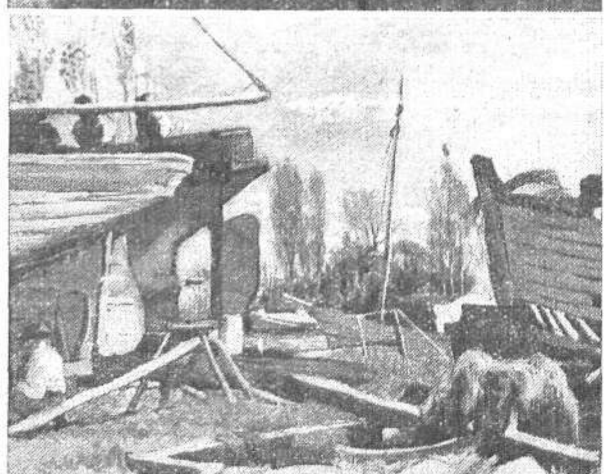
"El rancho", de la muestra que exhibe en Nordiska.





LINA LABOURDETTE.

"Tarde en el astillero", expuestos con otros en Nordiska.



LA MODA en LOS LUTOS

Para cualquier edad, los vestidos de luto deben ser considerados como un uniforme obligatorio, en los cuales hay que desechar en absoluto toda fantasía.

El luto, sin embargo, sigue, como es natural, la línea de la moda en boga desde el punto de vista de la silueta, y en la actualidad justamente su sobriedad es el fiel reflejo de la moda de este momento en que predomina la más absoluta sencillez.

Los paños opacos semejantes a las "kasha" son especiales para la confección de tapados y de vestidos sencillos que se adornan en el primer tiempo (llamado primer luto y que abarca un término medio de seis meses) con crespón inglés.

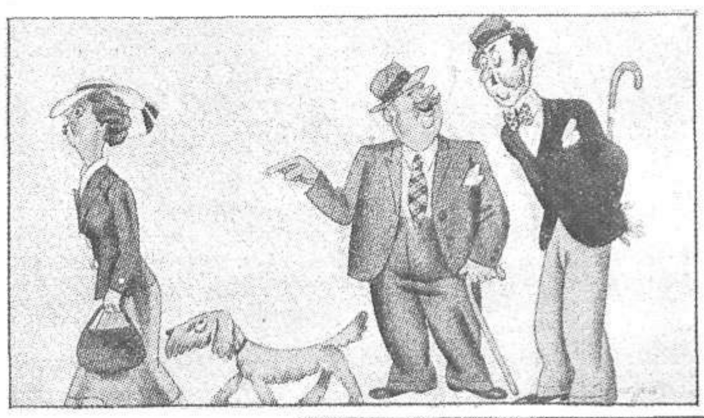
En los días de invierno, las señoras que sufren mucho con el frío, pueden usar tapados de piel de astracán, de patas de la misma piel o de la piel llamada "breitschwantz", piel negra opaca y muy elegante aunque de mucho mayor precio que el astracán.

Aun cuando hay personas que creen que todas las pieles son luto, no es así. Las pieles que podríamos llamar de fantasía, no deben usarse jamás al menos en el primer semestre de luto.

Después de los seis primeros meses, puede usarse el tapado o saco de lutre que en razón de su brillo, no da el aspecto de austera seriedad que exige el primer tiempo de duelo.

Ya en verano el luto con los géneros livianos, crespones, etc., es más llevadero y menos cargado que el luto de invierno, pero no es tampoco permitido que se usen escotes exagerados ni mangas cortas o telas exageradamente transparentes desde luego en el primer luto.

Intermedio risueño

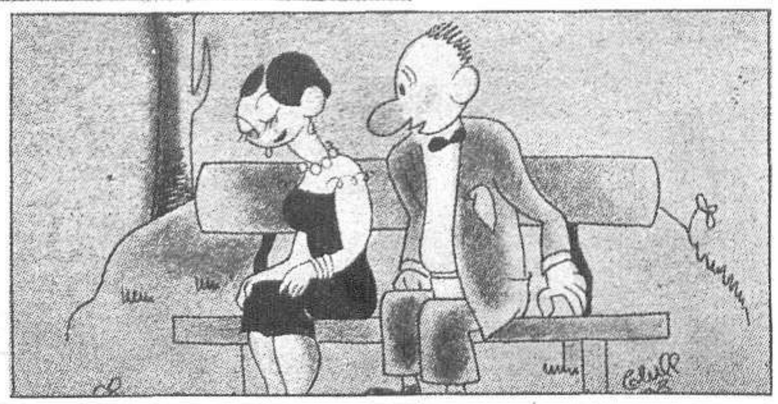


DULCES RECUERDOS

—¿Es ésa la mujer de quien estuviste tan enamorado? ¿Cuánto duró aquello?

—No lo sé con precisión. Fué una temporada en que tuve empeñado el reloj.

(De *Estampa*, Madrid)



LA NOVIA DEL FOTOGRAFO

Ella. — Si me quieres tanto como dices, dame una prueba.

El. — ¿Cómo la quieres, vida, en sepia o en negro?

(De *Estampa*, Madrid)

Goethe y la idea olímpica

En la sesión celebrada por la Sociedad Goethe con motivo del 50º aniversario de su fundación, el ex secretario del estado doctor Theodor Lewald, presidente del Comité Organizador de la XI Olimpíada en Berlín en 1936, donó un premio de 750 marcos para quien presente el mejor trabajo científico acerca del tema "Goethe y la idea olímpica". Este trabajo ha de ser presentado en la oficina del presidente de la Sociedad Goethe hasta el 30 de abril de 1936, lo más tarde, encargándose dicha sociedad de dar a conocer a su debido tiempo el texto íntegro del concurso público. El doctor Lewald dijo en su discurso pronunciado en la sesión a que hacemos referencia, entre otras cosas, lo siguiente:

"Apenas hay un ramo de las Ciencias y las Artes en el que no se expongan en trabajos científicos las relaciones que lo unían a Goethe, mas la opinión del gran poeta sobre lo que significa la corporalidad adiestrada para el hombre y su potencia espiritual creadora es cosa que no se ha descrito aún en conjunto. No conozco más que el excelente tratado de Morris en el Anuario de Goethe de 1905 sobre "El movimiento corporal como símbolo de vida en la Lírica de la juventud de Goethe" y un precioso estudio sobre "Goethe y el Arte hípico".

" Por idea olímpica entendemos hoy el concepto que en el desarrollo armónico del individuo encarna, como la mayor aspiración del ser humano, el ejercicio y el temple del cuerpo, ligando este ejercicio con el cultivo del espíritu y de las artes. No conozco una sola palabra de Goethe acerca de los Juegos Olímpicos mismos, pero todos sabemos que tradujo las Odas Olímpicas de Píndaro y conocemos la entusiasta descripción que hizo del concurso de ciudades en el juego de pelota que vió en Verona, así como sus manifestaciones a Eckerman sobre el valor del desarrollo sistemático del cuerpo.

" En su propia personalidad reconciliaba Goethe la separación entre cuerpo y espíritu que pesaba en su siglo desde la Edad Media y pudo vencer aquella separación de la sana fuerza humana ante la que él había ensalzado la armonía alcanzada en Hellas. También en este sentido merece Goethe el calificativo de olímpico.

" Espero, pues, que si este concurso encuentra al aspirante adecuado, su trabajo arroje una nueva luz sobre el carácter de Goethe y su vida ejemplar y veamos en él, el esgrimidor y nadador, el jinete y turista, el patinador y primer alpinista de que se tiene noticia, a uno de los más grandes de nuestro pueblo en estrecha relación con los XI Juegos Olímpicos, pudiendo colocar bajo su genio la celebración de la Olimpíada en tierra alemana."

CONSULTORIO
por Alfonsina

Contradicción. — Excesiva facilidad a la emoción. Desconfíe de la vivacidad de sus sentimientos, tejidos con un hilo que se enreda fácil y se rompe en cuanto lo tironean un poco. Inteligencia normal, con poca curiosidad, poca inquietud, y, desde luego, poca cultura.

Mentroit. — Muy fácil para vivir y para dejar vivir a los otros, su carácter a base de comprensión, de tolerancia y de optimismo. Muy rico terreno mental, con una asimilación que revela la útil frecuentación del pensamiento ajeno. Su ortografía, muy mala, supone, en su terreno: o que escribe usted en un idioma extranjero o que su memoria y su atención están débiles y cansadas. Sentimientos afectivos y constantes, generosidad y espontaneidad retenidas por la razón.

Lobito bueno. — En efecto, tus catorce años tienen poco afilados los dientes. Espontaneidad, franqueza, alma abierta, ingenuidad que se defiende. Inteligencia muy buena, merecedora de la seria cultura que hará de ella el goce y la fuerza de tu vida. Por ahora, es inferior a lo que debía ser. Hay desorden, pereza, actividad sin disciplina. Todo no está en leer para satisfacer la imaginación. ¿Y las otras hambres del pensamiento? En ti hablan también, pero tú las descuidas. Vuelve a escribirme cuando quieras.

Caros S. S. — Rapidez mental, asociación de ideas original, fácil y eficaz, juicio sagaz, espíritu curioso, rico en asimilación. Actualmente, déficit en la atención, cansancio nervioso, trastornos motrices; toda esta sintomatología no tiene mayor valor diagnóstico sino comprobada su persistencia, aparte de este breve y único autógrafo. Emotivo profundo, de fina sensibilidad, muy susceptible a los matices, al ambiente, al flujo y reflujo del mar interior. Voluntad caprichosa y débil; la ambición lo expolea con impulsos pasajeros, pero no conoce el método ni la organización de su actividad.

Embotellado 39. — Inteligencia que se defiende con su viveza natural de la limitación en que la mantiene una cultura asaz pobre. Criterio claro y raciocinio vigoroso, pero lentitud mental. Carácter desconfiado, franco, pero poco inclinado a la confidencia, de emotividad susceptible y reacciones violentas. Actividad material decidida y constructora. Voluntad perseverante.

Benito Mulini. — Inteligencia rápida, sensible y curiosa, desvalorizada en sus frutos por la indisciplina de la voluntad, que deja predominar la vida instintiva sobre la mental, desperdiciando felices posibilidades. El verdadero valor de la inteligencia está en ser un instrumento, no un espectáculo, ni menos un acicate para el goce sensual de la vida. Sensibilidad ávida e inquieta, vagabunda e impaciente. El fondo del carácter lleno de contradicciones. Espontaneidad, necesidad del contacto humano y súbitas astucias de animal herido que se defiende. Desdén por las apariencias. Si no intenta la cultura de su voluntad, la vida se encargará de agravar el problema, ya bastante serio a sus 19 años: caos interior y desperdicio de muy bellos dones. La bibliografía que pide: Crépiense-Jamin, Robert Saudek, Klafes. El primero, francés, está traducido al español, no así los otros dos, inglés y alemán, respectivamente. Pero le advierto que la grafología no es sino una técnica de la psicología. Vale decir: el ovillo comienza por la otra punta...

Why. — Inteligencia clara, reflexiva y lenta. El contacto frecuente con las ideas ajenas le permitiría subsanar esa desigualdad. Y es lástima que una disciplina seria no cultive su originalidad nativa. Carácter personalista, filosóficamente egoísta, desdeñoso de los prejuicios y amigo de buscar la realidad, pero poco confiado y poco franco, y nada espontáneo, adoptando siempre una instintiva posición de defensa frente a la comunidad, que no le inspira, por cierto, sentimientos fraternales. Es muy difícil desde "un plan de estudios psicológicos" en este lugar.

Rojo. — Sus 17 años están llenos de inteligencia y sensibilidad, pero... Pereza, sensualidad, espíritu contemplativo, falta de resolución, el mundo de los sueños lleno de construcciones y el de la realidad visto de lejos,

Las consultas deben dirigirse a "Consultorio grafológico de "Caras y Caretas", Chacabuco de papel entera y con la escritura natural, acompañada de la firma auténtica o de una Debe agregarse un seudónimo para recibir la respuesta. Una síntesis completa del carácter con indicación de la fecha en que fueron escritos,

GRAFOLÓGICO

Masí Elizalde

como una visión intocable. Cultura mental severa y formal, y construirse el propio instrumento de estímulo moral para sacar de la nada su voluntad, ahora tan pobre e inútil: ése es el mejor consejo. Con toda la vida por delante, y su rica capacidad espiritual, sería un crimen que no lo tuviera en cuenta.

Ignorante. — Espero que no se haya desconcertado con la tardanza. Está muy ricamente dotado su espíritu, y no tiene por qué preocuparse demasiado, pues las malas circunstancias no duran siempre y, además, su calidad mental es un bien que hace rico al que lo posee, en cualquier horizonte que la vida le ofrezca. Hace bien en buscar en la lectura la fuente de su cultura mental. Es la más eficaz que existe. Tampoco va mal encaminado buscando cultivar sus dotes artísticos, pues éstos son positivos. Su carácter es decidido, emprendedor, con aspectos de personalidad original. Pero vigile su inclinación a lo complicado, a lo aderezado, todo lo ajeno a la sencillez y a la franqueza, que nunca es atributo de un espíritu superior, y, por el contrario, muestra el egocentrismo de la posición en que enfrentamos al mundo. Y vigile también su tendencia a cambiar con demasiada facilidad de camino y de propósito.

Conscripto 917. — Inteligencia y cultura medianas, no malos para su edad. Por supuesto que si trabaja puede esperar mayores adquisiciones en ese sector. Capacidad afectiva persistente y tranquila. Carácter equilibrado. Ambición, mal servida por un pobre espíritu de iniciativa. Lucha contra la rutina mental, indigna de ser el molde de la juventud.

J. Harlow. — Frivolidad, superficialidad, coquetería y amor de sí misma un poco excluyente... Inteligencia rápida. Vida mental estancada y pobre. Vida afectiva desordenada por la insatisfacción y el resentimiento de larga data. Es claro que es más fácil echar la culpa de todo a la vida. ¿Pero qué ha hecho usted con las aptitudes estéticas de su inteligencia, por ejemplo? 29 años no son ni siquiera la mitad de la vida. Tiempo perdido, pero no "todo perdido".

Caporal. — Emotivo, espontáneo, generoso, desordenado, curioso e inteligente. Sin disciplina en el carácter, con una voluntad impulsiva y desigual, con la cual nunca puede contar de antemano.

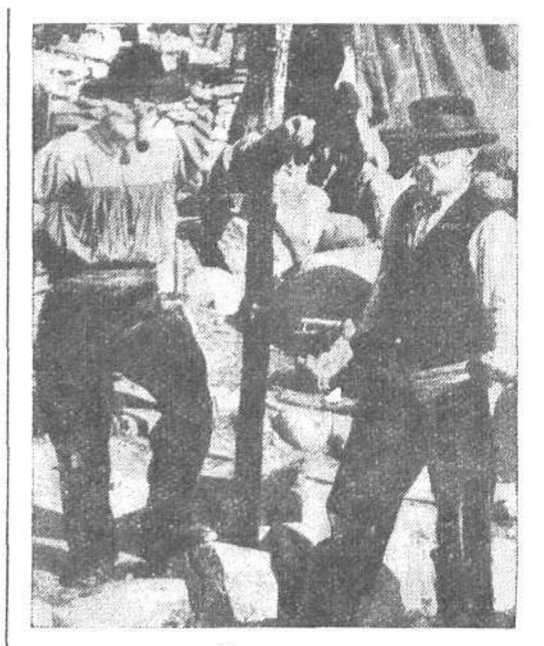
Zorro viejo. — Sobre una inteligencia más que regular y con posibilidades estéticas, la rutina ha pesado mucho, y también la influencia de una sensibilidad susceptible, descontenta, refugiada en la inhibición o desordenada por repentinas evasiones de egolatría. Fuerte predominio de la esfera instintiva. Exteriormente, una personalidad artificial que simula el equilibrio y la impasibilidad. Disculpe la demora, inevitable e involuntaria.

Morocha, Capital. — Temperamento linfático, poco activo, poco enérgico y poco constante. Inteligencia normal, un tanto lenta, que mejoraría con el cultivo serio. Sensibilidad romántica, temperamento soñador e imaginativo. Es muy importante para usted enriquecer su pensamiento con ideas que le den contacto con la realidad de la vida. Lea otra cosa que libros de imaginación; la correspondencia de los hombres superiores, por ejemplo, que puede indicarle cualquier bibliotecario a quien recurra.

Incógnita. — Temperamento cerebral y sensual; inteligencia y decisión, bondad natural que no le impide culitvar su egoísmo vital, optimista e imperioso. Lucha encarnizada entre su espontaneidad y su voluntad de reserva, que la lleva a construirse una personalidad aparente, sostenida a la vez en tendencias estéticas y en prejuicios sociales. Problemas sin resolver, al interior, y por fuera una petulante y conmovedora afirmación de seguridad en sí misma.

Nita. — Inteligencia normal, bien evolucionada. Una cultura más profunda la alivianaría de una buena carga de rutina y de prejuicios. Sensible e imaginativa, y con la juventud llena de complicaciones superficiales e inútiles, que ya podará la vida. Es claro que menos costoso le saldría estudiarse a sí misma y buscar voluntariamente el camino de la sencillez, que es como el de la verdad: "ni ofende ni teme".

151", enviando por lo menos una carta no menor de diez renglones, escrita en una hoja simulación de ella que conserve las iniciales y la rúbrica, con mención de la edad y del sexo. sólo será posible con una documentación amplia, consistente en varios autógrafos seriados, pudiendo entrar en ella notas, borradores, etc.



Tipos corsos.

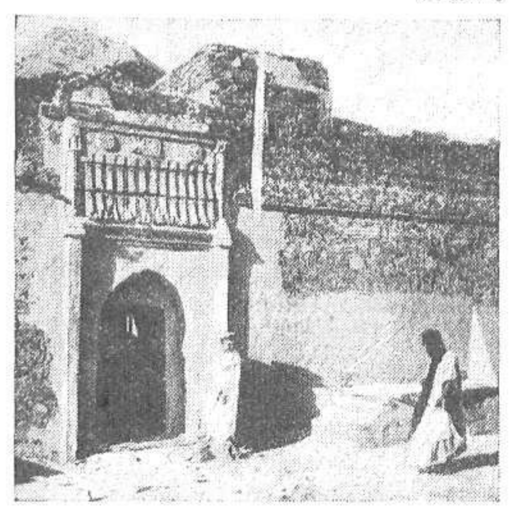
Córcega, la trágica

Antes de ir a Córcega se lo dicen a uno: "La población tiene gran parte de culpa en la impunidad escandalosa en que casi todos los delitos del bandolerismo quedan, a pesar de los Tribunales y de la Policía judiciaria. Cuando, en plena fiesta, en la plaza del pueblo de Palneca, el bandido Bartoli asesinó por la espalda a dos gendarmes, todos lo vieron; llegó la curia, levantó los cadáveres, hizo su acta y cuando pretendió averiguar lo que había ocurrido... nadie estaba presente, y, si lo estaba, no había visto nada; y si había visto algo, no se lo recordaba, y, aun recordándolo, no lo declaraba, por miedo a las represalias."

Y eso ocurre, no ya cuando la víctima es un extraño, sino cuando se trata de un amigo, o un pariente, o de la persona misma a quien se interroga. Es que el corso vengativo no se resigna a que sea la Justicia que le dé satisfacción; necesita tomarse la justicia por su propia mano, según mandan las implacables y anacrónicas tradiciones de la "vendetta", y, en tanto que eso pueda llegar, dificultará todo lo posible las indagaciones de la justicia.

En cuanto a eso de las jurisdicciones territoriales de los diferentes bandidos y bandas, no se trata de una simple humorada o una suposición arbitraria y fantástica. Es un hecho real y actual.

De una manera tácita entre todos, y casi con estipulación de contrato o compromiso o convenio (y a la manera de un tratado de límites) entre tres de ellos. En efecto: José Bartoli, "el rey de Palneca para arriba"; Andrés Spada, "el tigre de la Cinarca", y Francisco Caviglioli, "el señor del Castañar", hace un año, aproximadamente, que celebraron una reunión para marcar las fronteras de sus respectivos territorios a la sombra del rosal que crece sobre la tumba de Nuncio Romanetti, figura aún recordada y ya legendaria de un verdadero bandido de honor y venganza. (El último de la serie, según el testimonio del pueblo corso, que reverencia su memoria



Puesto de la Alcazaba de Smara.

Smara: española

(Del diario de un guerrero)

Plenitud del Sahara. Fuego del sol de julio. La Mía de Camellos de Cabo Juby recorre el interior del desierto para efectuar la adquisición de ganado y nomadizar en las zonas que ofrezcan algún pasto. En Ain Najla, el capitán y los oficiales de la Mía saludan al Xej el Ueli. Es capitán de la Mía don Galo Bullón. Le acompañan dos oficiales: el teniente don Carlos de la Gándara y el veterinario militar don Diego Cascajo. La disposición del Xej el Ueli hacia los españoles no puede ser mejor. Goza de enorme prestigio entre los indígenas el Xej el Ueli. El capitán Bullón se siente muy bien impresionado. E informa así al gobernador general del Sahara, don José González Deleito: "El día 10, a las nueve de la mañana, fuí acompañado de los oficiales y Kaid Farka Salah y Chej de Suaad Hamed Hamuadi a saludar al xerif, quien nos dispensó una grata acogida, en tienda exclusivamente levantada para nosotros. Me dijo que si hasta ahora nunca había estrechado la mano de un cristiano, no era por odio, sino porque siempre vivió en el recogimiento aislado, siguiendo el camino de su padre, el morabito Xej Ma-El-Ainin, quien tampoco tuvo nunca resentimientos con España..."

En Ain Najla son escasos los pastos. La Mía se ve obligada a desplazarse un poco más al Este. Muy próxima está Sahara, la ciudad misteriosa y sagrada del Sahara, de importancia y significación notorias. Cumpliendo instrucciones del comandante González Deleito, gobernador del territorio, la Mía se traslada a Smara. La unidad llega a Smara el día 15. Es domingo y son las diez y media de la mañana. La Mía ha salido a las cinco del santuario de Sidi Hamed el Arosi, adonde llegó el 14 procedente de Ain Najla. El recorrido — en aurora estival prometedora — ha durado cinco horas y media. Luz de un nuevo día la que brilla el día 15. La unidad llega a Smara y acampa en el palmeral. Acompaña a las tropas el Xej Mohmed Fada, hijo del Xej el Ueli. En la Gran Kasba, el Xej Mohamed Fada ofrece alojamiento a la Mía. Y por la tarde se iza en la Alcazaba (Gran Kasba) la bandera de España. Los askaris la saludan con una descarga de honor.

Indice semanal de libros y autores

Por Eduardo Suárez



LIBROS SUDAMERICANOS

De la conquista a nuestros días, por M. J. Gornes Mac-Pherson es, posiblemente, la más completa de cuantas historias del tabaco existen. Informaciones sobre su descubrimiento, detalles acerca de sus características, recuerdos anecdóticos de los que lo estudiaron y, como complemento, minuciosamente, el autor nos presenta el amplio panorama de su explotación industrial en tierra venezolana, desde la época colonial. Un libro de extraordinario interés y que recuerda que aquí, en esta parte del continente, requieren otro similar el trigo, la yerba mate y otros tantos productos.

Rythmos de inquieta alegría, por la poetisa brasileña Violeta Branco, según el prologuista Rodrigo Octavio, "son versos heroicos, triunfales, nerviosos".

HUASIPUNGO, novela americana, por Jorge Icaza.



Valioso acervo este que la novelística sudamericana tiene ya. Novelas suyas, sin literaturas, sin resabios extraños, sin postizos. Novelas compuestas por hombres que han vivido en los llanos, en las pampas, en los bosques, en las refriegas revolucionarias, en todas partes menos en torno de la mesilla del café o en el club donde triunfa la incapacidad. *Doña Bárbara, La vorágine, Sombras sobre la tierra, Don Segundo Sombra, El paisano Aguilar*... Y ahora este breve, tajante, agrio *Huasipungo*, que llega desde tierras ecuatorianas. Siempre la naturaleza y los hombres del suelo en rebelión contra los de las ciudades saturadas de caciquismo, ahitas de politiquería, sedientas de riqueza. Hombres, indígenas de América, llaneros venezolanos, paisanos pampeanos. Mujeres zaheridas, ultrajadas, mancilladas. Contrastes entre pueblos y campos. Elementos todos que hace unos años hubieran alarmado a los novelistas que calcaban a Bourget, seguían a Anatole France a través de Ruiz Contreras y, a última hora, estaban con el mal digerido artículo de Romain Rolland o con la última cabriola del saturado de alcaloide que es Jean Cocteu. Literatura de nuestra América, recia, humana, vivida. Esto es *Huasipungo*, hasta el punto que sólo tolera la lectura y escapa a toda crítica y a todo comentario.

EL PROCESO DE FLORENCIO VARELA...

Se salvó del fuego a que lo condenó un funcionario inconsciente gracias a la diligencia de don Fortunato Pereyra y Leal y ahora llega a manos de los estudiosos por obra de la dilecta paciencia del doctor Pacífico Rodríguez Villar, quien, en Montevideo, donde se halla dicho expediente, lo ha copiado textualmente. Según este valioso documento, Florencio Varela fué muerto por directa instigación de Oribe y con esto se descartan las pruebas que Saldías y otros historiadores presentaron en descargo del siniestro personaje que buscaba los restos mortales de Lavalle para degollarlo. Historia sin leyenda: verdadera historia y valioso aporte que a ella hace el versado copista y comentador acertado.

¿Dónde va Indoamérica?, por Víctor Raúl Haya de la Torre, es una sobria, completa y metódica ordenación del pensamiento del jefe y fundador del Aprismo. Los candentes problemas del continente están expuestos con una nitidez totalmente despojada de encono. Serenas palabras que corresponden a conceptos bien definidos y que han de orientar al lector sudamericano, bastante desorientado sobre lo que es Aprismo por obra del parcialismo y, también, del apresuramiento. (Edic. Ercilla).

Tijeras - Narraciones, por Angel Mancera Galletti, en las que el elemento campesino predomina y son interesantes los apuntes sobre llanos y poblados de Venezuela.

José Pedroni, autor de "Poemas y palabras", uno de esos contados libros de versos que nos hacen pensar que toda clasificación está fuera de lugar y que sólo los hay que se abandonan o que se leen, como éste, con singular agrado.



López de Molina, el autor de "El amor fiel" y "Corazón iluminado", con sus recientes "Cuentos porteños" demuestra que no son sólo los versos los que lo seducen y con los que puede alcanzar notas originales y no despojadas de humorismo.



"El último regidor perpetuo de Buenos Aires", del doctor J. M. Sáenz Valiente, con excelente documentación y atrayente amenidad, evoca la figura de don Manuel Mansilla, al que privó de su cargo el decreto del 18 de agosto de 1812.



Angela Chica Salas, para uso de las escuelas, ha publicado un interesante "Manual de Corte y Confección", verdadero modelo en lo que a diseños y orientación gráfica se refiere, que ha de facilitar mucho la labor de quien enseña.



Muchas personas que conocen bien la suavidad y el perfume del Heno de Pravia, preferirían aplazar su baño antes que pasarse sin su jabón favorito. El Heno de Pravia, con sus finos aceites suavizadores y su exquisita pureza, deja el cutis deliciosamente fresco, suave, limpio y perfumado.

PERFUMERÍA GAL
MADRID • BUENOS AIRES

JABON HENO DE PRAVIA

EN TODA LA REPÚBLICA, $ 0,70

Los perfumes concentrados de la Primavera: Agua de Colonia Flores del Campo (Floralia). Muy fina y muy persistente.

La bucería moderna

Sabido es que en las profundidades marinas la presión aumenta en una atmósfera (o sea en un kilogramo) por centímetro cuadrado, cada diez metros de agua. Los escafandros que descienden a sesenta metros soportan así una presión de seis kilogramos por centímetro cuadrado, además de la presión normal.

La fatiga llega rápidamente. Al cabo de media hora, el trabajo a 25 metros, se siente. A los setenta metros, la actividad es casi imposible, salvo para ciertos escafandros muy resistentes. La presión excesiva provoca, como la depresión, una inflamación de los pulmones que llegan a quemarse literalmente. Se ha sugerido, pues, la idea de enviar por el aparato no aire comprimido, sino una mezcla, bajo la misma presión, que no contiene la dosis usual de oxígeno. La difusión se opera en los Estados Unidos de Norte América, con el hélium, que es inerte y ligero, y no produce burbujas en la sangre.

Porque allí está, en efecto, el gran peligro. Los gases que van al sistema circulatorio bajo presión, se desprenden o expanden formando bolitas, y éstas pueden provocar los síncopes, el embolio y la muerte, cuando el zambullidor vuelve a experimentar una presión normal. Esta descompresión debe producirse con extremada lentitud, a veces en horas, a fin de que el organismo humano no sufra por el cambio.

Pero esas presiones extremadas impiden la actividad física y ha sido necesario apelar a aparatos suficientemente potentes para resistir a la presión exterior sin deformarse. Es una especie de cámara de forma vagamente humana, es decir: con enormes piernas y brazos articulados. La caparazón es indeformable y la presión en el interior permanece débil. En consecuencia, el escafandro o buzo, que no sufre, puede bajar y ascender rápidamente y trabajar normalmente durante su zambullida.

COCINA PANTAGRUELICA

El "Normandie", el barco más grande del mundo, lleva el siguiente personal de cocina: un jefe, un jefe adjunto, dos subjefes, un jefe de bodega, un jefe repostero, setenta cocineros, setenta ayudantes de cocina, quince reposteros, diez carniceros, doce panaderos, seis despenseros, catorce bodegueros, veintiséis cafeteros, diez "barmens", dos cocteleros y dos contables.

EL VIAJE MAS LARGO EFECTUADO HASTA AHORA POR UN SUBMARINO

El día 11 de julio de este año, llegó a Soerabaya el submarino holandés "K. XVIII" y así completó un viaje durante el cual recorrió 23.000 millas marinas (unos 42.600 kilómetros) y puede decirse que visitó puertos pertenecientes a las cinco partes del mundo, si en cuenta se tiene que las grandes islas de la Sonda y hasta otras en el archipiélago Indico, geográfica, geológica y etnográficamente son más asiáticas que oceánicas. Nunca otro submarino ha hecho un recorrido tan enorme en un solo viaje.

Todos los buques de esta clase que se hallan de estación en las Indias Orientales holandesas han ido hasta aquellos lejanos mares por sus propios medios, pero el viaje del "K. XVIII" ha sido excepcionalmente largo y ha tenido, además, una finalidad científica, pues iba a bordo el profesor Vening Meinesz, investigando la gravedad en los Océanos.

Este submarino había sarpado de Nieuwediep el día 14 de noviembre de 1934 e hizo escala en los siguientes puertos: Funchal, San Vicente (islas de Cabo Verde), Dakar, Pernambuco, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Mar del Plata, Tristán da Cunha, El Cabo, Durban, Mauricio, Fremantle, Banjoewangi (estrecho Bali) y Soerabaya (Java).

El "K. XVIII" es un submarino de la progresiva serie "K." de la armada holandesa (iniciada en 1913 con el pequeño "K. I" de 320-390 toneladas); desplaza 825 toneladas en superficie y 1020 sumergido.

SIN ESPERANZA

Nunca fué así; pero una tragedia íntima, al cambiarle por completo, le ha empujado al vino, y bebe de una manera brutal.

Se comenta entre sus amigos tan terrible cambio, y cuando uno de ellos asegura:

—Bebe para olvidar.

Añade otro:

—Con la buena memoria que tiene, está perdido sin remisión.

Zona Neutral

Amigo lector: La conformidad no es de este mundo. Entendiéndolo así, "Caras y Caretas" pone esta "Zona Neutral" a disposición del público, para que éste, sin más limitaciones que las que imponen las buenas costumbres, pueda hacer oír, desde ella, sus voces de protesta contra todo lo que le desagrade. La correspondencia deberá dirigirse a: CANTALICIO PERALTA, "CARAS Y CARETAS".

Señor Encargado de "Zona Neutral".

De mi aprecio:

¿Tubí or no tubí?... ¿tubí or no tubí nada que ber en el asunto? ¡Datis mi duda! Duda que igenoro si podré aclarar más nunca, porque el golpe que resibí en la rejión ucraniana, justo cuando, a mitá del valse "Nobiesita virjinal aquí te traigo este obsequio", me ayaba ejecutando el paso del "jiróscopo" a ciento veinte revoluciones de guadañasos por segundo, fué de tal manitú que me sacó limpio el riadiogoñómetro del coco. ¡Y así ando del coco sin radiogoñómetro!... Capás de cordinar cualquier cosa, asta el trasporte, meno dos ideas.

Antes de haser la historia en colores del garrotaso que ligué aqueya noche triste, boy a haser la prehistoria del baile donde se desarroyaron los sucesos.

El centro escultural "De carne semos", a cuya Comisión Diretiba me onrro en perteneser, es el centro de atración de las y los jóbenes más espetables de Biya Doménico. A su rejistro figuramo todos. Todos las y los que poseemo el frote sosial, el "spirit" y el "sabuar fer" necesario pa haser de las beladas que dicho centro organisa, el jardín d Picuro de la localidá.

Eso no impide, sinembargo, que entre col y col aparesca de ves en cuando alguna buena planta de manana con me. Y al desir "buena planta de manana", me refiero a los seis o siete chusmas de que no está libre ningún baile de sosiedá recreatiba. En la nuestra, esa media dosena de chusmas forman el partido "de la alpargata" que es el que a las luchas eletorales se presenta con la lista "verdenilo".

Bien; entre esa patota y la que formamo "los de cueyo" esiste una profunda ribalidá, al estilo de la de los Montescos y los Amuletos, que si no se deschaba con más alta frecuensia es porque... es porque el chucho nuez sonso. "Los de cueyo" semo 80, los de de la alpargata" 16. Pero 80 a 16 y todo, suelen provocar uno que otro escrimaye. Es claro que la ligan, pero como "de carne semos" y en el baile estamo, de ves en cuando nosotro también tenemo de lamentar algunas desgracias personales.

. . . .

En festeyamento del día "de la Razzia", el centro escultural de que formo parte celebró, el 12 de Octubre próximo pasado, una "quermese" y tómbola en olocausto



Por Cantalicio Peralta

de Colón. La fiesta fué supereterodina, pero cerca de la culminación — a eso de las 8 de la mañana — la Comisión Diretiba, que asta ese momento no se abía bisto obligada a interbenir en ningún cambio de golpes, tubo que darle una palisa y echar a la caye a un joben bisioso, traído por "los de alpargata", que a esa ora le dió por untar las siyas con manteca y enyenarle el pelo de abrojos a las mujeres.

Aplicadas las sanciones, nosotros creímo que el asunto abía terminado. Pero parese que creimos mal. Porque hete aquí que aller, en ocasión de celebrarse la tercera belada primabérica, fuímos desagradablemente sosprendidos por un malón alberso, del que el garrotaso que recibí en la rejión ucraniana fué el primer gol en contra y, pa colmo, marcado en ebidente posisión ofsáide.

....

La orquestra abía atacado — a mi pedido — el valse "Nobiesita birginal, aquí te traigo este obsequio". Salí a bailarlo. Salí a bailarlo con Capricornia Gnoqui, la distinguida joben "biyadominiquera" a quien me onro en arrastrarle el ala en la atualidá. El ambiente huelía a rosas. Una suabe brizuela se colaba por los gujeros de las puertas. De pronto, junto con la brizuela se coló en el baile un grupo de sosios de los "de alpargata", encabezados por el mismo tipo que habíamose bisto obligados a echar a la caye en la fiesta anterior.

Pa ser franco, con mi adora tormenta, la señorita de Gnoqui, en brazos, y a punto de hiniciar el corte del "jiróscopo" (el "jiróscopo" se ace dando buelta y buelta como una élice), que esije mucha atensión del bailarín pa no enrredarse en los pieses linderos, a mí me se inportó un rapoyo la entrada de los tipos y ni me se ocurrió pensar que el del pesto biniese por la rebancha. Tan no me se ocurrió pensar que cuando el trío, piano, biolín y flauta, atacaron aqueya parte del valse que dise:

"Nobiesita birjinal
" aquí te traigo
" este obesequio
" que encontré de tía.
" Son mis primeros
" pantalones largos.
" Loco rrecuerdo, ¡hay!
" de mi infansía.
" No te fijes
" en el parche
" que luse él
" en salba sea... etc., etc."

Como le iva disiendo, cuando la orquestra yegó a esa altura del valse me afirmé en los tarros, algo, también, en la sintura de Capricornia, y serrando las cortinas metálicas de los párpados, me largué, a guadañaso limpio, en alas del "jiróscopo".

¿Quién me hizo aterrisar? ¿Con qué me pegaron? ¿Cómo y por qué se armó la trifulca? ¿Quién tiró el primer cascote? ¿Tubí or no tubí nada que ber en la incubasión de la gresca? Igenórolo. Lo único que yo sé es que, justo cuando ibamo por "Loco rrecuerdo, ¡hay!...", sentí un golpe en la rejión ucraniana, como dado con un tranbía, que me iso esclamar, ¡hay!, caer al suelo de narises y perder los dos recuerdos: el cuerdo y el loco.

Sin embargo, alguna escena del escandalete he podido recostruir. Sobre todo una. ¡Lastima que esa una, lejos de aclararme el recuerdo, me lo enturvia! Porque, de ser cierto lo que se murmuréa a la sacretaría del centro, el que me encajó el golpe no fué uno de la barra de "la alpargata" sino uno de la mía. Un ermano de ideales, como quien dise, colifatamente enamorado de Capricornia, que, biendo en mí el único obstáculo insalvable pa yegar al corazón de la señorita de Gnoqui, aprobechó el confusionismo del malón pa encajarme un palo y, susidiariamente, tirarse el lanceloti de eliminarme.

Esto es lo que se chimenta a la secretaría, a la sacretaría y a toda Biya Doménico, y que yo me niego a crer, no porque considere a lo muchacho incapases de darme un palo a lo escuro, sino porque ... porque aquel golpe no fué de palo. Aquel golpe tienen que habérseme aplicado con un tranbía por lo menos. Y me gusta pa que alla sido con un Lacrose. Nostante esta convisión, proseguiré las pesquisas.

Mangándole desde ya la "Zona Neutral" pal caso de que se produscan nobedades, lo saluda con la másima y la mínima atención.

Lampiño Barbera.

PUNTOS DE VISTA

(DEL LIBRO INEDITO: "PRISMAS")

El camino de la grandeza es el camino de la humildad.

*

Si pensamos en lo infinito, lo temporal no existe.

*

Un libro ha de ser algo que un alma deja dicho. No todos los que escriben libros dejan dicho ese algo...

*

En poesía, que es la más alta expresión del alma humana conmovida por las vibraciones del mundo interior y por la gracia de las visiones externas, no cabe error. La poesía es o no es.

*

La dramaturgia debería ser liturgia de lo bello extraordinario y ejercitarse en templos. No en pocilgas. ¡Hay cada "vaude... vil"!

*

Las obras de los poetas y músicos se llaman composiciones. Los productos del modisto o de la sombrerera, "creaciones". ¿Es que se ha perdido el sentido del verbo o el verbo del sentido?

*

El periodista "moderno" suele ser un ente audaz que escribe sobre lo que ignora, con mala ortografía. Así, da la medida de la necedad pública.

E. CARRASQUILLA - MALLARINO

En el JAPON: un término medio de cuatro terremotos diarios

Las islas japonesas son sencillamente las crestas de grandes montañas asiáticas. El mar del Japón, de escasa profundidad, el mar Amarillo y el mar oriental de la China, son de reciente formación. Lo mismo que el del Norte, en Europa, convirtió en isla a la Gran Bretaña, éste del Japón penetró en el hueco formado por la cordillera volcánica que, naciendo en la isla de Sakhalín, muere en Java. Esta cadena de islas que, como está dicho, son crestas de montañas sepultadas en el mar, se halla en constante conmoción. Las estadísticas sismográficas japonesas registran, por ejemplo, en el período 1885-1903, que ha sido el más agitado, nada menos que la imponente cantidad de 27.485 terremotos, lo que da un promedio de 1.477 anuales y cuatro diarios. Para formarse una idea de lo que esto significa, baste decir que Kioto, la antigua capital, ha experimentado 1.321 sacudidas en sus diez siglos de existencia; y, de ellas 134 fueron calificadas de "fuertes".



Una escena callejera en Tokio, la capital del Japón que, en los días de la dominación Shogun, tenía el nombre de Yedo.

DIA DE

La primavera dió el mal ejemplo. — Tratando de sorprender al primer con los correligionarios de Corrientes. — La embriaguez cívica de Juan

Domingo 3. — El cronista ha madrugado. Quiere tener una idea directa y personal de estas elecciones históricas. Todavía está medio dormido cuando sale a la calle, pero lo despierta completamente el recuerdo de que el día de hoy es una verdadera encrucijada. ¿Continuará abierto el camino de los comicios libres? ¿Comenzará a ser la democracia una burda ficción? Buenos Aires es la primera provincia argentina, y su ejemplo pesa mucho. Por eso toda la atención del país está fija en las elecciones bonaerenses.

El cronista quiere observar con sus propios ojos la marcha de los comicios en algunas localidades próximas a la capital. Quiere visitar el mayor número posible de pueblos vecinos. Dicen que para muestra basta un botón, pero el cronista no se lleva de frases. Si se llevara de frases, posiblemente no se hubiera tomado el trabajo de madrugar un día tan frío y desagradable. Mientras el auto se acerca a la Provincia, en efecto, el cronista recuerda que el partido oficialista ha realizado toda la campaña electoral usando como lema esta frase nada democrática: "No volverán". Eso sin contar algunos párrafos de la ley electoral reformada...

Una llovizna finísima empaña el parabrisas. Las cortinas son sacudidas por un viento frío y tirante. A uno y otro lado, árboles que tiritan y charcos de agua que reflejan el cielo plomizo. Adelante, el radiador del auto hundiéndose en la atmósfera lechosa de esta desapacible mañana de noviembre.

—Mal síntoma — dice alguien. — Por lo pronto, la que comienza defraudando es la primavera...

Tratando de sorprender al primer votante

Morón, 7.45 horas. Las calles están desiertas. Uno de los acompañantes, olvidando que las confiterías permanecen cerradas, propone que se tome el desayuno.

—Todavía falta un cuarto de hora para que habiliten las mesas. Aquí nos vamos a morir de frío.

El cronista ni se digna contestar. Una de las cosas que más le interesan es asistir al acto solemne de la apertura de un comicio. Para eso se levantó temprano. En la esquina, casualmente, se ve el escudo de un edificio público. Allí debe funcionar alguna mesa. Es la ocasión de ver depositar el primer voto...

El cronista se ha levantado temprano, muy temprano. Sin embargo, al acercarse al comicio comprende que llega tarde. Es verdad que no son las ocho todavía, pero se encuentra con que la elección comenzó hace un buen rato. Esa urna, por lo menos, ya tiene algunos votos adentro.

Hay quien supone que la elección no sólo ha comenzado, sino que ha concluído, virtualmente. Por ejemplo, este ciudadano que ya comienza a gritar, con la seguridad del que sabe lo que dice:

—¡Viva el nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires!

Recién son las 8.05...

Una maniobra de los fiscales opositores

El auto corre velozmente. Un pueblo... Otro pueblo... En algunas esquinas, pequeños grupos disueltos rápidamente por la policía. A veces se alcanza a escuchar lo que dice la persona que ocupa el centro del grupo:

—Soy fiscal de un partido opositor. Me acaban de echar de la mesa porque exigí que habilitaran el cuarto obscuro.

O si no:

—He abandonado el comicio porque no me permitían comprobar la identidad de los votantes.

El auto corre velozmente... Otro pueblo... Huellas de tiroteos entre opositores y oficialistas. Huellas de balas en el frente de un comité opositor... El cronista se acerca a todos los grupos, interroga a distintas personas. Y en todas partes lo reciben con deferencia.

—El fraude es sencillamente escandaloso. No tiene precedentes desde que existe la ley Sáenz Peña.

—Las elecciones se están realizando dentro del marco de la mayor corrección.

El que ha hablado es un presidente de mesa. El cronista toma cuenta de su declaración y pasa a preguntarle por los fiscales.

—Se fueron. Una maniobra, ¿comprende? No olvide que son opositores. Se han puesto de acuerdo para abandonar el comicio a fin de hacer creer que las elecciones no han sido normales.

Acto de solidaridad con los correligionarios de Corrientes

El presidente sonríe. El cronista ya está a punto de creerle, pero recuerda que en el distrito de Ayacucho, sobre un total de treinta y siete presidentes de mesa, de filiación oficialista, treinta y seis son empleados públicos. Y la crisis es terrible.

ELECCIONES...

votante. — Una maniobra de los fiscales opositores. — Acto de solidaridad Pueblo. — Breves reportajes relámpagos. — El que ha salido perdiendo.

—Buenos días, señor.
—A sus órdenes, señor.
—Adiós, señor.
En todas partes sonrisas y atenciones. ¿Será porque el cronista ha salido sin fotógrafo?

Uno de los acompañantes explica la razón de aquellas deferencias:
—Se trata de un acto de solidaridad con los correligionarios de Corrientes. ¿No está de paso, usted? Y bueno: lo tratan bien porque es transeúnte...

La embriaguez cívica de Juan Pueblo

MEDIODÍA. Se hace un alto para almorzar. El comedor está casi vacío. A través de los cristales pasa una luz cenicienta. Los comensales parecen sombras. Comida pesada y abundante. El cronista comienza a sentir el sopor de la digestión. Se levantó tan temprano... Por otra parte, estas elecciones no tienen ningún interés. Es mejor regresar.

Al salir a la calle se detiene bruscamente, restregándose los ojos. Por la vereda avanza un hombre que parece escapado de una alegoría. Sí: es él. Delgado, alto, morocho, de bigote renegrido. Lleva bombachas, pañuelo al cuello y chambergo negro de ala levantada. Además, él mismo lo viene diciendo, mientras camina haciendo eses:

—¡Yo soy Juan Pueblo, canejo!

Da un traspié y se apoya en el automóvil, para no perder el equilibrio. Tiene los ojos vidriosos. ¿Dónde ha podido embriagarse en esa forma? Él mismo lo grita, accionando grotescamente:

—¡Yo soy Juan Pueblo, canejo, y vengo del comité!

Viene del comité, donde le han dado vino y empanadas. Ahora permanece inmóvil en el suelo. El cronista decide llevarlo a su casa. ¿Dónde vivirá? Se inclina sobre el caído y busca entre sus ropas algún documento que lo identifique. Inútilmente.

Juan Pueblo no tiene libreta.

Breve serie de reportajes relámpagos

CIUDADELA. En una mesa, cuando los votantes entran en el cuarto obscuro, dos agentes les obligan a depositar la boleta oficialista. El cronista recoge la información y comienza a dormitar dentro del auto, mecido por el balanceo de la marcha.

¿Será sueño? ¿Será realidad? Delante suyo se encuentra uno de los vigilantes de Ciudadela. Cientos de ojos lo miran con dureza. El vigilante baja la vista:

—Yo no tengo la culpa. Lo hice para no perder el empleo. Me mandó el sargento.

El cronista busca al sargento:

—Yo no tengo la culpa. Me mandó el comisario.

Aparece el comisario. Oye y se encoge de hombros:

—Pero, ¿usted cree que yo voy a tomar la responsabilidad de dar una orden semejante? No, hombre: si la he dado es porque otros funcionarios, mucho más altos que yo, me dieron permiso para que la diera.

El cronista busca a los funcionarios más altos de la Provincia. Son muy pocos. Cuando están juntos, responden a coro:

—¡Qué inocencia la suya! ¿Supone que íbamos a dar un permiso así, por nuestra sola cuenta? No nos hubiéramos atrevido. Si lo hemos hecho es porque entendimos que también a nosotros nos daban permiso.

—¿Permiso a ustedes, que son las más altas autoridades de Buenos Aires?

—Sí, señor: nosotros entendimos que nos daban permiso, desde Córdoba. Puede ser que hayamos entendido mal, pero eso es lo que entendimos...

El que ha salido perdiendo

EL auto salta al pasar un bache. El cronista despierta, sobresaltado. ¡Ah, era un sueño!

Pero ahora zumban en sus oídos todas las voces de protesta que escuchó durante la jornada. Ordena los recuerdos, hace un balance de ellos y se pregunta, mirando hacia el futuro:

—¿Es conveniente para el país que un grupo de argentinos excluya de los comicios a otro grupo de argentinos?

El auto se hunde en la atmósfera lechosa de esta absurda tarde de primavera. A uno y otro lado, los árboles continúan tiritando y las ráfagas siguen estremeciendo el cielo plomizo que se refleja en los charcos. Lluvia, viento, frío.

No hay duda alguna. El 3 de noviembre, desde todo punto de vista, ha sido un mal día...

D I E G O   E S Q U I N A

La hipnosis en las ranas

La hipnosis en los animales es una cuestión que ha sido muy poco estudiada, pues aparte de unas pocas observaciones científicas, el resto de nuestros conocimientos se reduce a los datos de las leyendas corrientes.

Las ranas que han permanecido durante el invierno en un acuario, ofrecen un material muy notable para el estudio de la hipnosis, en el momento en que están extenuadas por un prolongado ayuno, es decir, en la primavera y en verano; así es que en cuanto se las coloca en el suelo boca arriba, caen en el estado hipnótico, que a veces llega hasta la catalepsia. En el estado de hipnosis profunda, los órganos de los sentidos suspenden su acción; el sentido quinestésico está muy embotado, lo propio que la sensibilidad al dolor; las pupilas aparecen siempre contraídas, dilatándose en seguida que el animal se despierta; los movimientos del corazón están retardados y los respiratorios son a menudo apenas perceptibles. Este estado dura una media hora.

El estado de hipnosis profunda hállase todavía más acentuado en las ranas de invierno cuyo cuerpo ha perdido mucha agua a consecuencia de su estancia en un lugar seco: no siempre se consigue despertar a estas ranas.

Las ranas recientemente agarradas en primavera experimentan la hipnosis en las mismas condiciones, pero resisten más, haciéndose cada vez más hipnotizables a medida que su ayuno dura más tiempo, hecho que concuerda con la observación de Gley de que el hipnotismo se produce fácilmente en las ranas enflaquecidas. El agotamiento, el ayuno prolongado y la substracción del agua son, al parecer, las condiciones más favorables para la producción del hipnotismo y de la catalepsia en las ranas adultas.

Obsérvese que en los experimentos las ranas en estado de hipnosis profunda y prolongada se despiertan inmediatamente cuando se las rodea de vapores de éter, de cloroformo o de alcohol, que obran ante todo y sobre todo como excitantes. Del mismo modo obran los vapores de amoníaco. La elevación brusca y progresiva de temperatura interrumpe siempre el estado de hipnosis; en cambio el descenso de aquélla no las despierta, hasta parece favorable al estado hipnótico.

Las ranas hipnotizadas presentan casi las mismas posiciones que los sujetos hipnotizados, y sólo existe diferencia en la flexibilidad de las actitudes, que son en las ranas puramente musculares y generales, y más delicadas y más matizadas en las histéricas.

Gley ha hecho una observación exacta, haciendo notar que el hipnotismo es especialmente favorable en las ranas enflaquecidas. El hecho es cierto: las ranas enflaquecidas o sometidas a un ayuno se hipnotizan fácilmente y muchas de ellas llegaban hasta la catalepsia: las sensibilidades estaban casi abolidas, las pupilas aparecían puntiformes, la circulación estaba retardada y la respiración se volvía tanto más superficial cuanto más profunda era la hipnosis; coincidiendo con ello una crisis de respiración interna y una aceleración del corazón.

La educación en Norteamérica

Al comenzar el segundo período en el curso del colegio Princenton, treinta y un estudiantes de último año quienes han merecido altos honores, han recibido carta blanca en la prosecución de sus estudios en esta universidad, desprovistos de programas y supervisión por parte de la facultad, libre de los requerimientos de cursos específicos, así como de asistir a las conferencias.

Estos estudiantes de honor tienen que cumplir con tres requisitos solamente: tienen que presentar un reporte semanal al consejero de su departamento dándole cuenta de sus progresos en sus trabajos, tienen que escribir una tesis del último curso y tienen que tomar sus exámenes comprensivos en junio. La excelencia de su tesis y el conocimiento que es necesario para pasar en los exámenes comprensivos en junio dependen del estudio e investigaciones hechas por ellos, y de ellos mismos depende la manera en que conducirán su programa.

Los oficiales de la Universidad de Princeton han llamado a esto plan "sin-curso", a falta de mejor nombre. Ello es una consecuencia directa del plan de estudios de la clase superior, conocido comúnmente bajo el nombre del plan de cuatro asignaturas instituído por Woodrow Wilson mientras fué presidente de la universidad, pero no se puso en vigor hasta hace 8 ó 9 años.

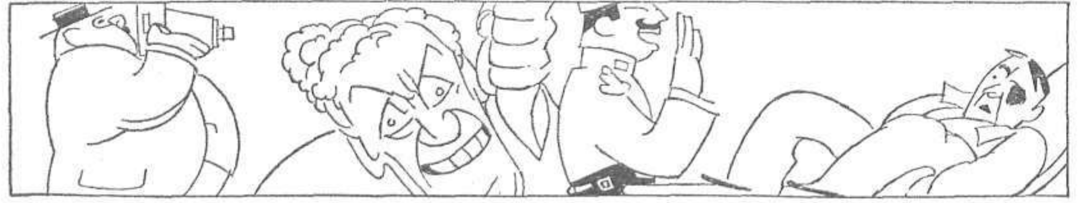
El plan de cuatro cursos dispone que el estudiante al finalizar su segundo año elige un departamento en el cual hará la mayor parte de sus estudios durante su tercer y cuarto año. En cada uno de estos años el alumno cursará cuatro asignaturas cada término. Además, se requiere que el estudiante lea y estudie acerca de la materia perteneciente al departamento elegido por él.

Los cursos de departamentos son lo que podríamos llamar acumulativo, y están basados sobre un modelo definido, mediante el cual el estudiante pasa del período elemental y hasta el tercero y cuarto años, de su materia departamental. Por otra parte, los estudiantes cambian los cursos electivos usualmente cada término, lo cual significa que se dedican solamente cinco meses al estudio de cada tópico electivo.

Este año la facultad de Princeton ha autorizado una expansión significativa a los estudiantes del último año que han demostrado su habilidad y la seriedad de sus intereses intelectuales. Un estudiante del primer año, cuyo grado en el departamento está dentro de los límites del primer grupo y cuya posición en general durante todo el año no es inferior a la del segundo grupo, al entrar en el primer período del último año, se le requiere que curse sólo tres asignaturas en vez de las cuatro regulares. Dos de estas asignaturas deben estar comprendidas en su departamento; la tercera es electiva.

Saldos y Retazos





RECUERDOS DE LA CAMPAÑA ELECTORAL

(Del diario de un fotógrafo)

A la provincia de Buenos Aires habría que mandar únicamente a fotógrafos barrigones, por aquello de que al que nace barrigón es al ñudo que lo *fajen.*

Quise hacer la nota del secuestro de libretas, y me rompieron todas las placas. ¡Después se quejan si uno es *implacable!*

Al destrozarme la máquina, me hicieron trizas el lente. Y tuvieron el coraje de decirme: "No es nada lo del objetivo".

Viendo que yo no hacía caso de sus negativas, la emprendieron con mis negativos.

No sé si vale más ser tomado por repórter gráfico que *por no gráfico.*



LO QUE DICE UN APOLITICO

El partido Radical
me da a mí una bronca tal,
que, aunque esté enfermo y me apuren,
no permito que me curen
si la cura es "radical".

Al partido Socialista
también le encuentro sus peros,
pues tuve una "socia lista"
que casi me deja en cueros.

Al Conservador, en vano
me quieren meter en él.
Traje a mi casa a un paisano
que era un conservador fiel,
y todo lo que halló a mano
lo conservó... para él.

De la política actual
no haré, por tanto, la crítica.
La política es brutal,
y hasta una madre es fatal
si la hacen madre política.

CRITICOS ASI, VENGAN DE AHI

El pintor (orgulloso). — Aquí le presento mi último cuadro.

El crítico. — ¡Hombre! Lo felicito muy sinceramente.

El pintor (más orgulloso). — ¿Verdad que está bien?

El crítico. — No, si lo felicito porque es el último.

VANITAS, VANITATUM

En el correo de París apareció una carta dirigida *"Al mejor poeta del mundo, París".* El cartero la llevó a Víctor Hugo. Este, sin abrirla, la devolvió diciendo que sería para Alfredo de Musset.

Bueno, abierta la carta, resultó que era para un tal García, de Guatemala.

RESERVA FEMENINA

¿Quién dijo que la mujer no es capaz de guardar un secreto?... Pruebe usted a que le confiese la edad...

NOTA SOCIAL

Ha fallecido el acaudalado hombre de negocios don Juan Pérez. El y sus herederos han pasado a mejor vida.

¿NO LE PARECE, CHE...

...que todo ese dinero que usted tira en las carreras los domingos es demasiada plata para su presupuesto? Concedemos que sus aficiones sean excesivas y su conocimiento sobre el "pedigree" de los potrillos sea mucho mayor que el que podría tener sobre cualquier prócer argentino; concedemos, concedemos... pero lo que no nos parece bien, che, es que usted después se ponga a llorar ante sus amigos y hable de la escasez de dinero y de la falta que le hace otro puestito por ahí, acompañando sus lamentos con fiero mal humor y echando chispas contra el gobierno, contra el país, contra Hailé Selasié y contra todo lo que camina. Esto es, precisamente, lo que le atrae pocas simpatías; pues raras veces usted sonríe, y su ceño fruncido no da lugar a esperar palabras amables para nadie. Sin embargo, che — nos complacemos en reconocerlo, — el último domingo no fué usted a las carreras y sacó a su patrona y a sus niños a dar un lindo paseo por Palermo. Lo hemos visto, y nos hemos alegrado, ¡y qué alegrón habrá sido para los suyos! Que se repita, che.

Curiosidades históricas

De las "Memorias del Padre Bonacina", misionero de Río Colorado

22 de mayo 1888. — Durante un viaje de Patagones a Pringles pasamos por Conesa y allí juntáronse unas 20 familias indias capitaneadas por el viejo Cañuel. Se hicieron 16 casamientos, pero el capitanejo no quiso desprenderse de sus tres mujeres. En 1890 Cañuel fué despojado de todos los animales, echado del campo y confinado a Valcheta. Después de algunos días nos encaminamos para Castre en la embocadura de la travesía de Valcheta; para visitar unos toldos de indios con el objeto de reclamar una criatura que se negaban a entregar a su padre. La vieja bruja con mil artimañas había hecho desaparecer la criatura. En una segunda visita, acompañado por el mismo alcalde, notamos los gritos del nene escondido en un barril y tapado con cueros de oveja.

En una misión que hice con el P. Roggero y que empezamos el



26 de febrero de 1890, llegué a lo de Sahínoque pero el cacique estaba ausente. ¡El cacique! ¡el gran rey de su tiempo, el príncipe de las selvas! Lo hice llamar y acudió a la cita.

Esperábame ver a un indio gigantesco, con la cabeza coronada de vistosas plumas, con sus atléticas formas envueltas en un manto rayado, distintivo de los caciques, con las flechas envenenadas, terciadas a la espalda, con collar, aros y brazaletes... Pero tuve un desencanto. Ese cacique ya no lo era. En 1888 le había visto al norte de la isla grande de Choele-Choel: su rancho estaba entonces rodeado de otros menores; le acompañaban mozos vigorosos armados de flechas y grandes boleadoras: en su cortejo abundaban las mujeres, niños y niñas... pero había declinado su estrella y en la extrema pobreza en que le veo hoy apenas si se nota un vislumbre de su altivez y superioridad sobre sus paisanos. La bebida, me dicen los indios, lo ha debilitado, enfermado.

Hoy es un indio de ninguna expresión: es alto, algo encorvado, destituído de toda majestad; viene acompañado de sus tres mujeres y de su hijo menor, con traje de policía.



Lápiz azul

Muestra de románticos

Todos los escritores caen en excesos de imaginación que, a veces, producen efectos contrarios a los por ellos buscados. He aquí algunas muestras, pertenecientes a maestros del período romántico.

Busoni. — ¿Dices que le has muerto?... ¿Estás seguro?...

Bertuccio. — He sentido penetrar el puñal hasta la empuñadura...

Busoni. — Esa no es una razón.

Bertuccio. — He oído su último grito. ¡Fué un grito supremo!

(*El conde de Monte-Cristo,* por Dumas)

Don Juan a doña Constancia. — ¡Caigo a vuestras plantas, mitad de mi vida, y entre vuestras blancas manos deposito la otra mitad!

(*Arrepentimiento y generosidad,* por M. Prevost)

"... Juro que jamás he contemplado un espectáculo más horible que el brindado por un campo de batalla después de una derrota...

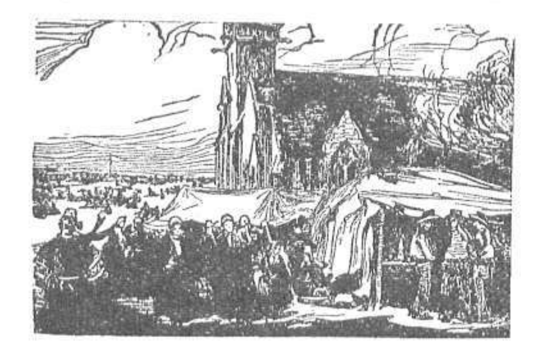
(*El sitio de París,* por Le Pailleur)

Horacio, hablando del traidor Carlos. — Miradle bien cuando despierte: su mano es la de un buitre; su mirada la de la serpiente; su belfo el de una hiena...

(*La plegaria de los náufragos,* por Ennery-Carmon)

"Tuviera él diez cabezas sobre sus hombros que, con semejante pruebas haríalas caer una tras otra"...

(*El Orfebre del Puente,* por Faulquemont)



Un millonario sacó de España el monasterio de Santa María de Ovila y lo llevó a su país

PARA la técnica arquitectónica moderna no implica una gran dificultad el transporte de un edificio, sin derrumbar, de un punto a otro no muy distante. Todos los días nos enteramos de una de estas mudanzas, y en la misma plaza de Mayo tenemos la prueba con la Pirámide. Pero, el caso del monasterio de Santa María de Ovila, en España, es otro.

Era una pequeña abadía cisterciense, situada a cinco kilómetros de Trillo, Guadalajara, sobre el Tajo. Según los técnicos carecía de interés. Pero, era de un puro estilo románico siglo XII. Su fundación databa del año 1175. La iglesia fué consagrada en 1213 por el abad de Huerta, Martín de Finojosa.

De las antiquísimas construcciones sólo quedaba la sala capitular, que comunicaba con el claustro de relativo mérito, aunque bien conservado.

Y un día cayó por allí un caballero norteamericano, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Compró las tierras, con ellas los restos del monasterio; luego, sin más, contrató a cuantos lugareños se le ofrecieron y, previo trabajo de los técnicos que llevó, hizo embalar piedra por piedra todo lo que restaba del edificio. Como una construcción de juguete fué desmontado el monasterio y sus piezas, numeradas y clasificadas, atravesaron el Atlántico y han vuelto a cobrar forma en algún parque.

Las gentes de Trillo muestran ahora el lugar que ocupó el monasterio y recuerdan lo mucho que trabajaron en el acondicionamiento de sus millares de piedras. Han olvidado el nombre del caprichoso millonario y no saben tampoco dónde fueron a parar los despojos centenarios.

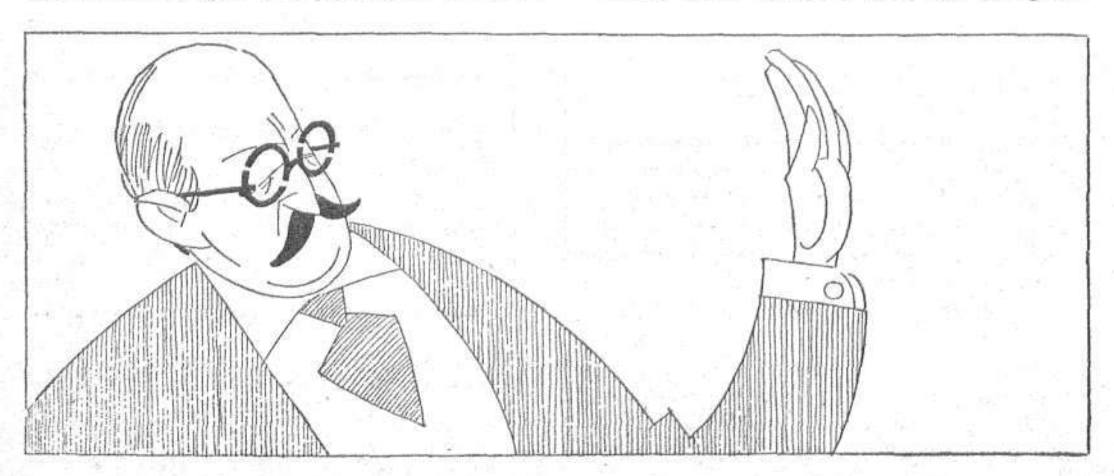
Opiniones de un

Señor director de CARAS Y CARETAS: Aunque parezca a primera vista que no tiene nada que ver con el cinematógrafo, hoy voy a hablar de las frecuentes desavenencias que se producen entre jóvenes y viejos. Comenzaré declarando que, a mi juicio, por lo general tienen razón los jóvenes. Y no vaya a creer que lo digo por solidaridad, puesto que, aunque todavía no soy un vejestorio, desgraciadamente ya no se me cuece de un hervor. Podría decirse, usando una imagen futbolística, que estoy en la mitad de la cancha, más bien tirando para el lado de los veteranos. Mi opinión en favor de los jóvenes, en consecuencia, es insospechable de parcialidad.

Pero, ¡cómo no van a tener razón los jóvenes, amigo! Basta observar un poquito para descubrir que el noventa por ciento de las broncas entre representantes de dos generaciones diferentes, el lío se arma a causa de la incomprensión de los vejaranos. Es que el hombre es un bicho que ama la comodidad por sobre todas las cosas y que, cuando llega a ocupar una posición en cualquier orden de la vida, ya sea en el terreno económico como en el campo de las ideas, no hay manera de que quiera cambiar de postura.

A este respecto, hace mucho que tengo la opinión personal de que el cerebro del hombre es como una estantería de almacén. Cuando el hombre hace su debut en el mundo, la estantería está vacía, pero en cuanto alcanza a distinguir una palabra de otra, los padres comienzan a llenársela de ideas. Luego, en la escuela, le llenan varios estantes más. La provisión continúa en el Colegio Nacional, en la Facultad, en la calle o en el empleo. En las lecturas sueltas y en la observación de los hechos, por otra parte, nuestro hombre adquiere por su cuenta una punta de ideas de su tiempo y las acomoda insolentemente en la estantería cerebral ante la escandalizada indignación de los viejos. Y así sigue hasta que tiene la estantería llena, en perfecto orden: aquí las ideas científicas, todas en fila como si fueran tarros de durazno en almíbar. Más arriba las ideas de carácter social, unas al lado de otra, como están en los estantes de los almacenes las latas de pomidoro. Más allá las ideas estéticas, como una hilera de botellas. Todas en fila, todas en tan perfecto orden que el ciudadano de nuestro ejemplo, con el correr de los años, termina por manejarlas de memoria, como el almacenero maneja las mercaderías. ¿Que se produce un acontecimiento de tal carácter? Pues él ya sabe que en el tercer estante, a la derecha, está el concepto de acuerdo al cual debe juzgarlo. Estira la mano, quiero decir la memoria, y lo saca. ¿Que se encuentra avocado a un conflicto de tal índole? Pues lleva la mano al segundo estante de la izquierda, donde está el punto de vista correspondiente. Vamos: un perfecto almacén y un perfecto almacenero, que sabe que cada cosa está en su sitio y que conoce cuál es el sitio de cada cosa.

Ahora bien: teniendo todo tan arregladi-



acomodador de cine

to y tan a mano y siendo el hombre un bicho que ama la comodidad por sobre todas las cosas, ¿usted cree que son muchos los que se deciden a conocer y a incorporar las ideas nuevas, cuando ya tienen todos los estantes llenos y en perfecto orden? ¡Cualquier día! La mayor parte de las personas no quiere tomarse el trabajo de comprender las ideas nuevas, es decir, de ponerlas en el lugar que ocupaban las viejas. Sería mucho barullo. ¿No ve que por incorporar una idea nueva a lo mejor tiene que renovar todas? Además, las ideas viejas serán falsas, pero son mentiras a las cuales él ya está acostumbrado, que maneja lo más bien y con las cuales se entiende perfectamente con sus semejantes. Pues es en ese momento, cuando se niega a reconocer una verdad, cuando cierra los ojos y los oídos a las verdades con el objeto de no desacomodar su mundo de errores, es entonces que el hombre comienza a ser realmente viejo.

De lo dicho se desprende que los jóvenes siempre tienen razón, ya que, de acuerdo a mi teoría, todas las desavenencias y discusiones entre jóvenes y viejos se deben a la incomprensión de estos últimos, para quienes no hay otras ideas buenas que sus ideas rancias. ¡Lástima que esta vez no se pueda decir lo mismo! Porque en el round que disputan actualmente jóvenes y viejos, hasta los más decididos hinchas de los jóvenes debemos reconocer que los viejos tienen acaparada la razón. Como que, ¡cosa rara! lo que en el fondo les critican a los jóvenes es que no pongan ideas nuevas en sus estanterías cerebrales. Ni nuevas, ni viejas ni de ninguna especie.

Los jóvenes de hoy, en efecto, no tienen ideas. ¿Cómo quiere que las tengan si, salvo muy honrosas excepciones, casi nunca leen de puro aburridos? La lectura era el pasatiempo obligado. Aquí tiene mi caso: yo soy un modesto acomodador, es cierto, pero puedo decir con orgullo que he leído "El Quijote" y "Los Miserables". Mi hijo, en cambio, no ha leído ni "María" de Jorge Isaac, y eso que ya es un tamaño grandote. ¿Por qué esa diferencia? ¿Es que mi hijo es un caso especial? No, porque a casi todos sus amigos les ocurre algo semejante.

Lo que pasa es que nosotros teníamos que refugiarnos en la lectura a la fuerza, como entretenimiento. Pero, debido a que, tratándose de leer y de rascarse, todo es cuestión de empezar, al poco tiempo leíamos por la lectura misma. En cambio, mi hijo no tiene tiempo para empezar a leer. No necesita leer para entretenerse, mejor dicho. Para eso tiene la radio y el cine. Todo el tiempo que nosotros empleábamos en leer, y mucho más todavía, mi hijo y sus amigos lo dedican a ver películas y a sintonizar ondas. Y yo creo que nadie se atreverá a comparar el valor didáctico y cultural de los libros con el de la radiotelefonía y el cinematógrafo. Como que en los libros está contenida la cultura de siglos, en tanto que la radio y el cine son medios de expresión nuevos, formidables desde el punto de vista de la forma pero cuyo contenido es todavía infantil.

Bueno: así también está resultando la mentalidad de las generaciones que han hecho del cine y de la radio su fuente de alimento espiritual. Hombre: con esa alimentación, no es raro que estén espiritualmente anémicos. Claro que hay excepciones. Hoy en día existen jóvenes inteligentes, estudiosos y responsables, que encaran las cosas quizá con mayor profundidad que las generaciones pasadas. Pero esas son las excepciones. La mayoría, en cambio, tiene una mentalidad que es reflejo de las fuentes en que se nutre, es decir, una mentalidad netamente cinematográfica y radiotelefónica.

Usted, que conoce el nivel medio de las películas y de las audiciones, dígame si el hecho que señalo no es digno de alarmar a los gobernantes, a los pedagogos, a los padres de familia y a los directores de películas y de audiciones.

¿O es que ninguno de los directores de películas y de audiciones de radio tiene hijos? Muchas veces, oyendo los programas o viendo las cintas que ellos hacen, se tiene la impresión de que todos ellos son solteros...

Timoteo Gómez (acomodador).

DIBUJO DE CABALLÉ

INTERPRETACION JUSTA DE LA HISTORIA

Bernard Shaw asistía a la lectura de una obra de teatro en la que se representaba la batalla de Waterloo. Salían a escena Napoleón, el general Cambrone y un grupo de oficiales. Napoleón exploraba el campo de batalla con un catalejo.

He aquí un trozo del diálogo:

"Oficial. — Mi general...

Cambrone. — Aun tengo esperanzas...

Oficial. — Todo se ha perdido.

Cambrone. — No he dicho mi última palabra."

En este punto interrumpe Bernard Shaw:

—¡Claro! La última palabra — ¡y qué palabra! — la dijo luego.

PAJAROS LONGEVOS

He aquí a los más matusalénicos de los seres alados, por orden de importancia: el cisne, alcanza una existencia de 150 años; el águila dorada, 104 años; el cuervo, 100 años; el papagayo, 100 años; el ganso, 80 años; el gorrión, 40 años. En cautividad, el término medio, en cada caso es mucho menor.

ABUNDANTE

El caracol es el animal que más abunda en todas las regiones de la tierra. Se lo halla en todas partes, tanto en las más altas del Himalaya como en los abismos del mar, a 16.000 pies de profundidad.

NUESTROS REMOTOS PADRES

Según una nueva teoría de un hombre de ciencia sueco, nosotros antes que del mono, descendemos de la rana... Al menos, algunos tipos vivos confirman la nueva teoría científica.

CRECIMIENTO RAPIDO

Al nacer, el canguro mide escasamente una pulgada. Es ciego y carece de piel, pero la bolsa de la madre le presta con eficacia toda la protección que necesita.

BUENA CANTIDAD

Los ríos que desembocan en el océano Atlántico arrojan, anualmente, una cantidad aproximada de 3.400 millas cúbicas de agua.

CUESTION DE PERSPECTIVA

Jugaba una noche don Ramón del Valle Inclán — la anécdota se cuenta estos días en Santiago de Compostela — una partida de ajedrez con otro hidalgo celta, en un viejo café matritense. De una mesa inmediata se destacó un cliente curioso, y se constituyó en mirón de la reñida lucha.

Después de media hora de contemplación silenciosa, el contemplador dijo, dirigiéndose a don Ramón:

—Esa torre no está en su sitio.

Y don Ramón le contestó, altivo:

—El que no está en su sitio es usted.

LA OVEJA Y EL EQUILIBRIO

El sabio canadiense, Mac Nally, de Montreal, ha probado recientemente que los canales semicirculares de la oveja desempeñan un papel importante en nuestro sentido del equilibrio.

Uno de los canales semicirculares es horizontal; los otros dos son verticales. Los horizontales parecen ser los que dirigen los movimientos de rotación de un lado hacia otro. Los canales verticales y los utrículos mantienen la cabeza derecha y permiten guardar el equilibrio del cuerpo. Esos canales constituyen el laberinto de la oveja y toda persona privada de este órgano, no puede conservar su posición normal.

CHARLAS TELEFONICAS

Un aficionado a la estadística asegura que en Estados Unidos se entablan más de 75 millones de conversaciones telefónicas por día, lo cual significa cerca de 900 por segundo.

¡ERA EL UNICO!

Hace bastantes años, el célebre escritor H. G. Wells fundó, con su amigo Henley, una publicación semanal: "The News Review".

A pesar del prestigio de que empezaba a gozar el autor de "El hombre invisible", no obtuvieron más que un suscriptor.

Un día, desde una ventana de su despacho, Wells y Henley vieron pasar un entierro.

Henley, lleno de angustia, le dijo a su ilustre compañero:

—Con tal de que no sea nuestro subscriptor...

Frescura

La higiene practicada con Jabón Le Sancy embellece el cutis y es sumamente agradable por la frescura y el olor a limpio, característico, que deja en la piel.

Es más barato que nunca

porque comprado en la Tableta Le Sancy, formada por 4 pastillas de 0.35 que se vende a un peso, resulta al precio módico de un jabón común. (Los jabones en Tableta están sólo adheridos por sus envoltorios a una cartulina).





huele a limpio

AÑO XXXVIII 9 DE NOVIEMBRE DE 1935 NUM. 1936

CARAS y CARETAS

JOSE S. ALVAREZ, fundador



El embajador de Estados Unidos, Mr. Alexander Wilbourne, y otros invitados.

Señores y señoras de Petty y Frasser.

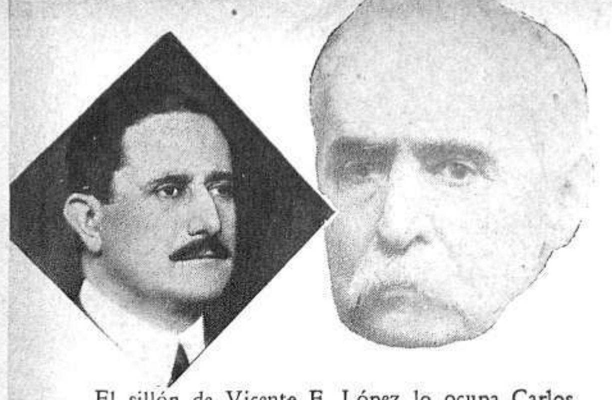
RECEPCION EN HONOR DEL NUEVO EMBAJADOR DE GRAN BRETAÑA

Ofrecida en el Plaza Hotel por la sociedad británica.

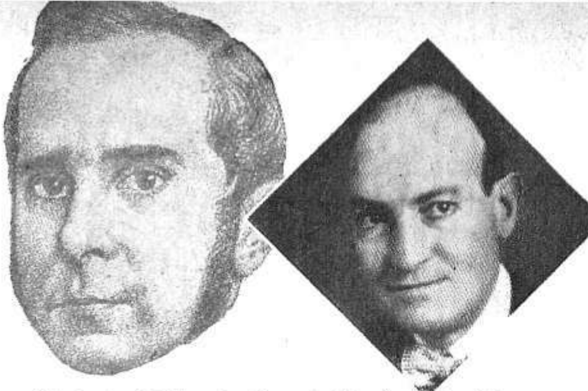
El embajador de la Gran Bretaña, sir Neville Meyrick Henderson, en un aparte con dos concurrentes.

Señorita Bárbara Jackson y señor Colin Shearrer.

Señorita Margarita Cavanagh y señor J. van Braam Houckgeest.



El sillón de Vicente F. López lo ocupa Carlos Ibarguren.



El de José Mármol, Gustavo Martínez Zuviría.

Los sitiales de la Academia Argentina de

De acuerdo con el proyecto presentado

El de Ricardo Gutiérrez, B. Fernández Moreno.

El de Olegario V. Andrade, Juan Carlos Dávalos.

El de Esteban Echeverría, Rafael Alberto Arrieta.

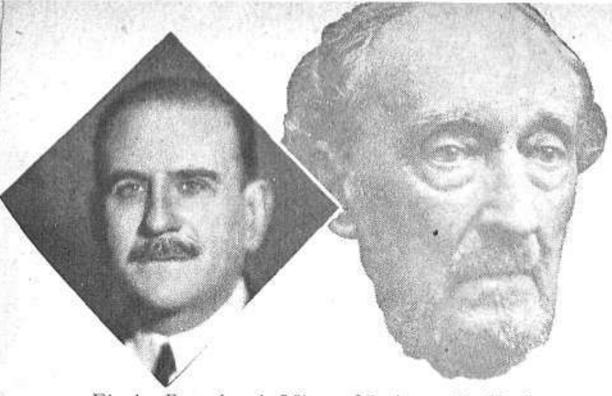
El de Mamerto Esquiú, Gustavo Franceschi.

El de José Manuel Estrada, Juan B. Terán.

El de Nicolás Avellaneda, Alvaro Melián Lafinur.

El de Rafael Obligado, Carlos Obligado.





El de Bartolomé Mitre, Mariano de Vedia y Mitre.



El de José Hernández, Eleuterio F. Tiscornia.

Letras llevarán nombres de clásicos nacionales

por el académico G. Martínez Zuviría



El de Joaquín V. González, Arturo Marasso.

El de Domingo F. Sarmiento, Matías Sánchez Sorondo.



El de José María Paz, Martín Gil.

El de Juan Bautista Alberdi, Leopoldo Herrera.

El de Carlos Guido y Spano, Leopoldo Díaz.

El de Francisco Javier Muñiz, Bernardo Houssay. Antes, Angel Gallardo.





El Salón del Automóvil, en París

El Meybach es un coche alemán, expuesto en el Salón de París, que llamó la atención por sus líneas ultramodernas.

Packard presentó este soberbio cabriolet, carrocería francesa, en el que no se abusa de la llamada línea aerodinámica.



Fantástico aspecto que presenta el último Peugeot con sus faros protegidos en el radiador y sus guardabarros unidos al "capot".



CARAS Y CARETAS

LA ESCUADRA ITALIANA EN ACTIVIDAD

Pastel de Alonso.



1

—Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviría.
no vos puedo haber, no.



2

—Vuestra fué la culpa, amigo;
vuestra fué, que mía no.
Enviásteme una carta
con un vuestro servidor,
y, en lugar de recaudar,
él dijera otra razón:
que érades casado, amigo,
allá en tierras de León:
que tenéis mujer hermosa
y hijos como una flor.

ROMANCE *de* ROSA FRESCA

(Anónimo)

Interpretado por Amanda Varela, Jorge Lanza y Guillermo Damiano, del teatro Odeón. "Mise-en-scene" de Enrique T. Susini.



3

—Quien os lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño,
que no sabía de amor.

Notas de



El palco oficial durante la fiesta hípica que en honor del ministro de Guerra, general Manuel A. Rodríguez, realizó la Asociación Deportiva del Comercio y la Industria.

Inauguración del mástil portabandera en la plaza Almirante Brown, de la Boca, acto al cual concurrieron altas autoridades y numeroso público.

Pequeños intérpretes que tomaron parte en la fiesta organizada por la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.

En la escuela Presidente Roca realizóse una exposición de trabajos de escolares del Japón, auspiciada por el Museo Social Argentino.

Con los auspicios de la "Progenie d'Italia", tuvo efecto una ceremonia de homenaje a Italia y de confraternidad ítalo-argentina.

la Capital



Recepción del nuevo miembro de la Academia Argentina de Letras, Dr. B. Fernández Moreno. El ministro Iriondo, el Dr. Ibarguren, que pronunció el discurso de bienvenida, y el recipiendario.

Con la asistencia de los representantes diplomático y consular de Checoeslovaquia, celebróse el aniversario de dicho país con una fiesta.

Vista del pabellón de experimentación donado por el Patronato de Leprosos que se inauguró en el hospital Muñiz.

Durante una interesante representación del Teatro Infantil, en la Escuela Nº 2 del Consejo Escolar 16.

Parte de la concurrencia en el festival que, a beneficio de sus consultorios médicos, ofreció la Liga Argentina de Empleados Públicos.

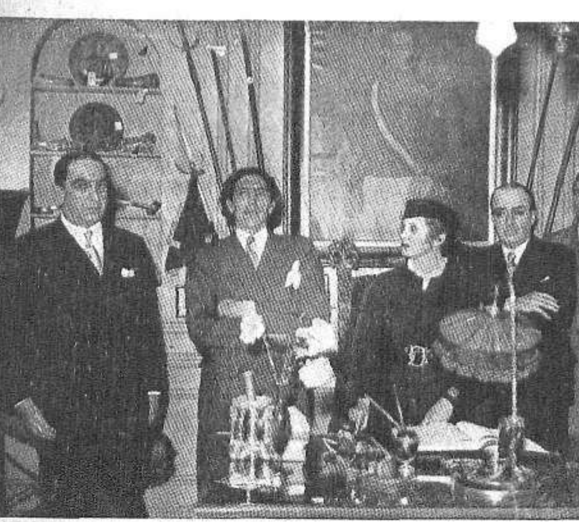


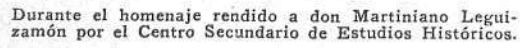
Ha llegado a Buenos Aires el nuevo embajador de la Gran Bretaña, sir Neville Henderson. Le acompaña su hermana la condesa de Leitrim.



Acto de la colocación de la piedra fundamental de la estación de radio del Estado (L R A), en la avenida Eduardo Madero y Corrientes.

HECHOS Y FIGURAS





Durante el homenaje rendido a don Martiniano Leguizamón por el Centro Secundario de Estudios Históricos.



El presidente de la Sociedad Industriales Gráficos de la Argentina, dando por inaugurada la nueva sede social.

GOBERNADORES DE TERRITORIOS NACIONALES NOMBRADOS POR EL PODER EJECUTIVO



Ingeniero Adalberto T. Pagano. Río Negro.



Teniente de navío Juan M. Gregores. Santa Cruz.





Señor José Manuel Baños. Chubut.



Teniente coronel Federico Zambianchi. Formosa.



Doctor Manuel A. Fresco.

Del discurso del doctor Manuel A. Fresco, candidato a gobernador por el partido Demócrata Nacional:

"Por esa fe, nos sentimos triunfadores, sin aguardar la sanción de los comicios. Marchamos a paso de vencedores, empujados por las más puras tradiciones argentinas. En nosotros se congrega el pasado, el presente y el porvenir: continuamos la doctrina progresista y liberal de los grandes gobernantes argentinos; somos una fuerza actual, de cuya pujanza no dudan ni los más ciegos de nuestros adversarios; representamos la única esperanza concreta de orden, paz y prosperidad."

Del discurso del doctor Honorio Pueyrredón, candidato a gobernador por el partido Radical:

"La sabiduría popular es muy profunda. Comprende, quizás, que lo que destruye la fuerza no se puede reconstruir con la violencia, y que el imperio del derecho no puede restablecerse en forma estable sino por la acción del derecho mismo. Llevará acaso esa tarea un tiempo mayor, pero será más segura en sus resultados. Tal es el momento actual. Ese es el espectáculo que ofrece hoy el país entero. Inmensas multitudes exteriorizan la decisión de utilizar el instrumento legal para restablecer el orden. Y es tan profundo el convencimiento de su fuerza potencial, que la arbitrariedad y hasta el crimen con que se le amenaza son obstáculos efímeros que ni les inquieta ni les perturba."



Doctor Honorio Pueyrredón.

La opinión de los candidatos antes de las elecciones de la provincia de Buenos Aires



Doctor Aurelio F. Amoedo.

Del discurso del doctor Aurelio F. Amoedo, candidato a vicegobernador por el partido Demócrata Nacional:

"Una vez más, en estas horas de grave responsabilidad, en las que un error de la masa ciudadana podría tener funestas consecuencias para la libertad y para el progreso general, los hombres del viejo y glorioso partido Conservador cruzan de un extremo al otro el territorio del gran estado argentino para decir al pueblo su verdad...

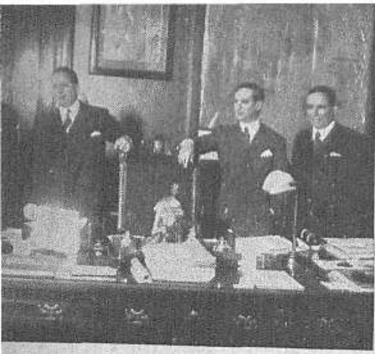
" Ahí tenéis, señores, por qué el partido Demócrata Nacional, al deciros su verdad, reclama vuestro apoyo, porque necesita salvar su obra, porque espera de vosotros, de vuestra conciencia de hombres libres, le permitáis seguir trabajando por la grandeza de la patria."

Del discurso del Dr. Mario M. Guido, candidato a vicegobernador por el partido Radical:

"Esta gran fuerza de opinión no se moviliza para reemplazar en el gobierno un equipo de hombres por otro, como ocurriría en tiempos normales. La agitación producida en toda la República no es, por cierto, la lucha de una burocracia desalojada que pugnara por recuperar la posición perdida. Este fuerte oleaje de pasiones, que en Santiago y en Corrientes se salpica con la burda trapisonda de un gauchismo desenfrenado y que en Córdoba y Buenos Aires estiliza la barbarie de la ley con la trágica persecución del hombre libre, para arrebatarle la vida o la libreta; este encrespado oleaje de pasiones, digo, no es el clima ordinario de una mutación electoral, sino la víspera rumorosa de un cambio trascendental, cuyo fragor es el derrumbe predecesor de nuevas construcciones o el silencio humillante de rebeldías ahogadas por la fuerza."



Doctor Mario M. Guido.



El gobernador doctor Díaz, los ministros Groppo y Tapia y el comisario Cortés, en la Casa de Gobierno.



El gobernador de Buenos Aires, doctor Raúl Díaz, recibiendo telefónicamente noticias sobre los comicios.



Los miembros de la Junta Electoral de la Provincia que permanecieron reunidos durante las elecciones.

Información cinematográfica



Afiliados al partido Socialista congregados en el comité principal de la capital de la Provincia.



Señoras y señoritas ocupadas en preparar viandas para los fiscales en un Centro Socialista de La Plata.



El diputado Roberto J. Noble y el intendente de Seis de Septiembre, en el comité Demócrata Nacional.



Fuerzas de policía montada que cuidaron el orden en los comicios de Avellaneda.



El intendente municipal de Avellaneda, don Alberto Barceló, depositando su voto.



Don Elpidio González, rodeado por correligionarios en un comité radical de Avellaneda.

Aspecto que presentaba el comité radical de San Martín durante la elección.

Los diputados nacionales Corominas y Guglialmelli en el comité demócrata nacional de San Martín.

Electores esperando turno para votar en la Intendencia Municipal de la misma ciudad.









Afiliados al comité central del Radicalismo de La Plata, reunidos frente al local del mismo.



El doctor Fresco atendiendo uno de los diez teléfonos del comité central del partido Demócrata Nacional.



Dirigentes radicales siguiendo la elección desde el comité central del partido, en La Plata.

de las elecciones del domingo



El candidato radical a intendente de Vicente López, señor Marcelo Querido, con algunos correligionarios.



Afiliados solicitando datos en el comité de la Unión Cívica Radical de la localidad de Quilmes.



Componentes de la junta central del partido Socialista de Quilmes reunidos durante los comicios.



Afiliados al partido Demócrata Nacional de Avellaneda, disponiéndose a votar.



Las autoridades de uno de los comicios de Avellaneda lacrando una urna, al término del acto.



El presidente de un comicio de la misma ciudad transportando una urna hasta el Correo.

Afiliados al partido Socialista consultando los padrones en el local del comité de Ciudadela.



Fila de votantes esperando turno para depositar el sufragio en Ramos Mejía.



Adherentes demócratas nacionales en el local de uno de los comités de San Justo.

Dirigentes demócratas nacionales rodeados por correligionarios en la sede del comité de San Martín, al terminar las elecciones.

Núcleo de adherentes al partido Radical recibiendo informaciones en el comité de San Martín. Todos exhiben sus libretas cívicas.

Distintos aspectos del acto comicial

Terminado el acto cívico, las urnas conteniendo los votos van llegando a las oficinas del Correo.

El trágico tiroteo de Villa Sarmiento



Local del comité radical de Villa Sarmiento donde se originó un tiroteo en el que resultaron heridos el comisario Sandrini y el sargento Cisterna.

Interior del comité radical de la nombrada localidad después de ser allanado por la policía. En el tiroteo resultaron también un afiliado radical muerto y otro herido.

Armas y proyectiles que secuestró la policía en el comité radical de Villa Sarmiento después del sangriento choque.



DE POTENCIA A POTENCIA

John Bull. — No olvide que soy dueño y señor de los mares.
Mussolini. — Y usted no olvide que no lo es del aire...

Vivac nocturno de tropas áscaris, las cuales se disponen a descansar después de un encarnizado combate con el enemigo.

Fotos mandadas a "Caras y Caretas" por avión desde el teatro de la guerra.



El general De Bono recibe a un famoso guerrero etíope que, al frente de sus tropas, hizo acto de sumisión.



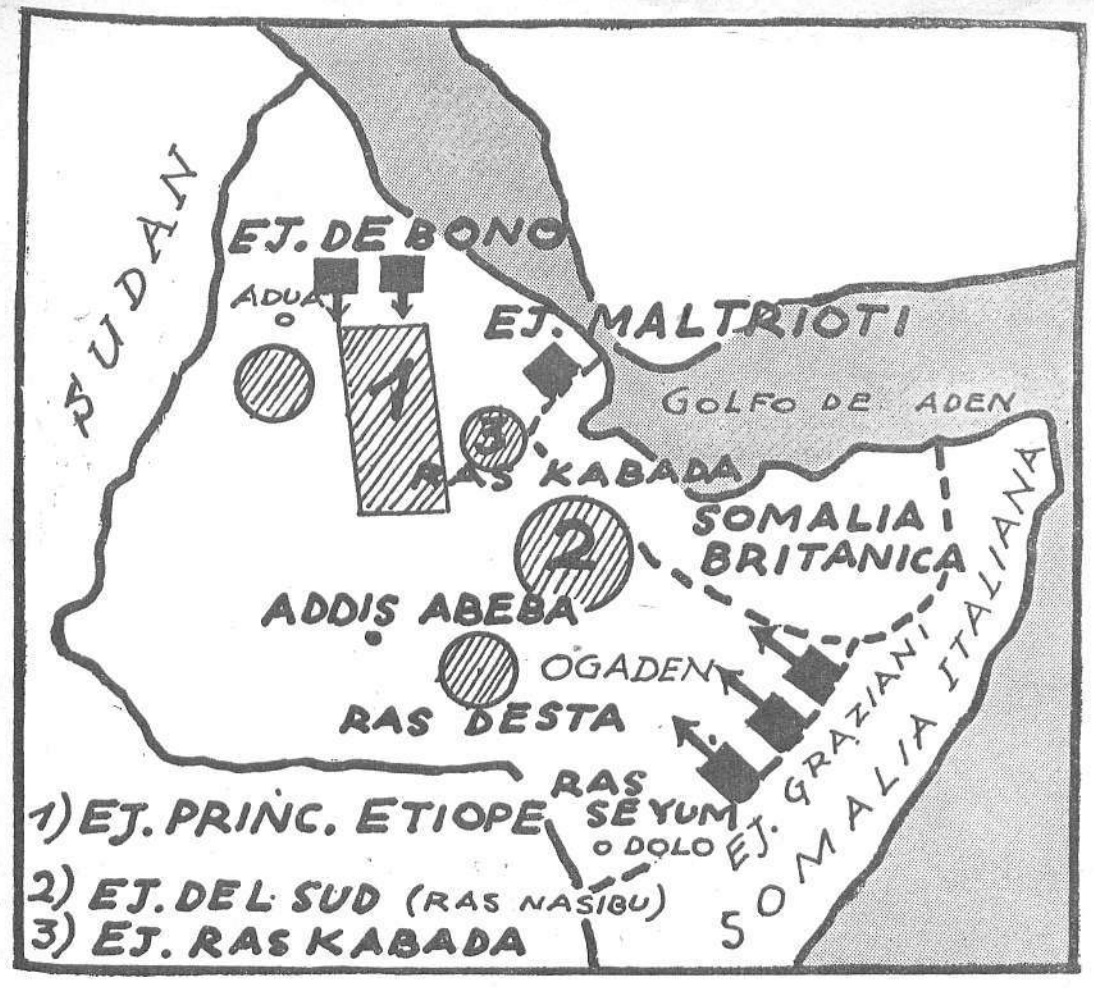
El general De Bono (a la derecha) y su estado mayor reciben los homenajes de sumisión de tropas abisinias.



Soldados de las fuerzas etíopes dando los últimos toques a una trinchera construída para detener el avance italiano.



Los jefes fieles al Negus movilizaron a todos los hombres aptos para la guerra, hasta a los más jovencitos.



1 SITUACION GENERAL DE TODOS LOS EJERCITOS

El croquis representa la situación general de todos los ejércitos en presencia, y la dirección de sus movimientos, en todo el teatro de la guerra. El único ejército italiano que no se mueve es el del general Maltriotti (al norte de la Somalía francesa), pues espera que se aproxime el de Graziani, a Harrar, para atacar al ras Nasibu. por la espalda.

LA GUERRA

Por un alto jefe del Ejército Argentino

SITUACION GENERAL

(Ver croquis 1)

Los ejércitos italianos han reiniciado su avance en todos los teatros de operaciones. Makallé y Gorrahei, puntos estratégicos de importancia, habrán caído en su poder cuando aparezca este artículo.

FRENTE SUR (Ver croquis 2)

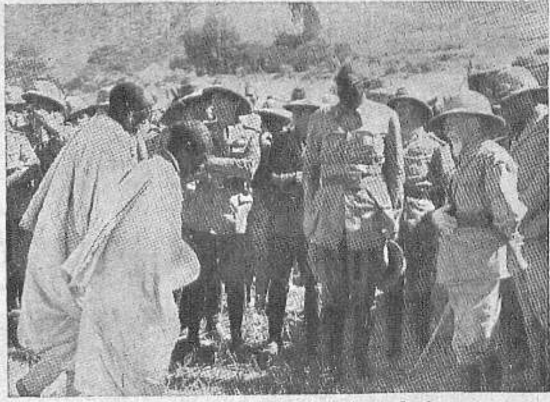
EL diablo no ha tentado ni al ras Nassibu ni al ras Desta en la intención que se vislumbraba anteriormente, es decir, de atacar por el flanco izquierdo al general Graziani. Un telegrama especifica que el último desistió de su intención porque era imposible atacar tan mediocremente armados a ejércitos que cuentan con poderosa aviación, numerosos tanques y tropas motorizadas. Es decir, tropas que cuentan, además de la idoneidad de su comando, la valentía de sus tropas, con todo el armamento ultramoderno para aniquilar tropas que se lancen así al ataque. Este desistimiento no ha impedido, sin embargo, que los dos pachás turcos que asesoran al ras Nassibu en este frente

Vivac nocturno de tropas áscaris, las cuales se disponen a descansar después de un encarnizado combate con el enemigo.

Fotos mandadas a "Caras y Caretas" por avión desde el teatro de la guerra.



El general De Bono recibe a un famoso guerrero etíope que, al frente de sus tropas, hizo acto de sumisión.



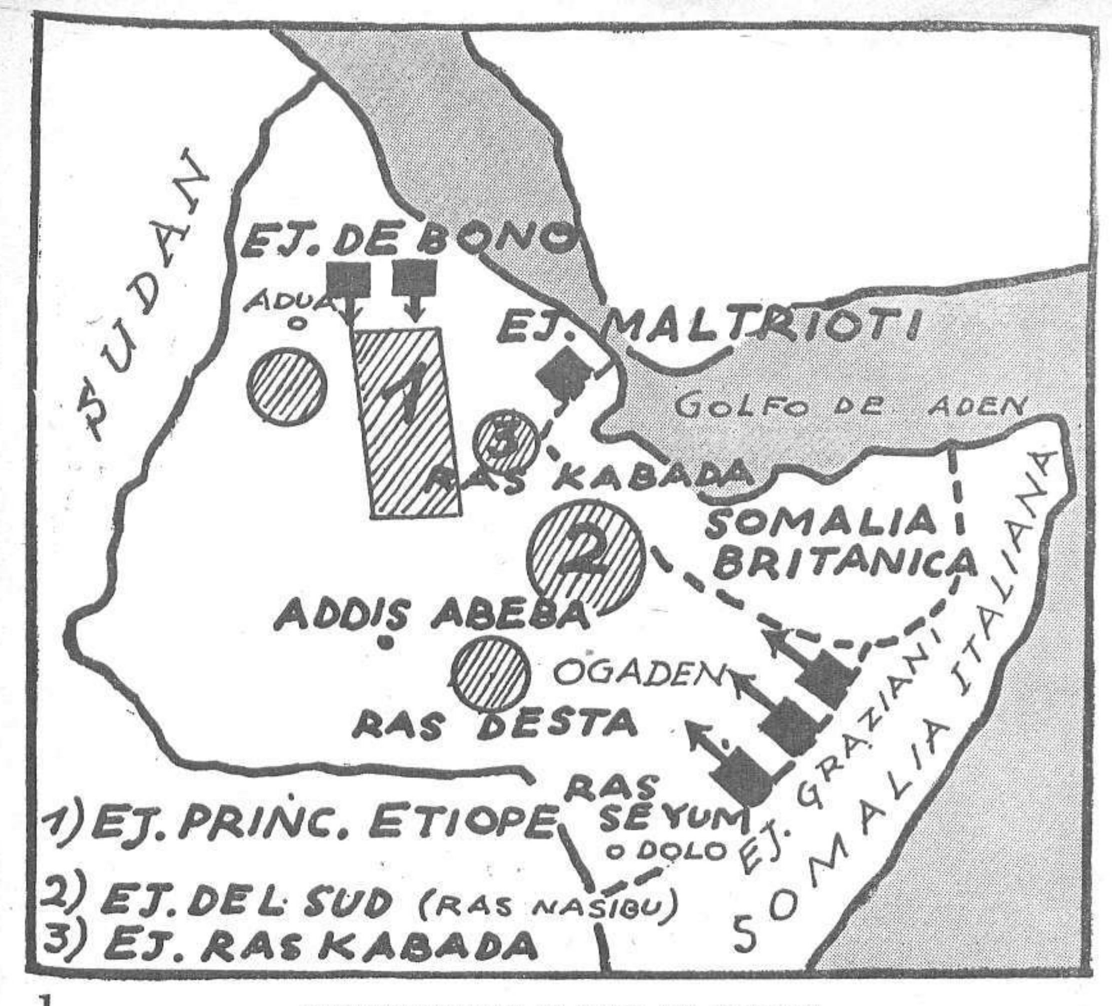
El general De Bono (a la derecha) y su estado mayor reciben los homenajes de sumisión de tropas abisinias.



Soldados de las fuerzas etíopes dando los últimos toques a una trinchera construída para detener el avance italiano.



Los jefes fieles al Negus movilizaron a todos los hombres aptos para la guerra, hasta a los más jovencitos.



1 SITUACION GENERAL DE TODOS LOS EJERCITOS

El croquis representa la situación general de todos los ejércitos en presencia, y la dirección de sus movimientos, en todo el teatro de la guerra. El único ejército italiano que no se mueve es el del general Maltriotti (al norte de la Somalía francesa), pues espera que se aproxime el de Graziani, a Harrar, para atacar al ras Nasibu. por la espalda.

LA GUERRA

Por un alto jefe del Ejército Argentino

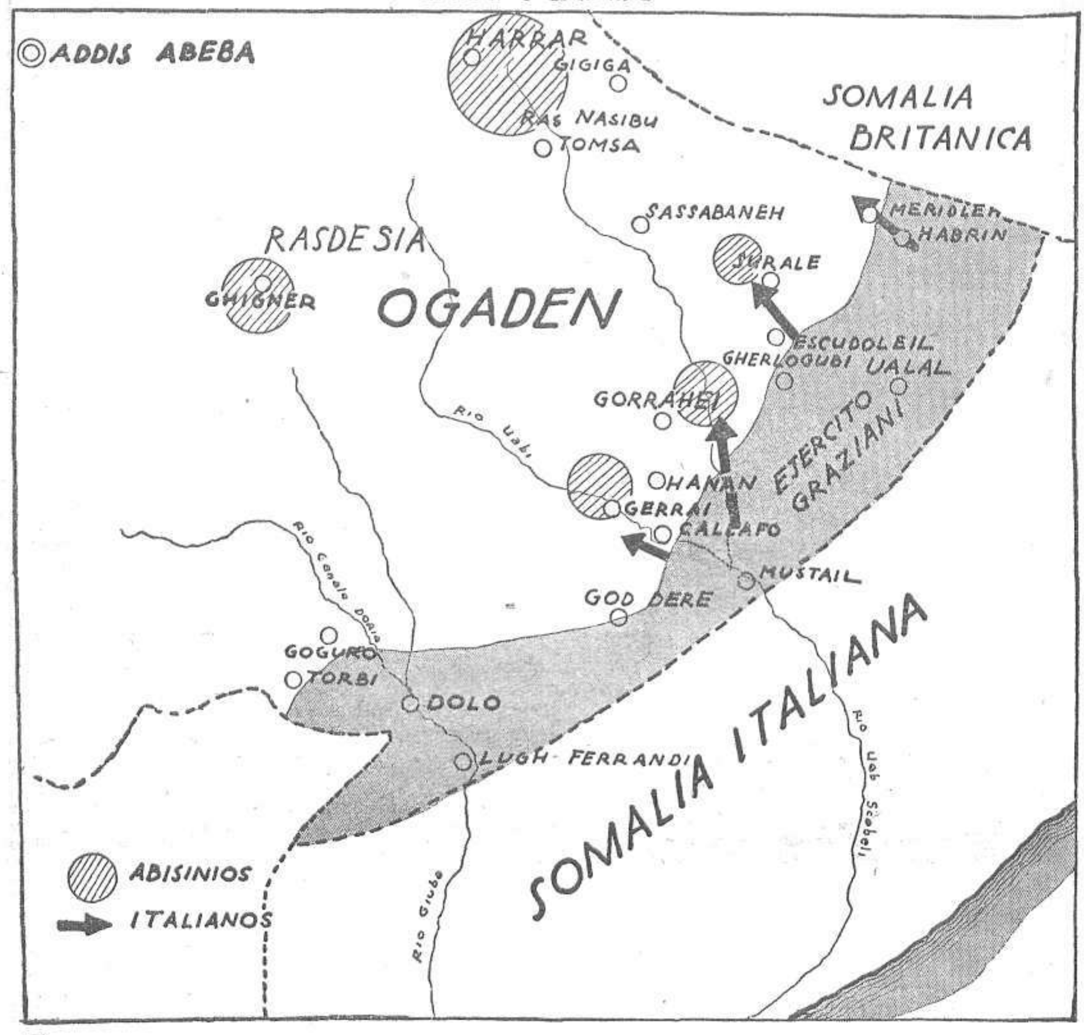
SITUACION GENERAL

(Ver croquis 1)

Los ejércitos italianos han reiniciado su avance en todos los teatros de operaciones. Makallé y Gorrahei, puntos estratégicos de importancia, habrán caído en su poder cuando aparezca este artículo.

FRENTE SUR (Ver croquis 2)

EL diablo no ha tentado ni al ras Nassibu ni al ras Desta en la intención que se vislumbraba anteriormente, es decir, de atacar por el flanco izquierdo al general Graziani. Un telegrama especifica que el último desistió de su intención porque era imposible atacar tan mediocremente armados a ejércitos que cuentan con poderosa aviación, numerosos tanques y tropas motorizadas. Es decir, tropas que cuentan, además de la idoneidad de su comando, la valentía de sus tropas, con todo el armamento ultramoderno para aniquilar tropas que se lancen así al ataque. Este desistimiento no ha impedido, sin embargo, que los dos pachás turcos que asesoran al ras Nassibu en este frente



2 **SITUACION PARTICULAR EN EL FRENTE DE OGADEN**

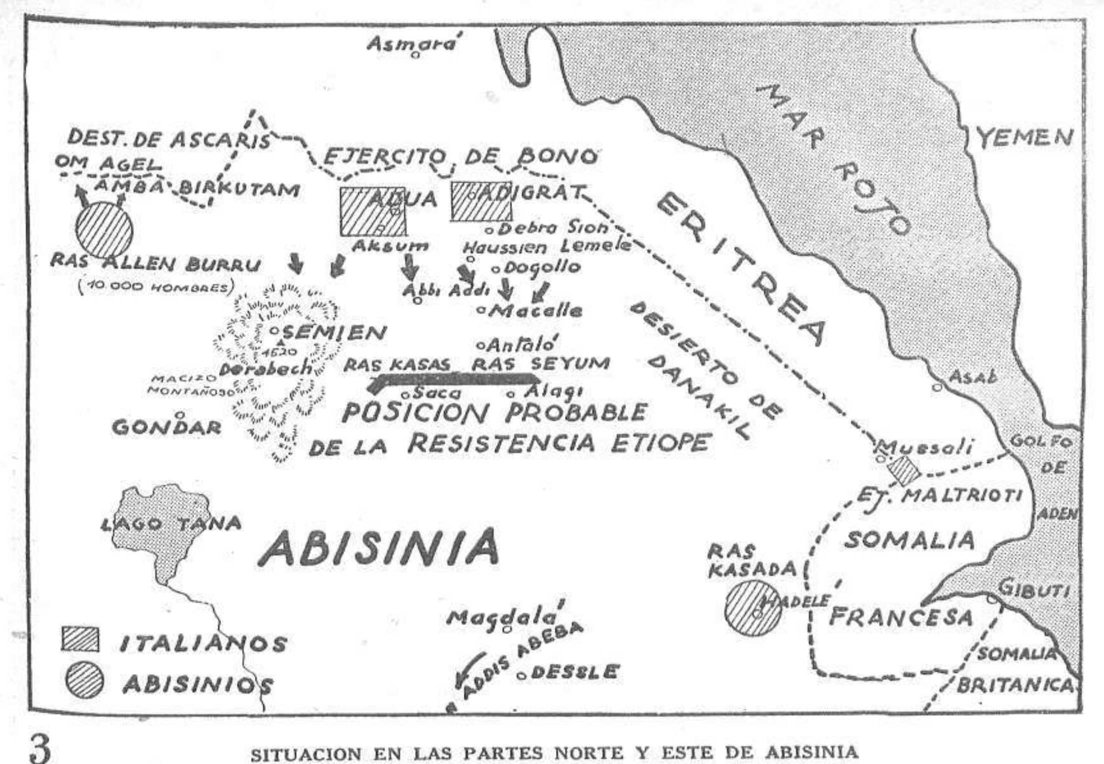
El territorio sombreado al norte de la Somalía Italiana, es el que ha conquistado ya el general Graziani, en una profundidad que varía de 50 a 150 km. en la región de Gerlogubi. Las flechas señalan la dirección de avance, que, como puede comprobarse, llevan todas la dirección general Harrar, zona de concentración general del ejército del Ras Nasiburí. El Ras Deska parece que cubre el camino de Addis Abeba con intención ulterior, posiblemente de operar contra el flanco izquierdo del general Graziani.

hayan asegurado que el general Graziani va derecho al fracaso y va a ser completamente destruído cuando se aproxime a Harrar.

Como en estos artículos tratamos de informar ***seriamente*** al lector, para lo cual debemos apreciar las noticias que nos llegan con un criterio extrictamente técnico e imparcial, tenemos que decir que, en realidad, dada la enorme superioridad numérica etíope sobre el general Graziani, es en esta parte del frente la única donde el Negus puede esperar algún resultado de su ofensiva, pues dado que el terreno es solamente colinoso, le permite emplear la enorme superioridad numérica que tiene, lo que no sucede en el frente norte. En este frente, a causa de su naturaleza montañosa y profundamente cortada, no puede sacar ventaja de su gran superioridad numérica, pues los estrechos valles y encrucijadas por los que tendría que avanzar en caso de tomar la ofensiva, no le permiten el empleo de grandes masas, ni contra el frente ni contra los flancos del ejército italiano. Si agregamos a ello que no poseen los medios de ataque necesarios para *romper* las fuertes posiciones que van estableciendo los invasores para consolidar y asegurar la posesión de los territorios conquistados, se comprenderá que no se puedan prever aquí batallas decisivas. Esto no quiere decir qué la marcha del ejército italiano vaya a ser un paseo militar hasta Addis Abeba, pues para ello tendrá que vencer la enorme resistencia del principal ejército etíope, concentrado en *profundidad* sobre todos los caminos que conducen a esa ciudad.

FRENTE NORTE (Croquis Nº 3)

DECÍAMOS en nuestro artículo anterior que, cuando él apareciera, el ejército italiano estaría atacando a Makallé, lo que ha sucedido, pues, según los telegramas de hoy, 31 de octubre, patrullas han llegado ya a los



3 SITUACION EN LAS PARTES NORTE Y ESTE DE ABISINIA

El croquis representa la situación en el frente N. y E. en el teatro de la guerra. Como puede verse las flechas representan la dirección de avance de las varias columnas italianas que avanzan contra Makallé, que según todas las probabilidades, cuando aparezca este artículo estará en poder de los italianos. Parece que los etíopes se concentran sobre las alturas de Amba Alagi-Saca, como se indica en el croquis con la intención de resistir allí y contraatacar el ala izquierda italiana. Si es que es cierto que piensan resistir en la línea indicada, sin atacar antes, es posible que recién al aparecer esta revista los ejércitos se pongan en estrecho contacto. En la región del río Setit (lindando con el Sudán), los abisinios han intentado cruzarlo al mando del ras Allen Burno, pero han sido rechazado. No deja de ser esto una amenaza para las líneas de comunicaciones italianas. En el frente E. (N. de la Somalía Francesa), la situación permanece estacionaria, porque, los italianos esperan la aproximación de los otros ejércitos para operar en dirección a Harrar o Dessie, según convenga.

suburbios de la ciudad. Parece que el ras Seyun y el ras Kasas han ordenado que no se resista allí y que las tropas etíopes se retiren hacia el sur. Todo induce a creer que los abisinios van a presentar su gran batalla a la altura de Amba Alagi, como se indica en el croquis respectivo, es decir, todavía a unos 60 kilómetros al sur de Makallé, lo que significa que si ello es cierto, recién cuando aparezca este artículo los italianos estarán atacando en esa región. También se habla de una ofensiva combinada entre el ras Seyun y el ras Kasas, los que, *aguantando* los ejércitos italianos en el frente con pocas tropas, atacarían con grandes efectivos contra sus dos flancos. Esta es una solución tentadora y la única por la cual podrían tener éxito, pues no es defendiéndose continuamente y nunca yéndose *a fondo* que uno pueda derribar a un adversario. Pero por lo mismo que es la más peligrosa para el invasor, éste habrá tomado todas las medidas para *quebrarla* y *utilizarla* en beneficio propio después, aprovechando su indiscutible superioridad en espíritu, en armamento y en comando. No se puede admitir con la lógica estratégica en la mano, que ejército comandado por jefes tan probados e insignes, mandando ejércitos formados por hombres entusiastas, patriotas e instruídos y poseyendo los medios más modernos de combate, puedan ser vencidos por hordas mal mandadas, peor armadas, aunque posean el valor personal que se les reconoce y el más grande patriotismo de que siempre han dado pruebas. El elemento *sorpresa*, que es indispensable para que toda operación contra los flancos tenga éxito, está descartado, pues el invasor posee una aviación vigilante, audaz, bien instruída y animada de un gran espíritu. Mientras ella *vuela y vela*, de día y de noche sobre el enemigo, el ejército puede dormir tranquilo sin temor a ninguna sorpresa.

FRENTE ESTE

El ras Getacho, antiguo y brillante ministro ante el Elíseo, ha desfilado al frente de 10.000 jinetes por Addis Abeba, en presencia del emperador. Ha declarado que le había llegado el momento de cumplir con su deber, imitando a su padre, héroe de Adua. Parece, según telegramas, que va a hacerse cargo de las fuerzas que protegen este frente contra el general Matriotti. Aquí no se ha producido ninguna novedad, y no se producirá, posiblemente, hasta que tan singular personaje no se ponga al frente de esas huestes, marchando a la cabeza de las suyas.

A R I S T A R C O

Un retrato de François Rakoczi



El retrato del príncipe Rakoczi.

HACE doscientos años moría en Rodosto, en tierra musulmana, François Rakoczi II, príncipe de Transilvania. El príncipe Rakoczi fué uno de los más fieles amigos de la corona de Francia.

Después de haber tentado en vano liberar su país del yugo de los Habsburgo, Rakoczi, vencido, se refugió en Francia. Fué a la corte y vivió en ella de una pensión del rey Luis XIV; pero tácitamente protegidos por el nombre de su señor, sus gentes transformaron desvergonzadamente su bello hotel del muelle Malaquais de París, en una de las más infames casas de juego de la vieja capital francesa. En el año 1713, el príncipe fué llamado a los Balcanes por una nueva guerra austro-turca. Nefasta para Hungría, la paz de Passarowitz (1718) lo obligó a exilarse.

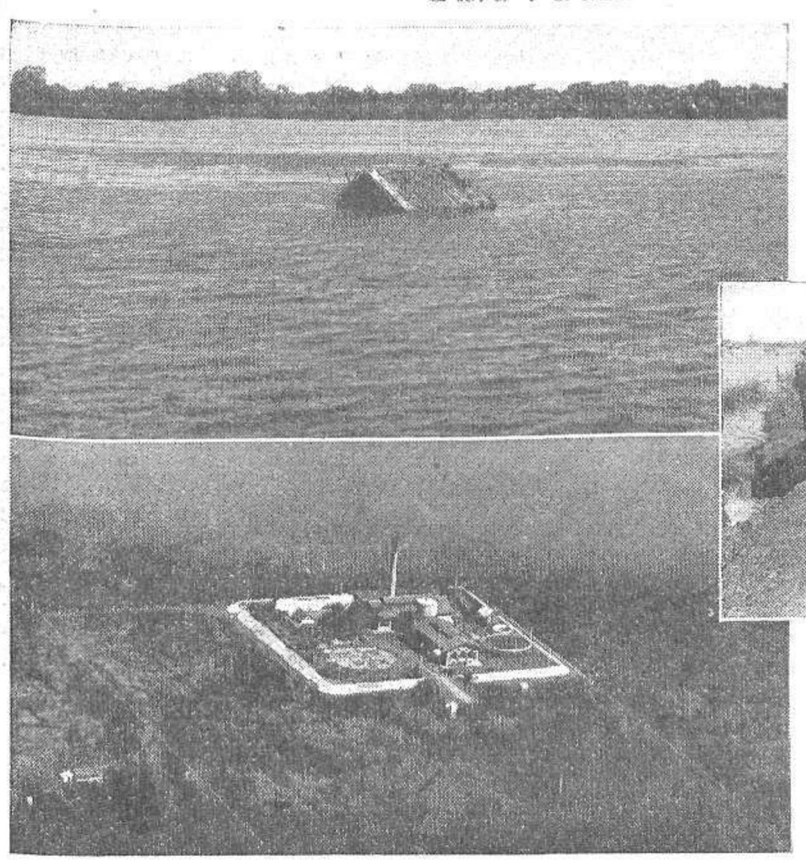
Abandonado por sus últimos partidarios, Rakoczi murió en el año de 1735, lejos de Hungría y de Francia.

Al ofrecer el mejor de los retratos del famoso príncipe de Transilvania al Museo de Versalles, Hungría ha querido recordar a Francia una larga amistad.

La entrega de este retrato ha sido celebrada con una fiesta en Versalles mismo, en tanto que los juegos de las "grandes aguas" ponían en el aire sus arabescos sutiles.

El retrato fué entregado por el conde Khuen Herdervary, ministro plenipotenciario de Hungría en París; y es obra de un alumno de Larguilliere, llamado Adam Manyoski. El retrato representa al príncipe Rakoczi II en su brillante uniforme de jefe magyar.

Las inundaciones en el Chaco



Una de las tantas modestas viviendas que fueron inundadas por las aguas del Paraná, en Barranqueras.

En Puerto Vilela la furia de la creciente puso en serio peligro las vías de los FF. CC. del Estado.

Vista aérea de la toma de agua, de las Obras Sanitarias de la Nación, que abastece de agua a Resistencia.

Una gran figura deportiva

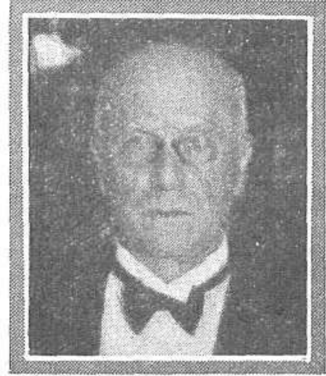
El presidente del Comité Organizador de la XI Olimpíada de Berlín 1936, doctor Th. Lewald, ex secretario del Estado, cumplió el día 18 de agosto 75 años de edad. Con tal motivo fueron innumerables las felicitaciones y muestras de homenaje que el doctor Lewald recibió de todas partes del mundo. Su labor infatigable en pro de la cultura física y de la solidaridad deportiva entre las naciones es conocida y estimada. El doctor Lewald es uno de los máximos prestigios deportivos internacionales y su contacto con los juegos olímpicos data del año 1900, en que, después de su restauración, la segunda Olimpíada moderna tuvo efecto en París, con motivo de celebrarse en esta capital una exposición universal. Cuatro años más tarde se ocupó de organizar la parte financiera de la participación de Alemania en los juegos olímpicos de San Luis, y diez años después lograba que el Reichstag aprobara un crédito de 200.000 marcos para los preparativos de la Olimpíada de 1916 en Berlín. Después de la guerra, el doctor Lewald desplegó una intensa actividad como presidente de la Junta Nacional de Cultura Física del Reich. Fué elegido miembro del Comité Olímpico Internacional en 1925 y desde 1927 pertenece a la Comisión Ejecutiva del mismo. La "campana olímpica" que inaugurará los Juegos de 1936, responde a una idea del doctor Lewald.

Los batracios, parias del reino animal

De apreciar la "suerte" a través de nuestras concepciones humanas, no podemos menos de creer que existen seres venidos a la vida por efecto de una inexorable maldición.

Los batracios empiezan por cumplir en el mundo viviente una revolución sin ejemplo para nosotros: pasan de una existencia puramente acuática a la existencia terrestre perfecta. La audacia es en sí grande, casi insolente, y no puede ser aceptado sin reacciones, pero... hay que mostrarse sumiso a las leyes ancentrales.

No puede olvidarse al triste y silencioso sapo común, con su larga boca hendida "de oreja a oreja". Su cuerpo siempre espera ser aplastado por un talón vengador, de suyo horrible a causa de su piel pustulosa, verdadera usina de venenos; éstos son sin efecto para el hombre, al que sólo podrán causar una irritación en la piel. Aparte este "privilegio", la pobre bestia es completamente inofensiva y nos rinde útiles servicios librando nuestros jardines de toda clase de insectos dañinos.



DOCTOR VICTORINO ORTEGA
Con el fallecimiento del doctor Victorino Ortega desaparece una figura de singular relieve en la vida pública del país. Ha sido el extinto gobernador de San Juan, provincia de su nacimiento; diputado nacional; su obra de publicista es considerable; ejerció el periodismo; actuó en diversas actividades civiles y últimamente fué juez en lo correccional, mereciendo en todas sus actuaciones el respeto y la consideración unánimes.

La existencia nocturna es general para todas las variedades de los batracios, pues a favor de la sombra cazan sus presas. Buscan también la noche a causa de la humedad que es su medio habitual de vida, y por esta razón se les encuentra los días nublados o durante las lluvias. En una palabra, huyen de los rayos solares.

En fin, los batracios tienen otra virtud: hay especies comestibles (las ranas). Al despojarlas de la piel, ésta arrastra consigo todos los venenos, quedando una carne blanquísima, delicia de los gastrónomos del mundo entero.

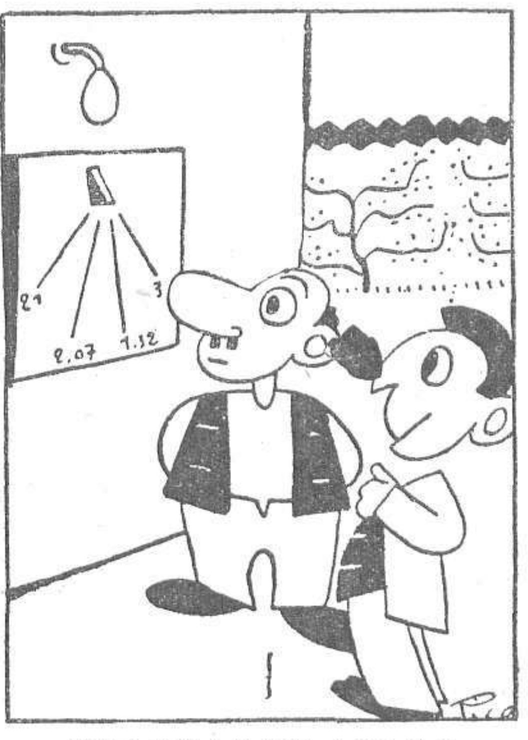
Paréntesis humorístico



DESCONFIADO

—Dígame, mozo ¿estará bien fresco el hielo?

(De *Le Miroir du Monde*, París)



CUADRANTE SOLAR

—Para los días nublados, le he colocado una bombilla eléctrica.

(De *Estampa*, Madrid)

"Caras y Caretas" y Sir Nevile Hender

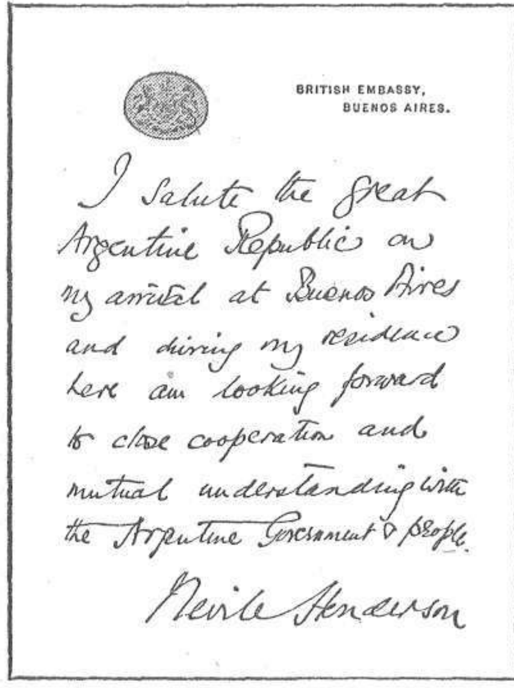
ante el gobierno y

"El crédito argentino es muy sólido,

Por E. CARRASQUILLA



Sir Nevile Henderson.



BRITISH EMBASSY,
BUENOS AIRES.

I salute the great Argentine Republic on my arrival at Buenos Aires and during my residence here am looking forward to close cooperation and mutual understanding with the Argentine Government & People.

Nevile Henderson

Autógrafo de sir Nevile Henderson, que dice así: "Saludo a la Gran República Argentina a mi llegada a Buenos Aires, y durante mi permanencia aquí trataré de estrechar la cooperación y el mutuo entendimiento con el gobierno y el pueblo argentinos. — Nevile Henderson".

Los ingleses tienen fama de cumplidos y de exactos. Y lo admirable es que esa fama sea muy merecida; porque generalmente los individuos y las sociedades carecen, o casi, de las condiciones o virtudes que se les atribuyen.

Nos sugiere esta breve reflexión la manera recta, franca y exacta con que el nuevo embajador de Su Majestad Británica en la Nación Argentina ha atendido el deseo de CARAS Y CARETAS. Como toda personalidad para quien los planos altos y las elevadas actividades son ambiente normal, el nuevo embajador es muy sencillo, muy accesible, muy natural. Es el distintivo de su clase en el país más serenamente aristocrático de la tierra.

El eminente diplomático nos ha fijado una hora matinal en su despacho de la Cancillería, ubicado en uno de los modernos edificios de la parte de nuestra metrópoli que más se parece a la célebre City imperial. Su Excelencia está aquí en su elemento. Su balcón, sobre el hervor del barrio de los bancos, sobre el vasto zumbido de colmenar de la calle Reconquista, se abre en las dos alas de la esquina. Sexto piso; luz natural. Es vasto el recinto. Entre varias litografías exquisitas hay un retrato al lápiz del Príncipe de Gales, firmado por él, que recuerda su visita oficial a nuestro país.

El nuevo embajador británico nos recibe tras una antesala que no ha excedido de un minuto, y le somos presentado por el Consejero de la Embajada S. S. John Hurleston Leche, tan conocido y estimado en Buenos Aires, por su ya larga actuación en la embajada del poderoso país amigo.

Sir Nevile Meyrick Henderson da una primera impresión de serenidad y de inteligencia que no logra atenuar su sencillez, sino que, por el contrario, quizás las realza a los ojos del buen observador. Es de alta talla y de porte elegante. Su palabra es lenta, bien timbrada, en un inglés traslúcido y preciso de acento señorial. A medida que le oímos, nuestra conciencia va confirmando la impresión primera que da el diplomático, y se comprende por qué le han ascendido a la mayor categoría de su carrera al designarlo para nuestro país.

En un palique inicial nos manifiesta su propósito de aprender nuestra lengua (la que sabe leer), y cambiamos con Su Excelencia varias ideas sobre la índole, la claridad, la lógica y el espíritu de simplificación concreta del castellano. El embajador cree que comprender, al oírlo, es la parte más difícil de nuestro idioma. Pero estamos seguros de que lo aprenderá, como aprendió el francés durante su permanencia en la embajada de París.

Esta es la primera vez que Sir Nevile Henderson llega a un país de habla castellana:

— He estado los últimos seis años en Belgrado, y ahora vengo de allí. Conozco toda la parte central de Europa, lo mismo que la parte norte; pero nunca había depasado hacia el sur los Pirineos. He estado también en Africa y en Asia. Conozco bien el Japón... Pero el primer punto de una tierra castellana que he tocado ha sido Coruña, ahora, en mi viaje a Buenos Aires...

Y entramos en materia.

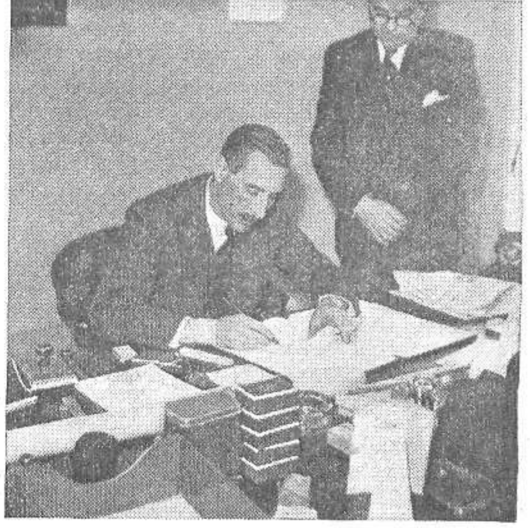
— En cuanto al comercio e intercambio general entre la Argentina e Inglaterra — y sobre todo en lo relativo a las carnes — todo depende de lo que suceda el año próximo en las relaciones de nuestros dos países.

Hay una pausa.

son, nuevo embajador de Gran Bretaña el pueblo argentino

afírmanos el eminente diplomático".

MALLARINO



El nuevo embajador de Gran Bretaña escribiendo su autógrafo para "Caras y Caretas".

—Todo lo que puedo decir sobre la comunidad de intereses de la Argentina y de la Gran Bretaña, es que ellos son enormes. Y yo haré lo posible para llegar a los acuerdos que den satisfacción, tanto a la Argentina como a Inglaterra.

Luego el embajador reflexiona rápidamente y nos dice con una sonrisa apenas dibujada, pero llena de una humana, lógica filosofía:

—Una de las cosas más difíciles de este mundo es la de llegar a satisfacer a todos...

Después nos dice nuestro eminente interlocutor la buena fama de que goza la Argentina en su patria, puesto que se atienden las obligaciones con honrada escrupulosidad.

—¡El crédito argentino es muy sólido! afirma el embajador.

No obstante, dícenos luego:

—El único punto algo difícil es el que se relaciona con los ferrocarriles. Hay tanto capital británico invertido en los ferrocarriles de este gran país que... si los balances no vuelven a ofrecer *paying bases* (diremos: cifras remuneradoras) podría ello causar algún perjuicio al crédito argentino. En estas cuestiones de deudas públicas hay un resorte muy delicado, del que puede depender el crédito de una nación.

Aquí ambos interlocutores nos quedamos pensativos; y al fin, Sir Nevile Henderson corta el silencio y remata de esta manera:

—Sobre este asunto, tan vasto y complicado, no puedo decir nada más por el momento.

Pero la entrevista con que nos honra el representante de Su Majestad Británica ante nuestro gobierno nacional, recobra franco optimismo cuando Sir Henderson nos manifiesta:

—Yo estudiaré todo y haré cuanto esté a mi alcance para llegar a soluciones felices.

Esta afirmación no tiene la sonoridad hueca de una frase de compromiso, protocolar o conveniente para que se repita en una tribuna de tan vasta y seria repercusión pública como nuestra revista. Es un concepto que encarna una sincera resolución del nuevo embajador británico, que va a iniciar sus actividades en tan elevada jerarquía, precisamente en nuestro país. Su manifestación nos da una certeza halagadora, y nos apresuramos a transmitirla a nuestros lectores de toda la República.

Después nos comunica Sir Henderson sus impresiones iniciales de nuestro país: y expresa en concreto:

—Yo he sentido al llegar a esta tierra que es un gran país. ¡La Argentina es una de las grandes naciones progresivas del mundo!

Y refirmando tan levantado y noble concepto, nos dice luego:

—Yo me siento orgulloso de haber llegado a la Argentina y notar la gran parte que tienen las empresas y los capitales ingleses en la potencialidad de esta República.

En nuestra mente se dibuja más y más la sinceridad que inspira a este embajador que, desde ya, consideramos como un gran amigo de nuestra patria.

—Como se ve y se sabe — nos dice finalmente Sir Nevile Henderson — son muchos y muy difíciles los problemas que tenemos entre manos. Pero yo aliento la mejor voluntad del mundo, y mi primer deseo, dígalo usted, es el de encontrar aquí esa misma gran buena voluntad.

En cuanto a la situación europea del momento, ya es conocida la opinión del nuevo embajador británico, quien manifiesta que su país es muy amigo de la paz, pero que es muy difícil saber el rumbo que podrían tomar las cosas. Una guerra sería una desventura para todo el mundo sin excepción.

Hagamos, finalmente, memoria de las líneas principales de la carrera de nuestro ilustre entrevistado.

Desde el año de 1905 Su Excelencia presta servicios en la diplomacia de su patria. En aquel año fué nombrado secretario de la embajada en la capital de Rusia. De allí pasó a la capital nipona, en el año de 1909, regresando a San Petersburgo en 1912. Estuvo en la embajada acreditada en Roma ante el Quirinal; y luego de pasar más tarde un tiempo en el ministerio de Relaciones Exteriores, en Londres, le nombraron primer secretario de la embajada en París. En 1921 le designaron como Alto Comisario británico en Constantinopla, y allí permaneció hasta el año 1924, cuando, con idéntica investidura, fué trasladado a la capital de Egipto. En 1928 designáronle como Ministro Plenipotenciario adjunto a la embajada en la capital francesa; y un año más tarde pasó a la legación acreditada en Belgrado.

Desde esa legación nos llega ahora, ascendido a embajador, este caballero armado de las mejores y brillantes armas de la cordialidad, de la comprensión y de la simpatía más amistosa y mejor dispuesta.

Cuando nos despedimos de Sir Nevile Henderson no sólo nos sentimos gratamente contagiados de su levantado y recio optimismo, sino que el *horizonte argentino - británico* nos parece más claro y más bello. Tan brillante es la luz de esta inteligencia que acabamos de consultar.

E. Barranquilla Mallarino

El huracán de la guerra mundial

El 21 de junio de 1914 moría un archiduque austríaco en Sarajevo. El 29 de julio se rompían las hostilidades en Servia. El 31 era cobardemente asesinado Jaurés. Y tres días después, la declaración de la guerra de Alemania a Francia convertía la guerra en europea, y daba los primeros pasos para transformarla en mundial. Uno tras otro, con toda rapidez, fueron entrando los demás países. Al final, en la lucha intervenía casi el mundo entero. Se habían formado dos inmensos bloques: 129.545.627 hombres de un lado y 1.220.617.416 de otro. El 3 de agosto de 1914 empezaron a dialogar los cañones, a tabletear las ametralladoras, a caer hombres heridos y de muerte, y así transcurrieron cuatro años largos. Se combatió en todas partes, en todos los continentes, en todos los mares. Se luchó en Francia y en Flandes, en los Alpes y en los Dardanelos, en Besarabia y en Grecia, en Galitzia y en el Asia Menor; se peleó en Arabia, en Palestina, en China, en el Camerón, en Egipto. Se combatió en todas partes y en todas las formas. Y al final, como balance, pudo presentarse un campo inmenso, interminable, cubierto de tumbas. Y las ciudades de Europa se llenaron con el desfile alucinante de los mutilados de la gran contienda.

En la guerra murieron 12.930.571 soldados. De ellos, 9.998.771 pudieron ser identificados y 2.991.800 se dieron por desaparecidos. El número de heridos pasó de 30.000.000, y el de mutilados fué tan grande como el de los muertos.

Algunos datos, elegidos al azar, nos dan una idea de la barbarie espantosa de la lucha. En la batalla de Tannenberg, los rusos tuvieron en un solo día 40.000 muertos, 30.000 heridos y 95.000 prisioneros. En Gallipoli, los ingleses tuvieron, durante los combates de la primavera de 1916, 38.000 bajas. En el otoño de 1915, Joffre emplazó en el frente de Champaña, en un espacio de 23 kilómetros, 2.000 cañones pesados y 3.000 de campaña, que arrojaron en sólo tres días un millón de proyectiles, para conseguir avanzar cuatro kilómetros. En el ataque a Verdún, los alemanes tuvieron 500.000 muertos. Durante la noche los bombardeos eran tan intensos, que se veía mejor que de día; el ruido del combate se escuchaba a doscientos kilómetros.

En abril del 17, en el sur del Aisne, los franceses colocaron, en un frente de 40 kilómetros, 5.597 cañones, más millares de morteros y ametralladoras, disparando en pocos días veinticuatro millones de granadas y nueve millones de proyectiles de artillería pesada; en el combate intervinieron 1.330 aviones, de los que se perdieron 293. Cuando comenzó el combate, la tierra se estremeció en cincuenta kilómetros a la redonda. Francia tuvo en aquel combate 151.235 bajas.

La ofensiva del general Brusilof costó a los rusos 1.883.593 hombres. Fué una mortandad horrorosa. Después de ella, en 1917, se calculaba que los rusos habían tenido en los tres años de guerra más de cinco millones de muertos. La batalla del Somme, una de las más empeñadas, hizo que se estremecieran los edificios a 40 kilómetros de distancia, y llegó a oírse en París. Los aliados tuvieron allí 700.000 muertos. Sólo los ingleses gastaron 5.000.000.000 de francos en proyectiles de cañón. Y todo para avanzar dieciséis kilómetros.

En abril de 1917 los ingleses hicieron estallar un día al mismo tiempo diecinueve minas cargadas con medio millón de kilos de explosivos. Sólo en defender Verdún emplearon los franceses, durante siete días, 120 000 toneladas de proyectiles y gastaron 700 millones de francos...

El total de los gastos fué enorme. Alcanza cifras astronómicas, que escapan a la mente humana. Según la Fundación Carnegie, de Nueva York, el total de los gastos directos e indirectos de la guerra — en los que están incluídos el déficit de producción, etc., etc. — se eleva a la inconcebible cantidad de dólares 331.612.542.560.

S I S M O S

Los temblores de tierra son los más temibles azotes de la humanidad. Sobre todo por lo imprevistos.

Los de Lisboa en 1755, de San Francisco, de Calabria, de Chile, del Japón, han causado la muerte de miles de personas. En el cataclismo de las costas orientales del Japón el 2 de marzo de 1933, hubo 1560 muertos, 956 desaparecidos y 354 heridos. En las sacudidas de Sanriku del mismo Japón, el 15 de junio de 1896, 28.321 muertos y la destrucción de 6.222 casas. En la que acaba de ocurrir en Quetta, ciudad del Beluchistan en la India inglesa, los muertos pasan de 20.000 y los heridos de 10.000. Centenares de chacales hambrientos amenazan asaltar las ruinas en que no quedó un solo edificio en pie, para buscar los cadáveres. De 27 aeroplanos que tenía la guarnición inglesa apenas se salvaron 6.

Hay regiones donde se oyen terribles ruidos subterráneos sin temblores. Tales fueron los pavorosos bramidos de Cuanajuato, en Méjico, que nos refiere Humboldt. Principiaron el 7 de enero de 1784 y duraron hasta mediados de febrero. "Semejaban, dice, una tempestad subterránea. El ruido cesó como había comenzado, gradualmente. Estaba limitado a un pequeño espacio. A algunos miriámetros de allí, sobre un terreno basáltico, no se oía nada. Casi todos los habitantes de la ciudad, presa del terror, abandonaron sus casas; pero como en el pueblo había almacenada una gran cantidad de barras de plata, los más valerosos tuvieron que volver a disputarle ese tesoro a los bandidos que se habían apoderado de él. Durante toda la duración del fenómeno, no se sintió ninguna sacudida ni en la superficie ni en las minas vecinas a 500 metros de profundidad. Nunca, antes de esa época, se habían oído semejantes ruidos en Méjico, ni después se volvieron a oír.

Se explican perfectamente los efectos físicos-patológicos que esas catástrofes producen en los sobrevivientes: estupor, obliteración de la memoria, apatía, hiperestesia general y muchas veces la locura.

Y no sólo en los hombres. El terror se apodera de los animales. Los asnos, los caballos y otros animales habituados a ser conducidos por el hombre, rompen sus cabestros y vuelan a buscar refugio cerca a él. Los perros aúllan y los cerdos lanzan gruñidos espantosos

No hay que confundir los fenómenos volcánicos con los sísmicos propiamente dichos. Aunque entre esos dos fenómenos de la naturaleza deben existir correlaciones que la ciencia investiga, no siempre el uno es consecuencia del otro. Son muy frecuentes las erupciones volcánicas que se producen sin sísmos. Al contrario, éstas ocurren casi siempre sin que ocurran erupciones volcánicas.

Estas se revelan por signos premonitores. Son precedidas por ruidos subterráneos y por explosiones que provocan el desgarramiento del cráter y lanzan al espacio en forma de bombas, lavas antiguas ya consolidadas. Luego columnas de humo negro que se extiende en un inmenso penacho horizontal formado de vapores de agua, ácido carbónico, gases sulfurosos y finísimos polvos minerales. Después se produce la emisión de la lava.



Aquí tenemos a Ester Vani y Eduardo Berri en una escena de *Escala en la ciudad,* una película más salida de estudios argentinos. El entusiasmo persiste, y bueno es ponerlo de manifiesto. Todavía hay hombres que invierten capitales, derrochan energías y vuelcan optimismo en una empresa que no anota más que fracasos, y no diremos enseñanzas... porque, entre nosotros, entre nuestros cinematografistas, no existe la costumbre de ver lo que hizo o pudo hacer el vecino como no sea para criticarlo. De todas maneras, este empeño y esta casi abnegación financiera, permitirá llegar a algo y uno de los deseos de quienes sabe aquilatar este esfuerzo es el de encontrar en el cine argentino a gente nueva, seria, que nada tenga que ver con un pasado quizá excesivamente aventurero ni con el elemento teatral, inadecuado e ineficaz.

Cinco minutos

UNA MALA PRACTICA QUE SE GENERALIZA

La publicidad invade lentamente las salas de espectáculos cinematográficos. Anuncios mal redactados, molestos y hasta impertinentes, aparecen en la pantalla. El público, que paga para ver films determinados, debe soportar las no siempre atrayentes "colas" que anticipan los próximos estrenos, y, ahora, los pseudos noticiarios que no tienen más finalidad que la de anunciar productos alimenticios, trajes, muebles y hasta drogas. Es un campo absolutamente inapropiado el que invade esta publicidad de mal gusto, que el público recibe con general protesta y que las autoridades debieran prohibir.



LA MUJER QUE SUPO AMAR... Es de lo más pesado que se ha producido en estos últimos tiempos y, naturalmente, dentro de la tendencia en que se ha querido colocar a las obras en que interviene Katharine Hepburn, también de lo más infantil e insubstancial. Uno no llega a precisar con exactitud si supera, en este sentido, a *El pequeño ministro* o a la casi insuperable *Cuatro hermanitas.* No hay más que hablar sobre el crimen artístico que se ha perpetrado con esta estrella que, con argumentos interesantes y roles apropiados pudo hacer pasar un mal cuarto de hora a las consagradas. La Hepburn ya está amanerada, saturada de sensiblería de la más insubstancial, convertida en la heroína por excelencia de cuanta novela del género Delly anda por ahí. (¡Y pensar que se quiso hacer de ella algo así como la rival de Greta Garbo!...)

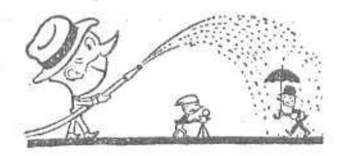
EL INFIERNO DEL DANTE, cuyas excelencias importuna e inoportunamente pretendió exponer previamente, ante la pantalla, un orador por encargo expreso del exhibidor, es una menos que regular película con escenas de feria intercaladas entre dos catástrofes, eso sí y como siempre ocurre en el cine, tan perfecta como impresionablemente reproducidas. Para recordarnos a la inmortal obra de Dante se muestran algunos cuadros que suscitan la sospecha de que la Fox, en alguna oportunidad, pensó rodarla íntegramente, desistiendo váyase a saber por cuáles motivos. Spencer Tracy, eficaz, lo mismo que el veterano Walthall.

CIEN DIAS, versión de la obra de Mussolini y Forzano, nos muestra a un Napoleón rotundamente apócrifo; una batalla de Waterloo, que es la más mala de cuantas ha producido el cine desde sus orígenes; un Fouché tan falseado como indeseable; y, desde la primera a la última escena, la imagen de Werner Krauss cuya epidermis artística ha rechazado en absoluto la necesaria saturación espiritual que requería el extraordinario personaje encarnado.

LA LEY DE LA SANGRE, con un argumento extraído de Jack London, (¡Cómo nos está evidenciando el cine la endeble contextura de las novelas del popular escritor!...) no pasa de ser una de las tantas que con paisajes más o menos legítimos y tipos más o menos pintorescos existen y existirán sobre Alaska y la fiebre de oro. El principal atractivo, acentuado por circunstancias que son del dominio público, lo constituye la presencia del recio y siempre eficaz Clark Gable, que ha sabido compenetrarse del papel y acentúa y salva, en más de un momento, el verdadero drama del imperativo de la sangre, que el director sólo esboza, Jack Oakie, en un rol cómico, poco falta para que transforme la obra en una payasada. Los ojos bellamente inexpresivos de Loretta Young aparecen en los instantes oportunos. Y el espectador de buena voluntad, como lo suelen ser todos, disimula los comentarios risueños que pudiera provocar el encuentro de una joven cumplidamente maquillada en pleno desierto nevado, así como la convivencia de la misma con dos aventureros, y sin mostrar mayor dolor por la muerte del cónyuge al que se da como devorado por los lobos.

MARES DE LA CHINA... historia de piratas, rebeliones marineras, escenas de un tifón bien logradas, ambiente perfectamente reconstruído. El reparto, encabezado por Clark Gable, reúne a Wallace Beery, Jean Harlow, Lewis Stone y otros. Todos desempeñándose como cuadra a sus prestigios; pero con ese evidente empeño en no superar a los caballerescos colegas. No es un film excepcional.

HOMBRES SIN NOMBRE... es la cuarta película de esa retroversión del pistolerismo que está ahora en boga. Buena, para aquellos que se deleitan con el sonar de las ametralladoras y se complacen en presenciar la caza de uno o de varios hombres. Mucha acción, más pólvora y muchísimo más estruendo. Pero, luego de ésta, como ya le ha correspondido una película del género a cada empresa filmadora, bien estará que se busque otro ambiente. Hemos visto demasiadas veces los pormenores de la vida, crímenes y muerte del siniestro Dillinger. Basta.



SE APROXIMA EL VERANO

Y se terminarán los estrenos de alguna importancia. Los exhibidores sacarán de sus depósitos todo lo malo que reservaron y ya barruntará el lector cuál será la calidad de estos films si por buenos se le dieron los malos que conoció en la temporada que llega a su fin. Algunas salas cerrarán sus puertas, para realizar mejoras. Otras lo harán para disimular... Pero, la realidad será que el espectáculo cinematográfico decaerá notablemente. Y ya veremos las novedades que nos presentará el próximo 1936, con nuevas salas, más extrañas combinaciones de empresas filmadoras y más enconadas competencias...

de intervalo

Glenda Farrell, como Ginger Rogers, como tantas otras muchachas norteñas, pertenece a una camada de posibles estrellas, que está tan de acuerdo con los tiempos como con el propósito de no realizar grandes inversiones en lo que a emolumentos se refiere que harto evidencian los productores de Hollywood. Son, diríamos, figuras bonitas y... económicas. Bailan, cantan, se mueven, poseen cuerpos atrayentes y hasta algunas veces llegan a hablar. Pasó la época de las grandes estrellas. Las que van quedando se pagan por sí solas y, si no, ya se encargan de obscurecerlas con malos argumentos y peores roles. El balance de la actual temporada precisa bien este estado y, por lo que a la producción norteamericana se refiere, deja barruntar su cercano decaimiento frente a la europea, más en contacto con el arte y, naturalmente, con la vida real.

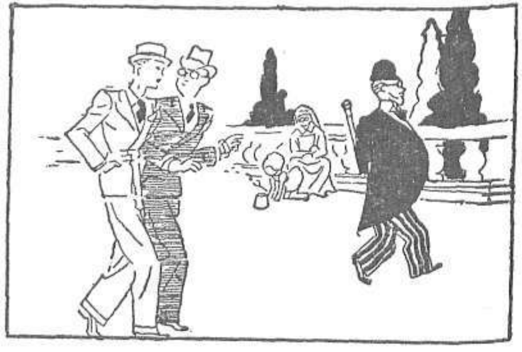


Intermedio risueño



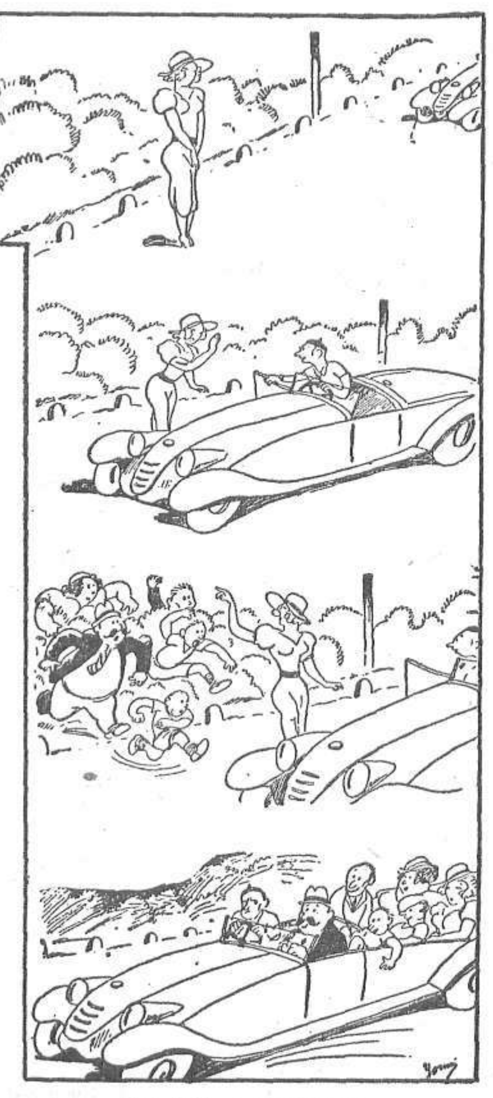
—¡Ah, señorita! ¿Es usted la que tiene una hermana tan bonita?
—¡Oh, no... es mi hermana!...

(De *Ric et Rac*, París)



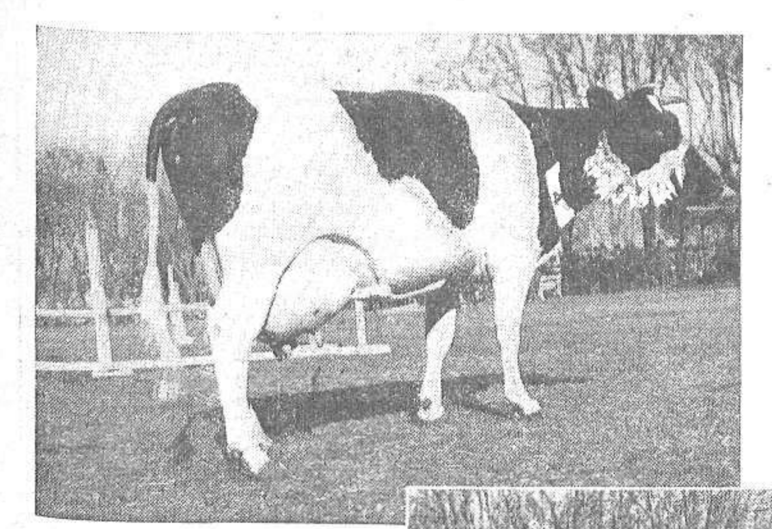
—¿Ve ese hombre? Todo el mundo lo tiene por muy honrado y a mí me ha robado un millón de pesos...
—¿Cómo fué eso?
—Negándome la mano de su hija.

(De *Letures per Tous*, París)



"Le falló el programa"...

(De *El Lavoro*, Roma)



DE LA ESPOSICION RURAL DE RAFAELA

Primer premio y campeona por su producción en el 14º concurso de vacas lecheras de Rafaela. Expositores, sucesores de Federico Reutemann.

Premio conjunto, con 194 kilos 700 gramos de leche en 48 horas a dos ordeñes diarios, y otros premios. De los mismos expositores santafecinos.

El secreto de Sarah Bernhardt

EL célebre "maitre" de la cocina francesa M. A. Escoffier, fué un fiel admirador de la célebre trágica, de la cual conocía perfectamente lo que en su pintoresco lenguaje familiar denominaba "pequeñas debilidades gourmandes".

Para realizarlas, era necesario poseer esa fuerza admirable que es la salud y que el personaje en cuestión, admiraba tanto en Sarah, como su arte de vivir y su eterna juventud triunfante.

Un día, almorzando en Nueva York con ella y su médico, le preguntó cuál era su filtro de fuerza y juventud y su maravilloso secreto.

—Mi buen Escoffier — díjole sonriendo la divina Sarah — sois bien curioso, a fe mía: ese secreto me pertenece y es uno de esos secretos femeninos que nacen y mueren con nosotras

—¡Ah, querida señora! — replicó su interlocutor. — ¿No hay en todo esto un poco de egoísmo?

—En realidad, vos poseéis toda la razón del mundo, teniendo en cuenta vuestra categoría de profesor de la salud pública.

Para conservar la mía, me es necesaria una fuerte dosis de carácter, que yo llamo "voluntad de conducirse bien".

"Si la naturaleza favorece con sus dones a un individuo, es necesario ayudarla gentilmente — agregó en seguida, sonriendo de nuevo con la más amable de sus sonrisas.

DEFINICION

—¿Qué es eso de estar casada en segundas nupcias? — pregunta una nena a su mamá saliendo de una visita.

—Tener dos maridos: uno en la tierra y otro en el cielo... o en el infierno.

ESTADISTICA AUTOMOTRIZ

En Estados Unidos fueron construídos, en 1934, 2.778.000 vehículos automotores, contra 5.358.000 en 1924 y 1.905.000 de enero a mayo de 1935.

LAS MOSCAS Y LAS MARIPOSAS

Las moscas caseras agitan sus alas con una velocidad de 300 veces por minuto. En cambio las mariposas lo hacen solamente 9 veces en el mismo término de tiempo.





¿QUE SERA? ..

1

Grande, muy grande,
mayor que la tierra,
arde y no se quema,
quema y no es candela.

2

Pino sobre pino,
sobre pino, lino;
sobre lino, flores
y alrededor amores

3

Campo blanco,
semilla negra,
dos que lo ven,
y una que lo siembra.

PARA PENSAR Y REPETIR

Decía Delille: "Para aquilatar el valor de lo que poseemos, supongamos que lo hemos perdido".



Nuestros amigos los animales

No hay crueldad mayor que la de mortificar a un animal indefenso. Los animales, aun los más salvajes, no atacan al hombre si éste no se les pone en el camino ó les persigue deliberadamente. Está com probado que los mismos leones respetan al hombre y hasta se muestran indiferentes a su presencia. En el hombre está el lograr que las fieras no lo ataquen. Con goiosinas y caricias podemos domesticar a la más rebelde y hacer de ella, no sólo un compañero de juegos, sino un amigo que nos defienda y proteja. Castigar a un animal es, pues, una cobardía, como lo es, también, el ensañarnos con todo aquel que no tiene defensa y es inferior a nuestras fuerzas físicas e intelectuales.



¿LO ADIVINAS?..

4

Alta, delgada,
gallarda sin ventura,
con muchos aposentos
y puerta ninguna.

5

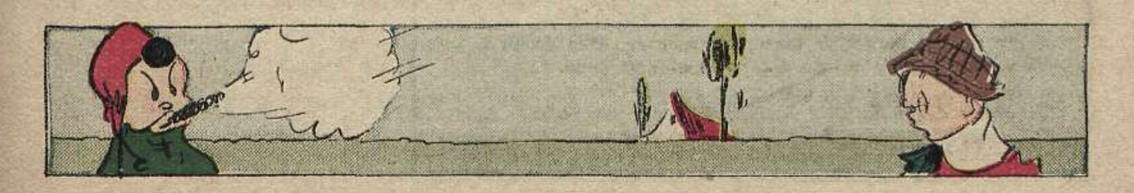
Largo, larguero,
Martín Caballero,
calzas coloradas
y penacho negro.

6

Altos padres,
chicas madres,
hijos prietos
y blancos nietos.

SOLUCIONES DE LAS ADIVINANZAS:

1: el sol; 2: la mesa; 3: lo escrito; 4: la caña; 5: el fuego, la llama y el humo; 6: el pino, las piñas y los piñones.



El mundo es redondo

* En la ciudad brasileña de Bahía hay 365 iglesias.

* La máquina a vapor más pequeña del mundo se exhibió últimamente en Sidney. Se trata de un motorcito muy semejante a los que hay en venta en las jugueterías y no es mayor que un reloj común.

* El museo de historia natural de Viena tiene 900.000 tipos de peces.

* El gobierno francés rescató las cartas que Napoleón había enviado a su esposa la emperatriz María Luisa, abonando la suma de 15.000 libras esterlinas.


LA VIDA DE LOS PESCADORES

En Holanda y en Nápoles

* El récord de inmersión en submarino corresponde al *Taranto,* de la marina italiana, que habría alcanzado los 109 metros.

* Se ha demostrado ya que la picadura de las abejas puede aliviar a los reumáticos. En Londres hay quien cobra seis peniques por picadura.

* Un anticuario de París tiene en exposición una cabeza momificada que, según algunos expertos, sería la del rey Enrique IV.

* Desde la tierra no vemos más que una cara de la luna y siempre la misma.

* Si los niños crecieran en las mismas proporciones que las abejas, una criatura de una semana llegaría a pesar cuatro toneladas.

* Se calcula que a finales del año pasado había en el mundo unos cuarenta y ocho millones de personas poseedoras de aparatos radiotelefónicos. A los Estados Unidos le correspondieron veinte millones y a Inglaterra seis millones.

* En el siglo XVI los carteros alemanes usaban zancos para marchar con mayor rapidez.



ALGUNOS LIBROS PARA LOS NIÑOS AFICIONADOS A TEMAS MARINOS

DE JULIO VERNE se puede leer "Una ciudad flotante", que lejos de ser un anticipo más o menos fantástico, es la historia bastante aproximada del primer viaje del "Leviatan", un enorme transatlántico que recién ahora ha sido superado en dimensiones.

DE CONRAD hay una hermosa novela en la cual se narran las vicisitudes de los marinos en el curso de un temporal: es "Tifón" y está traducida al castellano.

DE MAC ORLAN, que es un escritor francés moderno, "A bordo de la Estrella Matutina", evoca los pasados tiempos de la piratería y del tráfico de negros.



BULGARIA





Entre los estados balcánicos modernos, es uno de los más importantes. Lo integran dos regiones fértiles, ambas muy propicias para cualquier género de cultivos: la llanura norteña, entre la cordillera balcánica y el Danubio, y la de Filipópolis, al sur, entre los Balcanes y los montes Rodopes. Este valle, protegido por ambos lados, disfruta de un clima dulce casi mediterráneo. Exporta sus productos por el puerto de Burgas, en el mar Negro, de la misma manera que los de la llanura septentrional, cereales y trigo salen por el de Varna.

Limita al norte con Rumania: al oeste con Yugoeslavia; al sur con Grecia, al este con el mar Negro; y al sudeste con Turquía. Su superficie es de 103.118 kilómetros cuadrados y, en 1931, la población pasaba de los seis millones de almas.

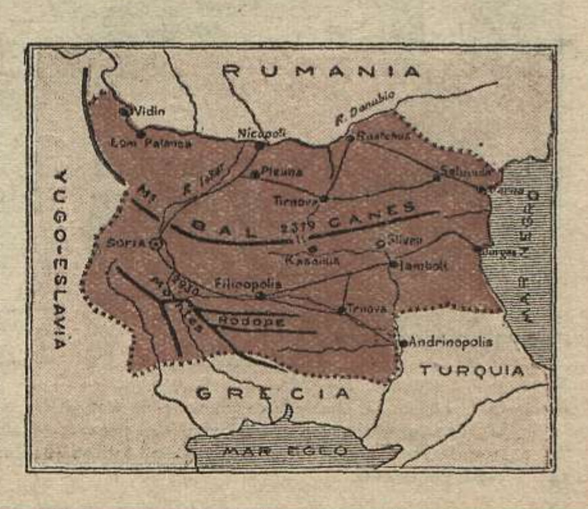


Es un país agrícola-ganadero. El trigo se cultiva principalmente en el norte. En la planicie de Maritza se producen cereales, arroz, ciruelos, viña. El cultivo de los rosales es muy intenso así como la fabricación de la esencia de rosas. Hay una industria minera poco desarrollada (cobre, hierro, carbón). Algunas refinerías de azúcar y fábricas de seda.

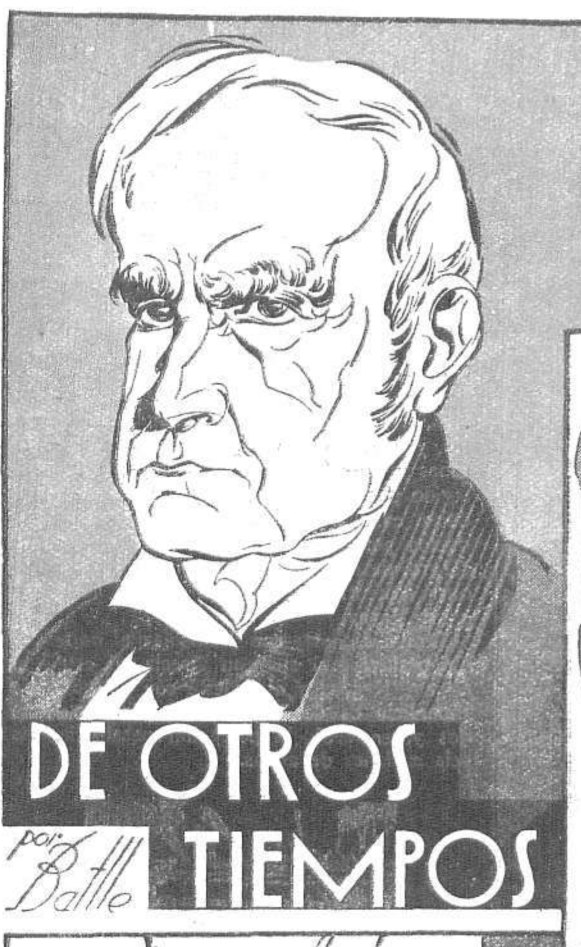


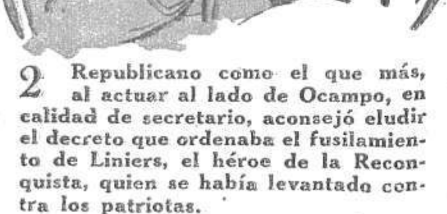
Hay pocas ciudades, porque el búlgaro es esencialmente rural. Sofía, la capital, con 220.000 habitantes, está en las antiguas rutas comerciales. Fué residencia de los gobernadores turcos durante cien años, con su palacio fortificado sobre el río Struma. Otras ciudades importantes son: Filipópolis, Varna, Ruschuk, Silvino y Plevna. El idioma es el eslavónico mezclado con el ruso. La iglesia oficial, la greco-ortodoxa autónoma y gobernada por un sínodo de obispos. Hay 5.840 escuelas primarias y secundarias, varias normales y especiales y dos universidades, en Sofía.

El monarca actual es Boris III, nacido en 1894, y que sucedió a su padre, Fernando, en octubre de 1918. En la primera guerra balcánica, unida a Grecia, Servia y Montenegro, derrotó a Turquía. Durante la contienda mundial estuvo aliada a los imperios centrales, lo que significó para Bulgaria la pérdida de la Tracia, así como de las costas sobre el mar Egeo.



1 Su primera actuación, en 1806, para las invasiones inglesas, como capitán del cuerpo de Patricios, donde se enroló a instancias de Saavedra. Luchó, fué testigo del triunfo y luego, poeta, escribió *El triunfo argentino*. Tenía sólo veintidós años. En Charcas recibe el grado de doctor, pero, también como Moreno, como Monteagudo, como tantos otros, satúrase de rebeldía y adquiere la orientación política que le hará abrazar la causa revolucionaria.

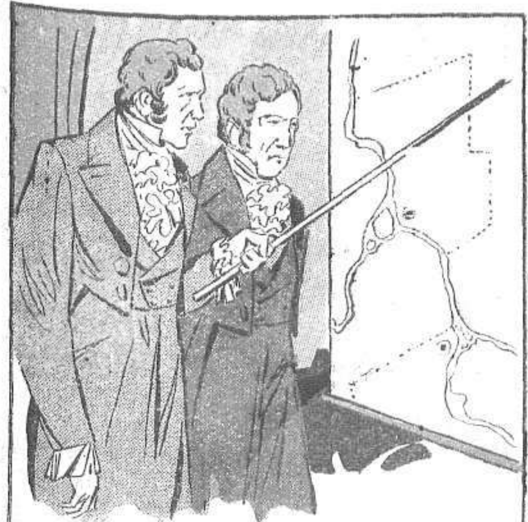




2 Republicano como el que más, al actuar al lado de Ocampo, en calidad de secretario, aconsejó eludir el decreto que ordenaba el fusilamiento de Liniers, el héroe de la Reconquista, quien se había levantado contra los patriotas.



3 1813. La Asamblea ordena la creación de un himno para la Patria. Es él quien lo escribirá y, con música del maestro Parera, lo ensaya en casa de Larrea. Pronto la canción estará para siempre en todos los labios argentinos y el nombre de su autor será venerado.



4 Ministro de Pueyrredón, después fué el primer director del departamento Topográfico, colaboró en la creación de la Universidad. Y, al caer el gobierno de Rivadavia, el Congreso lo eligió presidente para organizar el gobierno de Buenos Aires.



5 Veintidós años, en lo que duró la dictadura de Rosas, fué juez. Hombre justiciero y probo, logró permanecer por encima de la tempestad e hizo todo el bien que pudo. Sus ocios los dedicó al estudio, a las ciencias y a las letras.

VICENTE LOPEZ Y PLANES, AUTOR DEL HIMNO ARGENTINO



6 Después de Caseros se le colocó al frente del gobierno de Buenos Aires. Su presencia fué garantía de imparcialidad y desvaneció los recelos de los porteños. En pocos meses, reorganizó la administración y reabrió escuelas y facultades.



7 Y, serenamente, rodeado por los suyos, venerado por su ciudad, este porteño ilustre entre los ilustres, a los 72 años, falleció en la misma casa y en la misma estancia donde escribió su canción gloriosa.



ENTRETENIMIENTOS INFANTILES

Dibujo para colorear de acuerdo con el modelo de la parte superior.

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGIA



—¿Qué fué lo primero que hizo Napoleón cuando subió al trono?
—Se sentó, señor.

LOS PIBES CONTESTADORES

—¿De manera, Totó, que haces progresos en inglés?
—Muchísimos. Primeramente, yo no entendía al profesor; pero, ahora es él quien no me entiende a mí.

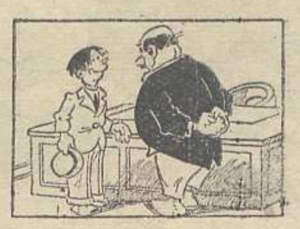
—¿Sabes cuál es la ley de la gravitación?
—¡Qué voy a saber! Se aprueban ahora unas leyes tan raras...



—¡Muchacho! ¿Qué dirían tus padres si supieran que fumas?
—¿Y, qué pensaría su esposo si supiera que usted le dirige la palabra a un desconocido.

—Cítame cuatro animales feroces.
—Tres leones y un tigre.

—Mamá, ¿puedes decirme qué es una pregunta indiscreta?
—Una a la cual no se puede responder.
—Pues, entonces, el maestro es un indiscreto.



—Le daré un empleo en mi oficina. Pero, ha de saber que aquí no se duerme: aquí se trabaja.
—Perfectamente, señor. No habrá inconveniente alguno, pues soy sonámbulo.

—Di, mamá... ¿No es verdad que ahora soy obediente y que hago todo lo que tú quieres?
—Sí, hijo mío, sí.
—Pues, entonces, di que quieres que vuelva a comer dulce.

—¿De dónde se saca la sal?
—Del agua salada.
—¿Y el azúcar?
—Del agua dulce.

—¡Pero muchacho! ¿Qué haces?
—Estoy estropeando pantalones para dárselos a los pobres.

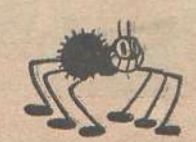


PREMIADOS: María Teresa Giacone y D. Cortese. Enviaron, además, Raquel Mora, Alberto Félix y David Goldenberg. Remitir la correspondencia a Martín O'Hara, "Caras y Caretas", Chacabuco 151. Buenos Aires. Todas las semanas premiaremos los mejores chistes, colmos y parecidos.



CONCURSO DE PARECIDOS

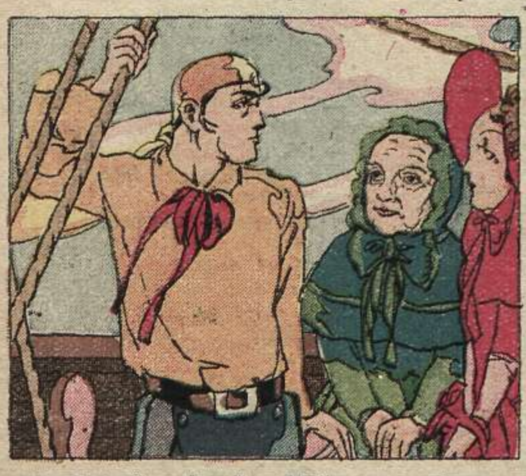
—¿En qué se parece un borracho a un árbol?
—En que el borracho empieza por la copa y termina por el suelo, y el árbol comienza por el suelo y termina por la copa.
—¿Y una hormiga a un elefante?
—En que ninguno de los dos puede subirse a un árbol.
—¿Cómo? La hormiga puede subir...
—Pero, la que digo yo está muerta.
—¿Y una mariposa a una muerta?
—En que una se posa y la otra re...posa.
—¿Y un palo al Papa?
—En que hace cardenales.
—¿Y un alfiler a la vacuna?
—En que prende.
—¿Y las camisas a las langostas?
—En que tienen mangas.
—¿Y un bombero al padre que tiene al hijo descompuesto?
—En que el bombero usa casco...
—¿Y el padre?
—Le dice al chico: "¡Hijo mío! ¿c'has co...mido?



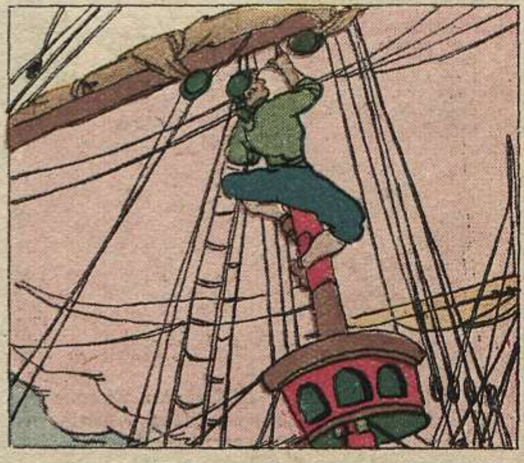
EL PIRATA ROJO

RESUMEN DE LO PUBLICADO HASTA ESTE NUMERO

EN 1759, ancló en el puerto de Rhodeislan, un barco negrero que no dejó de despertar sospechas. El sastre Homespún, bebedor y charlatán, no vaciló en anunciar que se trataba nada menos que de la nave de El Pirata Rojo, famoso por sus hazañas y fechorías. Ese mismo día hizo su aparición en la ciudad un misterioso personaje que se decía representante del rey de Inglaterra. Trabó amistad con el joven Wilder, quien siguiendo su consejo, con sus camaradas Fid y el negro Escipión, llegó hasta el barco negrero y allí conversó con el Pirata Rojo, que no era otro que el misterioso personaje. Invitado a formar parte de la tripulación del barco negrero, aceptó; pero con la condición de que se le permitiera bajar a tierra por unas horas. Así lo hizo. Se enteró, entonces, de que Gertrudis, hija del general Grayson, se embarcaría en otra nave que había en el puerto, la "Real Carolina". Cuando ya desesperaba de no volver a ver más a aquella joven de quien se enamoró repentinamente, recibió instrucciones para hacerse cargo de la embarcación. Obedeció y, luego de algunas dificultades, le vemos, así, aguas afuera, aguardando viento favorable y con las miradas puestas en "El Delfín", el misterioso barco negrero.



1 Gertrudis y la señora Wyllys se aproximaron al joven capitán. Preguntáronle si aquél barco negrero implicaba algún peligro y Wilder comenzó diciéndoles: "Yo las libraré de tan penosa inquietud, aunque sea a...

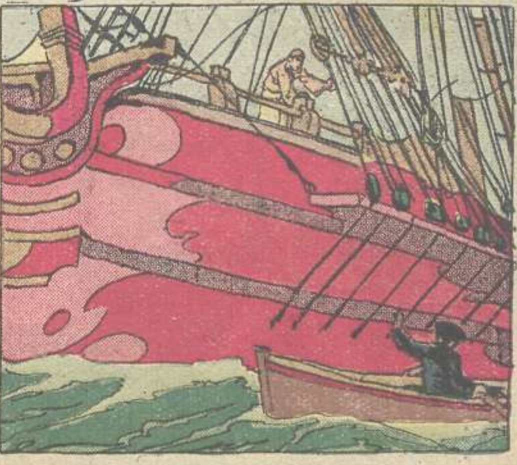


2 Pero calló. En aquel instante, en "El Delfín", un hombre, con extraordinaria agilidad, trepaba más arriba de la cofa del palo mayor. Sólo Ricardo Fid, el compañero de Wilder podía realizar aquella maniobra.

de James Fenimore Cooper. POR LINAGE



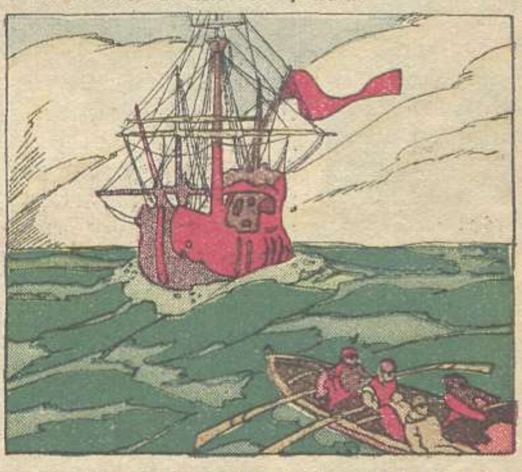
3 Casi al mismo tiempo se escuchó un rumor de remos y, a poca distancia del "Real Carolina", apareció un bote del cual fué arrojada una red de pescar. Lo tripulaba el viejo Roberto Bunt.



4 Como comenzara a insultar a Wilder, reprochándole el haberse puesto en el comando del barco que tanto denigrara horas antes, ordenó que una de sus balleneras lo apresara.



5 Bunt mientras realizaban la maniobra, reía a más no poder; pero, muy pronto dispúsose a huir de la ballenera, demostrando una singular agilidad y vigor en el manejo de los pesados remos.



6 Un poco más tarde ocultaba su bote el casco de "El Delfín" y tras él acudía el que se había desprendido del "Real Carolina". Pasaron unos minutos. Wilder comenzó a temer algo...



7 Volvió a ver al bote de su navío y supo por sus tripulantes que el del viejo Bunt había desaparecido como por ensalmo, con el agregado de que los tripulantes de "El Delfín" aseguraron no haberlo visto pasar.



8 Y, cuando se levantó el viento, hinchado todo su velamen, hízose a la mar el "Real Carolina". Al pasar por delante de "El Delfín", Wilder fué saludado por el Pirata Rojo, quien apareció en la toldilla. Mal comenzaba aquello...



Los grandes escritores también fueron niños traviesos

Santiago Ramón y Cajal



EL mismo lo ha confesado. Su primera travesura casi le cuesta la vida. Tuvo la endiablada ocurrencia de apalear un caballo. El animal, irritado, sacudiólo con violencia y le dió una coz en la frente. El pequeño Santiago, que no tendría más de tres años, cayó sin sentido y bañado en sangre. Le dieron por muerto y aquella mala acción le tuvo en cama mucho tiempo.

Era un muchacho ingenioso y habilidoso. Se encargaba de confeccionar las armas para las guerrillas que armaban sus compañeros. Yelmos, escudos y corazas improvisábalos con latas viejas y trozos de cartón. Fabricaba flechas y arcos y, desde luego, fué el más diestro en el empleo de esta arma.

También construyó un cañón, con el que completó sus juegos favoritos, que eran la honda, la flecha y el boxeo. Se propuso fabricarlo fuese como fuese. Tomó un trozo de viga sobrante de una obra de albañilería que acababan de realizar en su casa, en Ayerbe, y con ayuda de gruesa barrena y a fuerza de trabajo y paciencia labró el eje del tronco en forma de tubo, que alisó luego con una especie de sacatrapos envuelto en lija. Para aumentar la resistencia del cañón lo reforzó exteriormente con alambre, forrando la culata con latón.

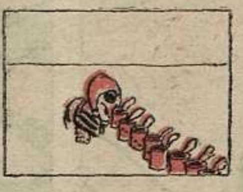
Terminado el cañón, con infinitas precauciones lo izaron por encima de las tapias del huerto, disponiéndose a ensayarlo sobre la flamante puerta de un cercado vecino.

Cajal y sus compañeros, cargaron a conciencia la pieza de artillería, metiendo primero un buen puñado de pólvora, embutiendo después recio taco y atiborrando, en fin, el tubo de tachuelas y guijarros. El oído, relleno también de pólvora, recibió una larga mecha de yesca.

LAS AVENTURAS DE BATUQUE

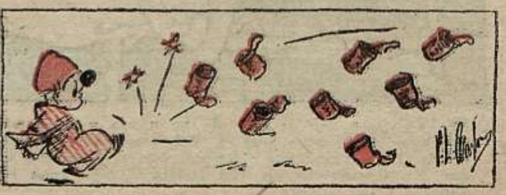
Por Percy L. Crosby













El momento era solemne y ansiosa la expectación. Con un fósforo puesto en un alambre prendió Cajal el cebo y hecho lo cual, todos con el corazón sobresaltado, retiráronse a esperar la terrible explosión, colocándose a cierta distancia.

El estampido fué horrísono y ensordecedor; pero, contra la opinión de muchos, el cañón no reventó, antes bien, cumplió dócilmente su cometido. La puerta quedó con tamaño boquete. Por ella apareció la airada cabeza del vecino, cuyos gritos y exclamaciones sumáronse a las de otros que creyeron que había estallado un motín. Cajal y sus compañeros, abandonaron el cuerpo del delito y de él se incautaron las autoridades.

Final de la aventura: Cajal, con el consentimiento de su padre, fué llevado a la cárcel y allí permaneció varios días. Y en ella, confiesa, atenuó sus amarguras, leyendo algunos libros y saboreando los guisados y golosinas que hasta él hacía llegar, con fingida clandestinidad, una señora amiga de su madre.

NUESTRA GALERIA DE JUGADORES DE FUTBOL

Presenta esta semana a Dañil, quien, "académico" y todo, con mucho pesar de sus admiradores, ya no tiene chance para alcanzar este año el puesto tan ambicionado.



GUERREROS DE ABISINIA

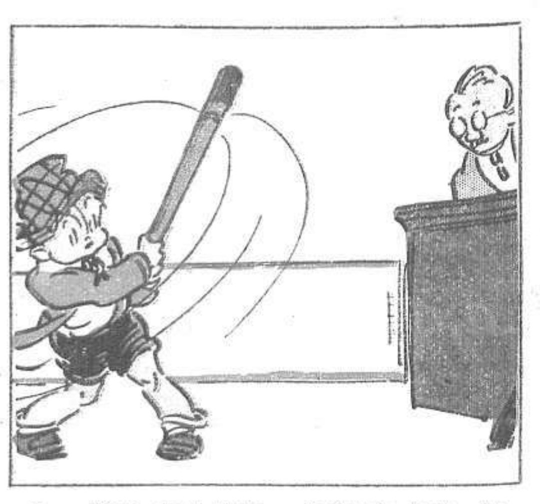
En Abisinia hay un ejército más o menos regular, disciplinado y hasta uniformado a la europea. Depende directamente del emperador y tiene como instructores algunos oficiales suecos y belgas. Pero, además, cada "ras", cada príncipe cuenta con su tropa, la que alimenta y mantiene constantemente en pie de guerra. Estos soldados, armados en forma diversa pero siempre temible, son los más numerosos y los que, indudablemente, opondrán una resistencia más firme contra los europeos. Se estima ese ejército en un millón de combatientes.

Las aventuras

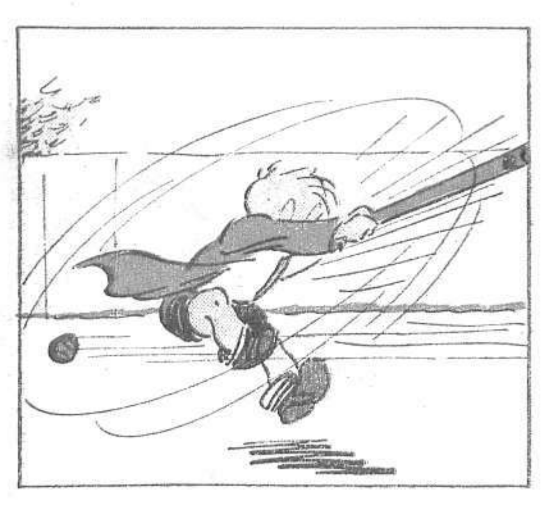
METIENDO UNA



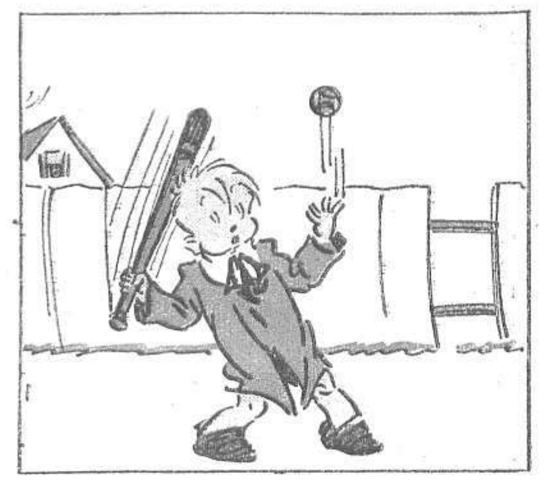
1 — Taca, taca, taca... Aver cómo suena esta flauta...



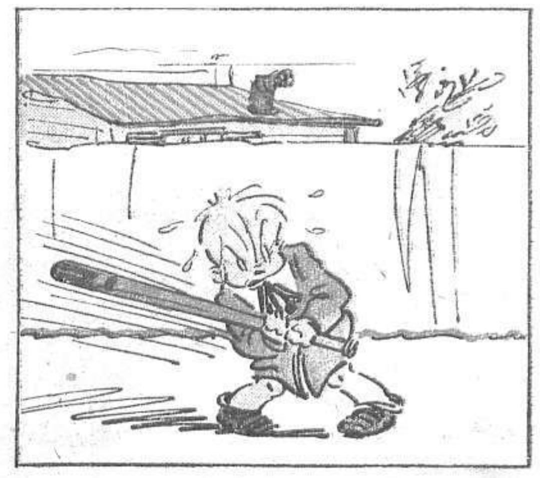
2 — Very, very, very... jagüel sin fondo. Lo adquiero, señor Gutapercha...



5 — ¡Epa! Le erré por poco, pero le erré...



6 — ¡Aquí me dan la medalla de cuero! ¡Atenti!



9 — ¡Tirá bien, Lechuga! ¡No te abatatés!



10 — ¡Fráquete! ¡Salió la luna vomitando espárragos!

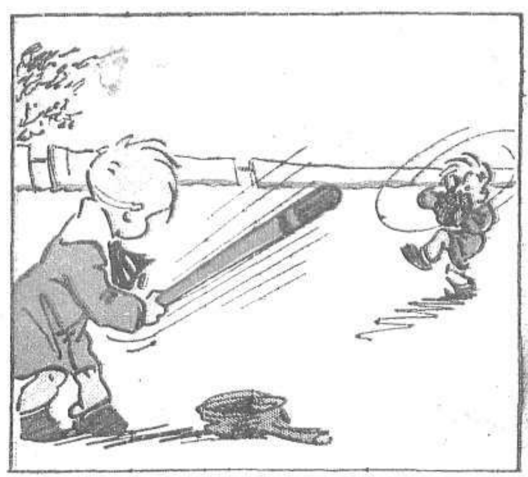
de Chingolo

Por PERCY L. CROSBY

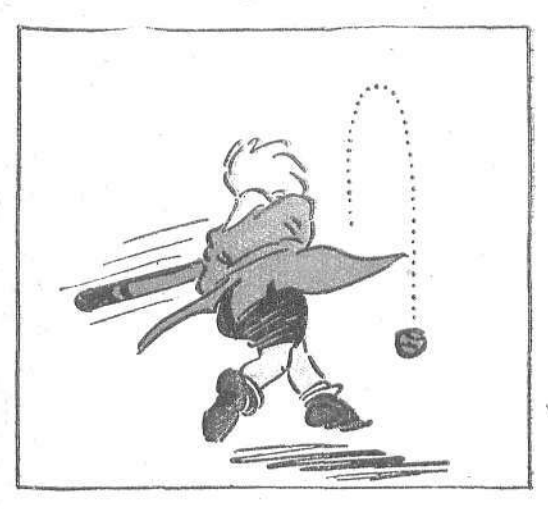
MULA DE PALO



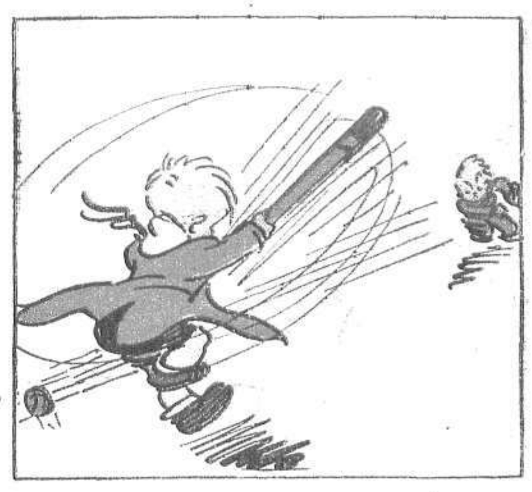
3 —¡Es un palo macanudo, capaz de hacer los tantos solo! Campeón como yo...



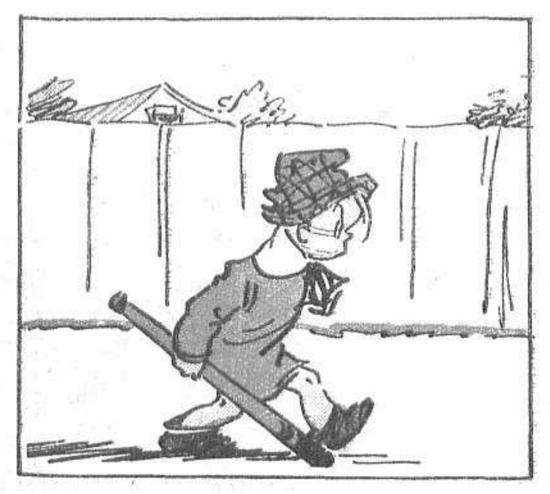
4 —Venga de allí, Lechuga. ¡Atenti!



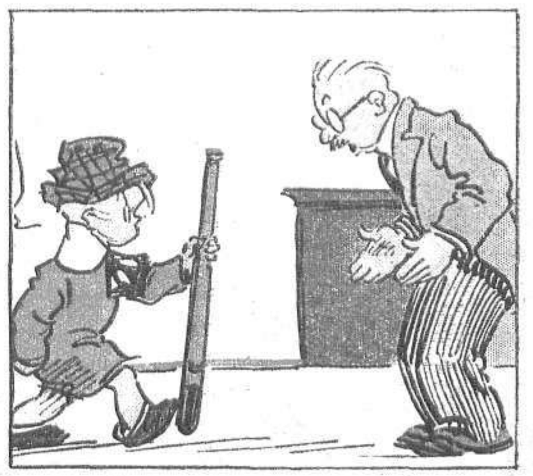
7 —¡Fráquete! Por una pata no fué vaca...



8 —¡Otro golpe prohibido! ¡Caramba!



11 —Este palo es como la carabina de Ambrosio: apunta y sale por la culata.



12 —Oiga, señor Gutapercha: devuélvame la guita. Todavía no lo he usado, ni pienso usarlo hasta el siglo que viene.



El cuarto tigre

Cuento de la selva

por C. F. Atkinson

En cuanto el tigre cayó en la trampa, con tono seco y decidido, sir Watson declaró:

— Este tendrá el nombre de "Rajah".

— ¿Por qué, sir John, este empeño en bautizar con nombres distintos a los tigres que capturamos? Para mí estamos siempre en "Siva", el primero que cayó, puesto que él y los dos que lo siguieron no vivieron más de veinticuatro horas entre rejas... — repuso Wolf, el ayudante.

— Tienes razón — declaró Watson, a la vez que su rostro se entristecía. — Es el cuarto tigre que capturamos y mucho me temo que, también, muera misteriosamente como los tres anteriores. No soy supersticioso, pero hay que terminar por creer en la obra de un ser misterioso...

La caravana se puso en marcha con rumbo al campamento establecido en los confines de la selva. Unos cuantos indígenas armados escoltaban el carromato sobre el cual iba la jaula inmensa con el tigre recién cazado y que Watson pensaba donar al jardín zoológico de Bombay.

La frecuencia con que habían muerto los tigres últimamente capturados hacía imperiosas todas las precauciones. Tres veces, de la misma manera, habían aparecido muertos, degollados, en sus propias jaulas. No se daba con el culpable y, el cuidador, Asballah, indígena de toda confianza, una vez había aparecido atado y amordazado, y otra, narcotizado, siempre al pie de la jaula donde se diera muerte a los animales.

— Lo que es ésta no se me escapa el asesino — declaró sir John.

La enorme jaula fué colocada en uno de los gal-

pones. Inmóvil y atento, Asballah vigilaba. A la hora indicada dió una buena ración de carne al tigre. El animal se agitó un tanto, pero el cuidador, indiferente, permaneció cerca, masticando sus hojas de betel.

Una pequeña lámpara de petróleo iluminaba el sereno rostro del indígena, quien parecía no temer la llegada de ningún intruso. Al cabo se durmió él también y el campamento quedó en silencio absoluto.

Pasó bastante tiempo. Un leve crujido sobresaltó al guardián. Se levantó con presteza. Sin hacer ruido, sacó de su bolsillo una bolsita y derramó parte del polvo blanco que contenía en su jarro de agua. Después, sin tocar el líquido, se aproximó a la jaula. Cansado de andar de un rincón a otro, el tigre se había tendido a lo largo y le miraba sin moverse. Por unos minutos hombre y bestia se contemplaron en silencio hasta que un leve temblor comenzó a agitar los labios del indígena. Unas palabras brotaron de sus labios:

—¡Tú también pagarás con tu vida!

Y, fulminante, su mano, armada de un filoso puñal, cayó sobre la garganta de la fiera. En el preciso instante sonó un tiro y se escuchó la voz de sir John:

—¡Cobarde, asesino! Ya suponía que serías tú...

El guardián se arrojó a sus pies, implorándole:

—¡Es el último, "sahib"! ¡Se lo juro!...

Aquella imploración y la actitud del indígena calmaron un tanto la indignación de Watson.

A empellones llevó al criminal hasta su tienda y allí, en presencia de Wolf, lo hizo hablar y confesar:

—Hace dos años, "sahib", antes de antrar a tu servicio — dijo Asballah, — vivía con mis padres y mis dos hermanos en la selva. Nuestra choza estaba sobre una plataforma para mejor cuidar los cultivos. Una mañana, nos sentimos sacudidos con violencia. ¿Qué pasaba? Miramos a través de las rendijas del suelo. Cuatro enormes tigres estaban allí, como esperándonos. Carecíamos de armas y decidimos aguardar a que se retiraran. Pero, por lo visto, estaban hambrientos y no querían abandonar la segura presa que éramos nosotros. Así pasamos horas de infernal angustia. Los animales daban grandes saltos y cada vez hacían peligrar más la estabilidad de nuestra choza. Llegó la noche y con ella nuestra perdición. Las delgadas estacas no soportaron más las sacudidas y toda nuestra casa se desplomó arrastrándonos, sepultándonos entre los matorrales del suelo. Las fieras se arrojaron sobre nosotros. Perecieron mis pobres padres y mis infortunados hermanos. Yo me salvé por milagro; pero juré a Vishnu vengarme según la ley de la selva: "Ojo por ojo, diente por diente". Desde entonces no tuve reposo hasta no ver cuatro tigres bajo mi puñal...

El desdichado Asballah se calló un instante, emocionado. Luego, con tristeza infinita, agregó:

—Ya ves, "sahib", cuánta fué mi desgracia. Ahora estoy vengado. Los espíritus de mis muertos están satisfechos. Puedes hacer de mí lo que quieras.

Sir John permaneció un minuto silencioso. Después ordenó:

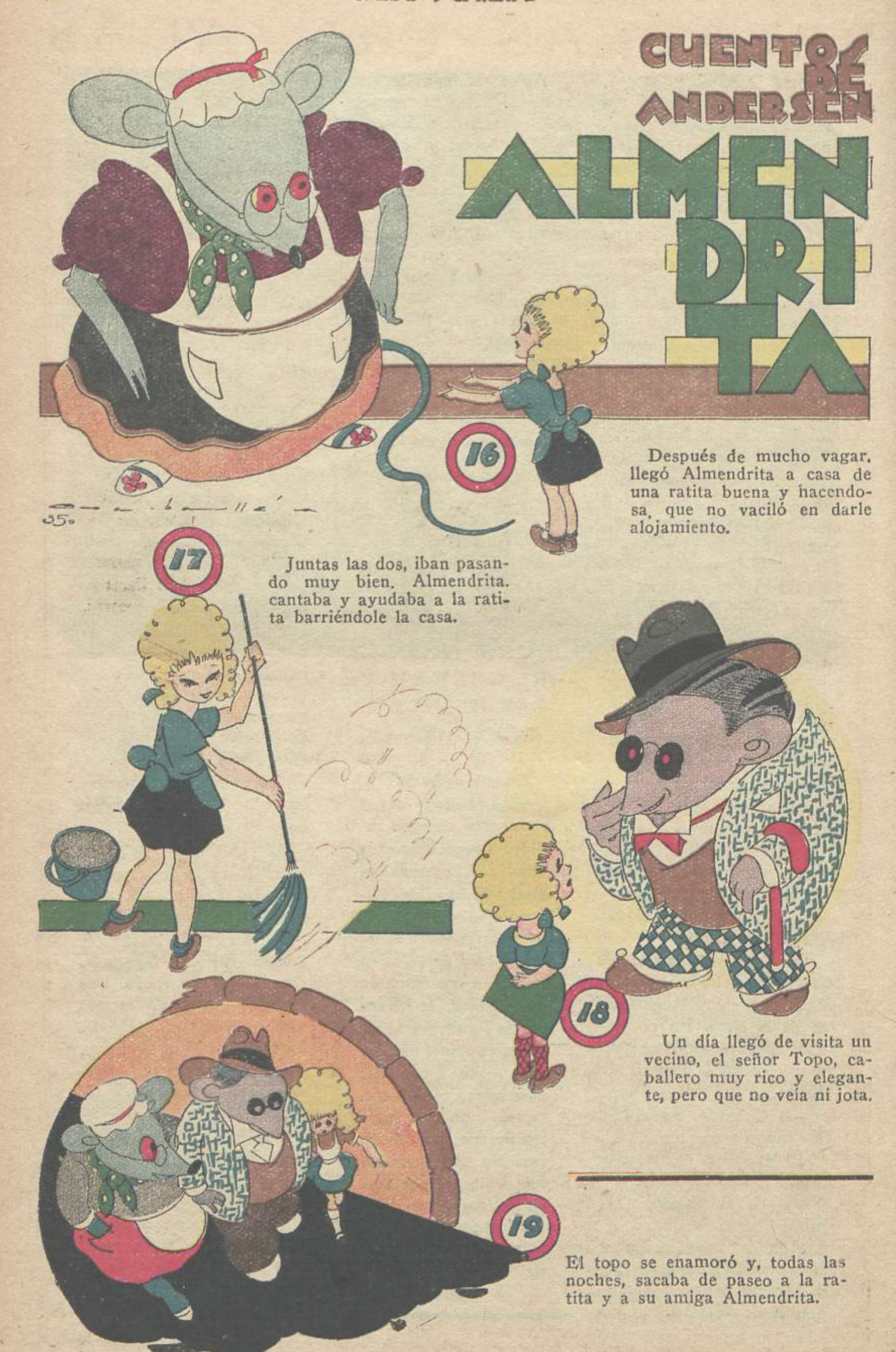
—Vete a dormir. Mañana volveremos a la selva y prepararemos una nueva trampa...

Y desde entonces, Asballah se ha convertido en el más celoso guardián de tigres que se conoce en toda la región.



JUAN JACOBO ROUSSEAU Y LAS HUMILDES FLORES.

Cuando niño dedicábase a efectuar largas caminatas, siempre solitario, regresando de ellas con ramos de hierbas y humildes flores silvestres. En cierta oportunidad, como encontrara de visita en su casa a una dama de la vecindad, le ofrendó las flores que había recogido aquel día. La señora se burló del obsequio; pero él, con seriedad no muy propia de sus años, le dijo: "No tiene por qué reír, señora; pues acabo de depositar entre sus manos la prueba más grande de la existencia de Dios."



Después de mucho vagar, llegó Almendrita a casa de una ratita buena y hacendosa, que no vaciló en darle alojamiento.

Juntas las dos, iban pasando muy bien. Almendrita. cantaba y ayudaba a la ratita barriéndole la casa.

Un día llegó de visita un vecino, el señor Topo, caballero muy rico y elegante, pero que no veía ni jota.

El topo se enamoró y, todas las noches, sacaba de paseo a la ratita y a su amiga Almendrita.

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA NUMERO 23



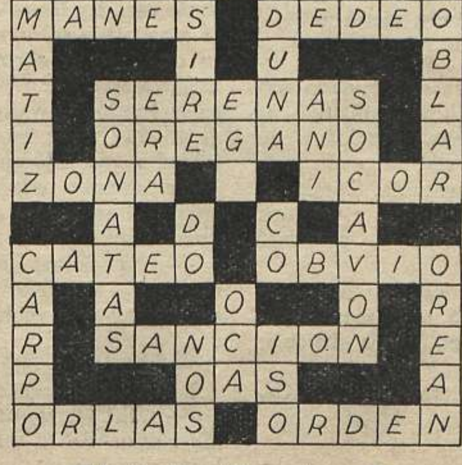
La solución en el próximo número.

HORIZONTALES

1. Fenómeno llamado también corona, que consiste en la aparición de un círculo luminoso alrededor del sol o de la luna (4).
4. Barco chato, que sirve en los puertos para diversos usos (6).
8. Dícese del caballo que solamente tiene blanco el pie derecho (5).
9. Prefijo que denota duplicación (2).
10. Jefe soberano de una monarquía (3).
11. Creencia, confianza (2).
13. Bisonte de Europa, hoy casi extinguido, que vive en los bosques del Cáucaso (3).
15. Telilla que suele formarse en la superficie de algunos líquidos expuestos al aire (4).
18. Sustancia que forma la trama de los huesos (6).
21. Puro, simple, sin mezcla de otra cosa (4).
23. Infierno, úsase en poesía (4).
24. Cubierta interior de las flores completas, que proteje los estambres y el pistilo (6).
26. Tela muy clara y sutil (4).
28. Nombre de una consonante (3).
29. Adjetivo posesivo (2).
30. Preposición inseparable, que significa de la parte de acá (3).
32. Abreviatura de señor, entre el vulgo (2).
34. Marinero, navegante (5).
36. Sacar corte o punta a un instrumento, con una piedra especial que se usa para ese fin (6).
37. En sentido figurado, hace algún tiempo (4).

VERTICALES

1. Capaz, ingenioso, diestro (5).
2. Artículo determinante, femenino, singular (2).
3. Conjunción distributiva (3).
4. Género de mamíferos carniceros digitígrados, generalmente domésticos, y que comprende infinidad de variedades (5).
5. Aceitoso (6).
6. Prohombre personal de segunda persona singular, úsase siempre con preposición (2).
7. Primera noticia que se recibe de una cosa (5).
12. Recado de montar algo lujoso (5).
14. Especie de lanza, plural (5).
16. El que tiene uno o más criados, respecto de ellos (3).
17. Círculo o anillo rígido de hierro, madera, etcétera (3).
19. Unidad de trabajo mecánico que produce una dina sobre la longitud de un centímetro (3).
20. Pronombre personal de primera persona en dativo y acusativo (3).
22. Sustancia orgánica que entra en la composición de los aceites, grasas y mantecas (6).
24. Cada una de las clases cerradas en que se divide la sociedad india (5).
25. Ave palmípeda de carne comestible (5).
27. Impregnar algo en nitrógeno (5).
31. Une, enlaza con cinta, cuerda, soga, etc. (3).
33. Preposición inseparable, significa con (2).
35. Interjección de aflicción o dolor (2).



Solución del problema número 22.

NOTA. — Los números que figuran al final de las explicaciones, indican la cantidad de letras de cada palabra.

—Esta es de Palestro, señor — gritó otro señalando una cicatriz que tenía en la frente.

—Y esta de San Martino — gritó un tercero, mostrando una mano, a la que faltaban dos dedos.

—¡Valientes muchachos! — respondió el rey con voz conmovida: — la mano, todos.

Los soldados arrojaron un grito de alegría se agruparon en torno del caballo, y estrecharon uno tras otro la mano del rey; el último fué César.

—¡Gallardo mozo! — dijo el rey; todas las campesinas miraron a Luisa. Luisa sonrió y se estremeció.

—¿Y vos, coronel? — preguntó el rey después que hubo estrechado la mano a todos los soldados.

El coronel, que había permanecido hasta entonces aparte, inmóvil como una estatua, se adelantó con la boca abierta y los ojos relucientes de lágrimas, y estrechó la mano al rey.

—Mañana vendréis a almorzar conmigo en Valdieri, ¿no es verdad?

El coronel no pudo responder. Hizo señal afirmativa con la cabeza y miró al rey con ojos asombrados.

—Señor — gritó un cazador acercándose, — pido una gracia a Vuestra Majestad.

—¿Cuál?

—Esta — contestó el soldado y le dió una copa de vino.

El rey bebió.

—¡Viva el rey! — gritaron todos, y la gente que se había reunido en el prado y en la carretera, repitió: — ¡Viva el rey!

—Señor coronel, dispénseme... — dijo el cazador tomando la copa vacía y guardándola en la faltriquera: todos rieron.

—¿Qué significan aquellas banderas allá abajo? — preguntó el rey señalando hacia los linderos de la posesión.

Un soldado se lo explicó.

—¡Adiós muchachos! buenas tardes: coronel, hasta mañana.

Dicho esto, volvió el caballo, partió a galope.

Todos echaron a correr detrás, victoreándole.

UNA hora después, era casi de noche. El prado estaba enteramente iluminado con farolillos de papel. Una multitud de campesinos, hombres y mujeres, mezclados con los militares, iban y venían por el prado y la carretera, moviendo festiva algarabía. Comenzaban a oírse los acordes de las flautas y violines.

—¿No se comienza el baile? — preguntó el coronel a los novios.

César se volvía para responderle, cuando se presentó delante un muchacho, todo asombrado, que quería decirle algo y no podía articular palabra.

—¿Qué pasa? — preguntaron Luisa y César casi asustados.

—¿Qué ha ocurrido?

—Habla.

EL DIA MAS FELIZ DE MI VIDA

(*Continuación de la página 23*)

—Es que las banderitas que yo había puesto en los linderos de la posesión, no están ya allí.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿dónde están, pues?

—Se las han llevado media milla más allá, a la otra colina...

—¿Y quién las ha hecho cambiar?

—Adivinadlo.

—¿Quién?

—El rey.

—Ya estáis ricos — dijo una campesina a los novios.

—¡Música! — gritó el coronel con voz temblorosa.

La música comenzó. Todos acudieron a bailar. Luisa y César permanecieron inmóviles.

—¿Y vosotros? — preguntó el coronel, más aturdido que ellos.

Pusiéronse también a bailar los novios.

No habían hecho cuatro pasos, cuando César arrojó un grito. La música cesó, y todos se agruparon en torno de él.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—Se ha desmayado Luisa en mis brazos — contestó César, sosteniéndola para que no cayese en tierra.

El coronel se aproximó a Luisa y la llamó por su nombre.

Luisa abrió los ojos, miró en torno, exhaló un suspiro, y sonrió.

—¡Ah! no es nada — exclamó César tranquilizándose.

—Ha sido el exceso de la alegría — añadió el coronel. ¡Música!

Y se pusieron de nuevo a bailar.

DOS hora después el prado estaba desierto y silencioso. Acá y allá, entre las ramas de los árboles, resplandecía alguna lucecita. Todas las ventanas de la quinta estaban cerradas, excepto una, la del medio, abierta e iluminada. Veíase allí a alguien, que estaba sentado, con los brazos cruzados sobre el alféizar y la cabeza apoyada en los brazos. Era el coronel.

Soplaba un fresco vientecillo de otoño, que hacía caer las hojas de los castaños. La bandera enarbolada en la ventana, moviéndose de vez en cuando, iba a rozar la cabeza del anciano. El cielo estaba estrellado y límpido. A lo lejos, en el fondo del valle, se oía un canto confuso de muchas voces, que iban apagándose; eran los soldados que volvían a sus casas.

De repente, una de las ventanas del piso bajo se iluminó, y pasaron dos sombras. Después, oscurecióse de nuevo.

—Los pobres muchachos son felices — murmuró el viejo, atendiendo al rumor de sus pasos, — y yo he vuelto a ver a mis soldados, a mi rey... moriré tranquilo.

—¡Oh! no, morir no — prorrumpió una voz infantil a sus espaldas.

—¡Ah! ¿eres tú, chiquitín? Ven, ven, a los brazos de tu padre; no, morir no, dices bien, viviré para ti.

EDMUNDO DE AMICIS

Contra el materialismo

HAY en nuestros días otro peligro para las inteligencias y para los caracteres: es la difusión y la boga de un materialismo enervante. El orgullo humano ha tomado esa forma; ha negado lo inmortal y lo sobrenatural. No pudiendo ser el señor de la ciencia, ha resuelto empequeñecerla. Es éste un recurso triste y pueril. Aquellas verdades superiores que el orgullo acepta desdeñar, son verdades eternas; existen con independencia de la afirmación o negación del espíritu humano. Y para que resulte una vez más comprobado que no nos ensalzaremos sin sufrir humillación, vemos en nuestros días a los hombres más soberbios empeñados en exhibir como títulos de nobleza las circunstancias y las señales que, según ellos, demuestran el parentesco en línea recta de la criatura humana con no sé qué animal repugnante que ocupa, en su concepto, el lugar del bíblico Adán. Esta doctrina no ha hecho camino en nuestra casa de estudios, ni podrá prevalecer en ella; si así sucediera, debería cerrarse la Facultad de Derecho. El derecho, en efecto, y sus principios suponen seres libres. Dado que el hombre no fuera libre y que estuviera por su naturaleza en la necesidad de proceder de una manera determinada, el precepto legal sería inútil o insensato: inútil, cuando le mandara hacer lo que de todos modos haría; insensato, cuando le mandara realizar lo que no podría cumplir. No: se dan leyes a los hombres sabiendo que son libres. La pena, en caso de no cumplimiento de la ley, sería injusta si el sujeto del acto prohibido no hubiera podido evitarlo. Sólo los niños castigan los objetos materiales en que se estrellan; y el auriga que azota las bestias para hacerlas andar, no es sin duda un juez, un representante del derecho penal. Si no somos libres, ¿qué derecho se nos enseña, qué códigos se dictan, qué sanciones se establecen que no sean un contrasentido palpable y chocante? ¡No hay darwinismo en la jurisprudencia!

Pedro Goyena.



INGENIERO AGUSTIN MANUEL FERRIZZANO

Profundo sentimiento de pesar ha causado el trágico fallecimiento del ingeniero Agustín Manuel Ferrizzano, cultísimo caballero de excelentes prendas morales, que había merecido el aplauso unánime en los diversos círculos donde le tocara actuar.

CARAS Y CARETAS





REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES
151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: (38) 5982. Dirección (38) 4421.
Publicidad: (38) 2185. Talleres: (38) 4095.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

Capital:	Trimetre $ 2.50 m$n.	- Semestre $ 5.—	- Año $ 9.—
Interior	,, $ 3.—	,, - ,, $ 6.—	- ,, $ 11.—
Exterior	,, $ oro 2.—	- ,, $ oro 4.—	- Año $ oro 8.—

Número suelto en la capital, 20 centavos. En el interior, 25 centavos.
Número atrasado del corriente año, en la capital, 40 centavos.
En el interior, 50 centavos.

Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos de América, Guatemala, Haití, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Año $ oro . . . . 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

Frutos del momento belicoso: mariscales de cantina

CUANDO me adosé al montón que desde la vereda enfocaba la línea de pizarras informativas del diario, un tipo con pinta de hincha de Boca, descerrajaba de pico a un comentarista y balanceador liliputiense, tapón por más señas:



—Pan comido, ¿sabe?, e se lo digo mí, se lo digo.

—¿Y qué? Vamo: sea osté argo más esprícito, que naa tan encantaor como la crariá en estos momentos de intranquiliá y oscurantismo pa er grobo terráqueo.

—Con l'aviasiún al día de hoy, no hay distancia que varga ni corazza que resista in bumbardeo, así se trata d'ina ísola come d'in piñún.

—¿Se refiere osté a Gibrartar?

—E anque a Singapur, perque in coanto a Londra e a Soutampum, lo decaremo para más adelante, lo decaremo, hecho porvito, hecho.

—Se conoce que osté no ha navegao... ni en conserva de una lata de purpo.

—Sepa osté e so distinguida familia, que mí foí dorante sei anni, timunel a la "María Manoela", in la carera e Mutebedeo, foí.

—Convencío de que osté no ha visto ar peñón de Gibrartar ni en prancha litográfica, le diré que aquello es... ¡sí!, vamo, que un puerco espín, too erizao de cañone, de torpedo, de cosa y coso que apuntan p'arriba y p'abajo, argo inexpugnable que se ríe de Barbo y der generá Der Bono.



—Ma déquese di andaluzada, ¿sabe? Dica, ¿estuvo osté propio dentro dil peñún?

—De día, tre vece por semana, pa extraer pitiyo de Londón, que luego introducía en Cadi, en caliá de contrabando.

—¡Eh, amigo! Se lo he dicho e se lo repito: con l'aviasiún al día de hoy, no hay distancia que varga ni corazza que agoante, así se trate d'ina ísola come d'in piñún.

* * *

Uno fuma y el otro rabadán observa atentamente la línea informativa. De pronto:

—¿Sabes quí distancia, quirido Samoiel, sipara Malta di Sicilias?

—Mi parece y ricoierdo leer qui quieda intre Trípolis y Sicilias, mucho más cerca di segunda qui di premiero, menus cien kilómetros.

—In esa isla Mediterraneos, tudavía poiedes poner una nigocio.



—¿Quí clase, mi dices?

—Clase fina, y también, clase barata café di malta.

* * *

—El Imperio Británico es duro de pelar, durísimo.

—Aspajismos, aspajismos.

—¿Cómo que espejismos? Me remito a los hechos, a la realidad del momento, a lo que estamos viendo.

—¿Ecaso hay unidad da pereceres an los duminios?

—Australia y Nueva Zelandia, se han definido.

—¿Y a dónde ma lo deje al Quenadá?

—El Canadá también pasará por el aro, y como en 1914, uña y carne, lista de poncho.

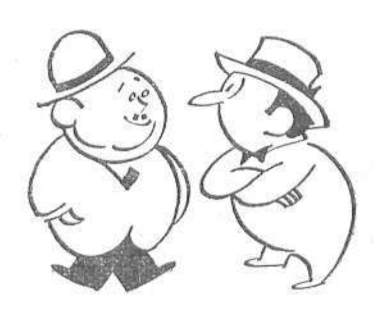
—Pasará, sí, pero por el aro dal saparatismo. An sume: ediós duminios con Nueva Zalandie a la quebeza.

estrategas de cervecería y y de vereda

Por
FELIX LIMA

—¡Me no sea ambecil! ¿O usté se es creído que Francia se chup el dedó?

—Benito sabe que en Marsella hay casi tantos italianos como franchutes, y que sería otro lindo puerto mediterráneo para engarzarlo en la bota itálica, y no le digo ninte de Tolón, futuro apostadero de los piróscafos del Duce.



—Todó eso es sido palpitad an Francia, que, como le fué dich, no se chup el dedó; me usté hace demasiado la fantasí.

—¿Así que no hay caso de que Benito les dé el pesto?... ¡Esa Francia vieja y peluda!

* * *

—Las kartoffels queman como ticen los criolios cuanto sirfen el buchero mit choritzos und morcilias. El lecdura te los delecramos, refela el crafetat tel momendo, senior.

—¿Qué hará Alemania?

—Nosodros confíamos en Atolfo, cerefro y prazo te Alemania. ¡Oh, Atolfo!...

—¿Dickmann?...

—¡Hitler!, canso und fabode, es usdé, senior.

* * *

—¿También la Dalmacia?

—Nadoralmende, cabayere, e tutto lu mare Adriáticos, a lu fine di ca sea in mare netamende italiano, con acua nostra, come il laco di Garda, come il nostro Po.



Un tipo que me pareció colla clavado, ratificó:

—Sí, po, porque Italia ha de tayar muy mucho, ¿no?, y ayá, vaya si se los sobra, po.

* * *

—Se podrá, viejo, disentir con el hombre, con Benito y con el fascismo, pero nunca ponerle la proa derecho viejo a la gran nación italiana.

—Floriate, no más...

—Italia es uno de los países que está más adentrado en el nuestro.

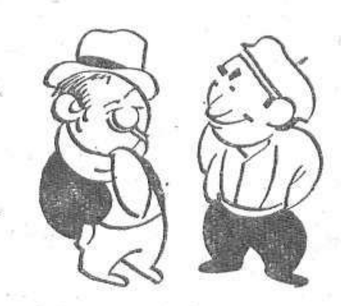
—Es cierto.

—¡Claro! Italia está en mayoría con sus apellidos en los padrones electorales, en las listas necrológicas de los diarios y las listas de los restaurantes y las cantinas...

—¡Que me traigan un rissotto!

—... en el arte y en la música.

—Canaro fratelli.



—No olvidemos, viejo, que fueron italianos los que tendieron los primeros rieles, los que nos ayudaron en la guerra provocada por el tirano Solano López, con Giribone, entre otros; los que defendieron a Buenos Aires durante la revolución de 1880, los que se alistaron para marchar sobre Chile en la segunda presidencia de Roca, los que nos cedieron cuatro buques de guerra en horas difíciles, los que... ¡cómo olvidar a los italianos, si en cuantito caminás dos cuadras, tropezas con una pizzería!...

Félix Lima

Saludos de los colegas en nuestro aniversario

Seguimos publicando los saludos que hemos recibido de los colegas en ocasión de nuestro reciente aniversario. A éstos, como a los que anteriormente dimos a conocer, hacemos llegar nuestro agradecimiento.

EL DIARIO

CARAS Y CARETAS, el ya tradicional semanario de los hogares argentinos, acaba de cumplir treinta y ocho años de vida.

CARAS Y CARETAS, se ha distinguido por innumerables motivos y es que sus páginas son un exponente de la más diversas manifestaciones de la vida, avaloradas por la continua colaboración de prestigiosas plumas nacionales y extranjeras.

Este nuevo año de su exitosa existencia, encuentra al colega en pleno vigor, con un plantel de valores jóvenes en su redacción y dirección que seguramente la harán continuar su marcha feliz, a la que nos asociamos, deseándole los más brillantes triunfos.

EL DIARIO ESPAÑOL

Acaba de cumplir 38 años de vida periodística esta arraigada y difundida revista porteña, que a la manera de un libro ilustrado ha ido recogiendo en tan largo lapso todas las palpitaciones de la vida argentina, realizando muchas veces verdaderos esfuerzos en beneficio de sus lectores, que han sabido apreciar este esmero en complacerlo, elevando a la vez los valores y prestigios del periodismo argentino, a cuyo progreso ha hecho CARAS Y CARETAS un valioso aporte.

Este nuevo aniversario sorprende a la citada revista en plena era de progreso y renovación que sigue siendo en la actualidad una de las más miportantes y difundidas.

Al saludarla en este cumpleaños deseamos que no decaiga el progreso a que la llevaron sus aciertos y sus buenas intenciones.

EL TELEGRAFO, de Concepción del Uruguay

Ha cumplido treinta y ocho años de vida la revista argentina CARAS Y CARETAS.

Es indudable que desde 1896 en que CARAS Y CARETAS, asoma a la vida cultural del país, como "primer periódico ilustrado", vale decir, más o menos en la época en que se abandonó la piedra litográfica para utilizar la cincografía, nuevo prodigio del flamante arte objetivo de Daguerre y de Niepse, piedra litográfica de que hicieron tanto gasto "El Mosquito" y "Don Quijote" a través de las habilidades de Stein, para satirizar a Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Alsina, Alem, don Bernardo, Pellegrini y muchos otros, el periodismo argentino ha realizado prodigiosos, fabulosos progresos.

Desde la caricatura un tanto candorosa de Carlos Tejedor tocado por un gorro frigio y aún las de José María Cao y Manuel Mayol, a los magníficos grabados de ogaño al "rotogravure" con piernas de Hollywood y "autos" aerodinámicos, media una distancia sorprendente.

Pero a despecho de ello, siempre renovada y siempre la misma. CARAS Y CARETAS representa entre los periódicos gráficos del país, la tradición y la esperanza, la consecuencia y el manubrio conquistador el talón prudente y el ala intrépida.

Por su redacción pasaron varias generaciones de periodistas argentinos: "Fray Mocho", el inolvidable comprovinciano fundador, el criollo más donoso para el cuento intencionado pero sin malicia ultramarina, don Eustaquio Pellicer, don Manuel Mayol, el bien llorado José María Cao, maestro de los caricaturistas argentinos, Carlos Correa Luna, Enrique Osés, Enrique M. Rúas, Juan José de Soiza Reilly (consecuente desde la vieja casa de la calle Bolívar, salvo el malogrado interregno de "Fray Mocho"), una pléyade brillante de caricaturistas, "imagineros" y dibujantes: Sirio, Málaga Grenet, Alvarez, Macaya, Valdivia, Larco, Redondo (el creador ya extinguido, como su hijo gráfico, de "Sarrasqueta") y su talentoso director y magnífico pintor don Juan Carlos Alonso, sin olvidar otro ingenio que ya mora también en las estrellas: don Luis Pardo (Luis García), de tan erudito gracejo, tan hábil para la solfa; tan ático para el estrambote y el epigrama.

La colección de CARAS Y CARETAS perpetúa la historia gráfica del país a través de los más salientes sucesos del cotidiano percance, y más, aún, recoge como un documento fotográfico inestimable, las novedades de cada hora de este largo cuarto de siglo transcurrido.

Es la revista argentina por excelencia, una institución de la patria, el comentario, la acotación amable del Archivo de la Nación, antología y cartapacio, álbum e historia, decoro de la cultura argentina y honor de nuestra joven nación, cuya exuberante espiritualidad hace posible la perduración de un esfuerzo tan estimable como el que realizaron los fundadores de CARAS Y CARETAS y los que siguen con dignidad y preparación su esclarecida huella, a lo largo de la civilización argentina.

LA REPUBLICA, de Rosario

Ha cumplido 38 años de vida periodística la gran revista argentina CARAS Y CARETAS, quien con motivo de tan fausto acontecimiento ha editado un número extraordinario, que representa un esfuerzo ponderable que evidencia de paso, los crecientes adelantos alcanzados y el poderío de su empresa editora, considerada como una de las más completas de las que en la actualidad explotan este género de publicaciones.

Retribuyendo su salutación cordial deseámosle una más próspera y fecunda vida.

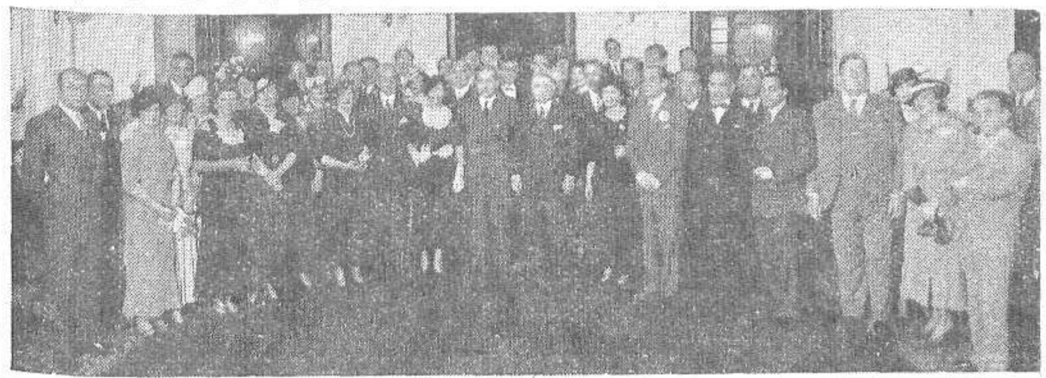
LA RAZON, de Mercedes (Corrientes)

El 11 del corriente, cumplió su XXXVIII aniversario la popular y prestigiosa revista CARAS Y CARETAS.

Ocupa este órgano de publicidad un lugar destacado en el periodismo nacional, sabiendo mantener a través de su larga vida, la orientación inconfundible que le diera su fundador.

"La Razón" une su cálido saludo a los ya recibidos por el colega, con motivo de su reciente aniversario, a la vez que formula votos por su creciente prosperidad.

NOTAS DEL INTERIOR



Durante la estada del ministro de Marina, capitán de navío Eleazar Videla y su comitiva, en Bell Ville, efectuóse en su obsequio una recepción en el Club Social.

Señoritas que tomaron parte en el festival realizado por el Círculo Italiano de Tucumán en honor de sus asociados.

Personalidades eclesiásticas y civiles de Salta, después del tradicional banquete clausurando las fiestas a la Virgen.

Vermut de honor ofrecido al teniente coronel Julio Ponce de León, por su iniciativa de implantar comedores escolares para alumnos pobres.

R-A-D-I-O

¡NO ME DIGA, CHE!

● Que Fernando Ochoa comenzará su actuación ante el micrófono de Radio Belgrano para mediados de este mes de noviembre.

● Que Radio Rivadavia ultima los preparativos de su nuevo equipo transmisor, el cual será más potente que el actual.

● Que Ortiz Tirado anuncia, también, su reaparición por Radio Spléndid para mediados del presente mes.

● Que en la misma emisora el director de orquesta Frieder Weismann actuará hasta el día 27.

● Que Radio Mayo, que había interrumpido sus transmisiones con el objeto de introducir importantes reformas en el equipo eléctrico, volverá a aparecer en el éter el día 5, siempre que no haya dificultades de último momento.

● Que la audición "El fonógrafo bohemio" que se propalaba en Radio Sténtor y que terminó el 31 del corriente, había logrado una rápida popularidad gracias al excelente criterio con que se la dirigía.

● Que "Estampas Porteñas" reaparecerá en Radio Belgrano exactamente el día 18, ni un día más ni un día menos... desgraciadamente.

● Que hay ciertas "audiciones" "inéditas" desde el día en que se iniciaron, y, sin embargo, continúan tan graciosamente ocupando un horario de primera importancia.

● Que esos milagros no tienen explicación (como todos los milagros), pero el público permanece, como un solo hombre, ignorándolos hasta el fin.

● Que el señor Juan Carlos Botana, que desempeñaba el cargo de jefe de prensa de Radio Spléndid, se ha retirado de dicha emisora.

● Que desde el día 2 de enero del año próximo, Radio Sténtor transmitirá directamente desde la Bolsa de Comercio todas las cotizaciones del día.

PREGUNTA

¿Por qué las broadcastings argentinas, antes de que la publicidad se desvalorice del todo, no adoptan el sistema norteamericano, que consiste en mencionar el nombre del producto únicamente al principio y al final de la audición?

EL PROBLEMA DE LA ONDA CORTA

A los broadcasters criollos se les va a presentar un serio problema con el auge adquirido por la onda corta, debido a la rebaja del precio de los aparatos receptores. Ello significa que gran parte de la masa radioescucha, especialmente aquella de origen extranjero, se va a dirigir hacia sus países de origen, probablemente, dejando de lado a las estaciones locales, cuyos programas, por lo general, no tienen en cuenta los gustos de las diversas colectividades. De ese modo, se originarán "grandes lagunas" de radioescuchas, lagunas en las cuales, como es natural, se ahogará mansamente, sin ruido, la publicidad.



NEYDE BARROS, la graciosa y expresiva cancionista brasileña que triunfa en Radio Callao.



RALPH BECK, el nuevo cantor que ya se destaca en la jazz de Harold Mickey.

LAS PROTESTAS

Señor jefe de la sección Radio de "Caras y Caretas".

Muy señor mío:

Bien, pero muy bien, al publicar la carta del señor A. E. Di Do contestando a un tal N. F. Aplaudo y felicito al primero, pues considero necesario hacer pública nuestra protesta a esos individuos mal nacidos que por radio — los muy valientes — toman a risa las composiciones de nuestro inolvidable Carlitos Gardel. Demuestran sólo la falta absoluta de sentido común, de educación y de tino.

Luego sale N. F. queriendo defender a esos malvados egoístas es decir, por lo tanto, que piensa igual que sus defendidos. Yo creo que el que firma con esas dos letras debe ser uno de los autores de ese hecho tan lamentable y que molesto por el comentario acertado del señor Di Do, no ha sabido callarse ni ha comprendido su error. Bien se puede decir que el remedio es peor que la enfermedad.

Todos estamos con el señor Di Do. Con lo que dice N. F. demuestra que los tales individuos pretendían hacer mal y no comprenden que son ellos los únicos que salen perjudicados y desprestigiados.

El nombre de Gardel está muy alto para que puedan tocarle con sus manos profanas. Todo esto es la



OPORTUNA PREGUNTA
— Señor agente: ¿puede informarme si ha visto a mi marido colocando una antena aérea por aquí?

COCKTAIL



SATANELLA, cancionista española que sigue su racha de triunfos en Radio Sténtor.



JOHNNY ALVAREZ, cantor de la orquesta de marimbas Cuzcatlán, que se escucha con agrado.



VIRGINIA VERA, una de nuestras más eficaces cancionistas, actúa ahora en *Radio París.*



SANCHEZ GONZALEZ, concertista de piano que se hace aplaudir en Radio *París.*

DEL PUBLICO

envidia que los enferma al comprobar el cariño, la admiración de que Buenos Aires ha sabido dar pruebas, como la tristeza y el desconsuelo que sufrió al conocerse su inesperada muerte. ¿Que Gardel ha pasado a la nada? ¡Qué error más lamentable! ¡Si cada día que pasa su figura se agranda y ya se le considera como el embajador más grande del cancionero criollo! Los que nada son, ni nada valen, los incapaces de sentir por nada ni por nadie, admiración o cariño, esos no necesitan morir para pasar a la nada. ¿Quién ha conquistado los triunfos, la fama y la popularidad tan enorme de Gardel?

Y en pleno éxito, joven, famoso y rico, murió escuchando los aplausos y su nombre pronunciado por la multitud que fuera a despedirlo en Medellín. Para "corazón de oro", como hoy se le llama, será siempre nuestra más grande y verdadera admiración. Sus discos se guardarán para que la generación futura pueda escucharle. Debemos por todo esto saber hacer respetar a los que no saben o no quieren reconocer al artista que llegó a ser famoso por sus propios y merecidos méritos.

Lo saluda atentamente,

UN PORTEÑO

Buenos Aires, octubre de 1935.

AUDICIONES RECOMENDABLES

JOAQUIN DE VEDIA, comentarista, en RADIO MUNICIPAL; los jueves de 22 a *22.15*, y los domingos, de 22 a *22.15*.

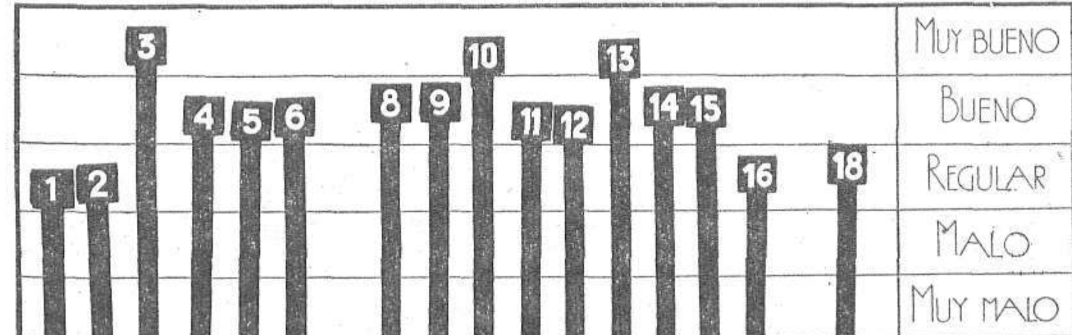
ELIAS FORT, cantor internacional, en RADIO PRIETO; los miércoles, a las *19.40, 20* y *20.30*; y los domingos, a las *19.40, 20* y *21.10*; en RADIO ARGENTINA: los jueves, a las *13.15* y *13.45*; y los domingos, a las *20.30* y *20.50*.

CUATRO

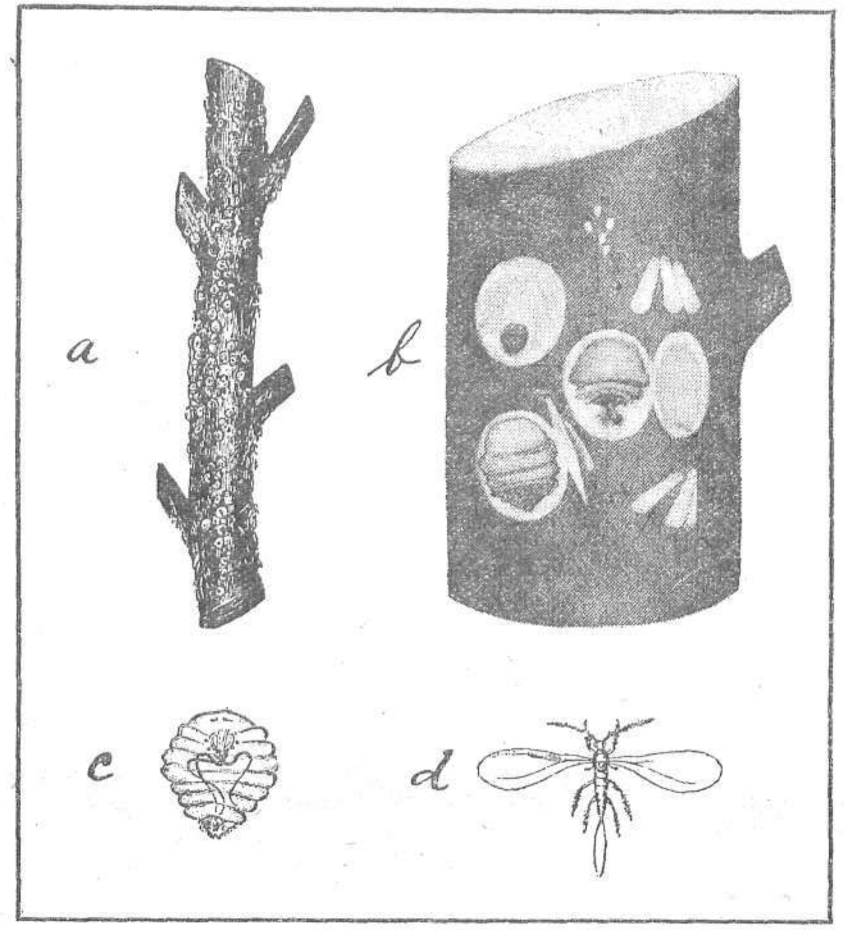


para
HECTOR RUIZ DIAZ, concertista de piano,
en
TEMA CON VARIACIONES,
de Glück - Saint Saëns,
en
RADIO MUNICIPAL

NIVEL SEMANAL DE LAS BROADCASTINGS PORTEÑAS



1 — Radio del Pueblo.
2 — La Voz del Aire.
3 — Radio Sténtor.
4 — Radio Prieto.
5 — Radio París.
6 — Radio Rivadavia.
7 — Radio El Mundo.
8 — Radio Fénix.
9 — Radio Spléndid.
10 — Radio Belgrano.
11 — Radio Argentina.
12 — Radio La Nación.
13 — Radio Excélsior.
14 — Radio Cultura.
15 — Radio Municipal.
16 — Radio Porteña.
17 — Radio Mayo.
18 — Radio Callao



a) Rama atacada por la Diaspis Pentágona. — b) Izquierda, escudete de la hembra, abierto; derecha, folículos del macho. — c) El insecto hembra. — d) El insecto macho.

LAS FUENTES DE LA PRODUCCION ARGENTINA

UNA DE SUS PLAGAS MAYORES: LA DIASPIS DEL DURAZNERO

Por HUGO MIATELLO

LA diaspis, o cochinilla blanca del duraznero (*A-lacaspi pentágona*), desde muchos años es, quizá, la plaga más conocida en el país, por la enorme difusión que ha tenido en todas partes, sobre todo al principio de su invasión, por ignorancia y por desidia de los agricultores.

Desde lejos se reconoce una quinta o un frutal atacado por esta plaga: su tronco y sus ramas aparecen como cubiertos de una costra blanca, constituída por los folículos y escuditos que abrigan en su interior a los insectos.

Sí, con un alfiler o un cortaplumas, levantamos esa pequeña costrita (el escudito) encontramos el insecto hembra adherido a la corteza por medio de su aguijón, que es el órgano chupador con que penetra y absorbe la savia de la planta. El insecto, en este estado, sin patas y sin ojos, pasa el invierno, hasta que, llegada la primavera, empieza a poner huevos, que deposita debajo del mismo escudito, en cantidades hasta de 100 cada una; estos huevos, a los pocos días, de 7 a 10, eclosionan y las pequeñas larvas van buscando un lugar donde fijarse, con su órgano chupador, en la corteza de las ramas, y, una vez consegui-

do, empiezan a formar su folículo o escudito protector y sufren una transformación por la cual pierden las patas, las antenas y los ojos; quedando adheridas continúan su vida sedentaria; los machos, al transformarse en ninfas y luego en mosquitos o insetos perfectos, con dos alas, y un cuerpo de color rojizo, se dedican a la fecundación de las hembras y después mueren. Estos insectos tienen hasta cuatro crías en el año.

Los daños que causan estos insectos son enormes pues cuando su estado de difusión es completo y extenso atacan no solamente las ramas, sino también las hojas y los frutos, y lo hacen chupando la savia de las plantas e inyectando materia tóxicas, por cuyas lesiones el vegetal se debilita y muere, después de uno o dos años del ataque; a veces la planta dura más, echando nuevos retoños desde el pie, pero al fin sucumbe igualmente.

La diaspis es parásito de muchas especies de plantas arbóreas, frutales, forestales y de adorno; pasan de 80 estas especies, pero las que con preferencia son atacadas o por lo menos en que mayores daños producen, son el duraznero, el ciruelo, el almendro, el damasco, la morera, el tilo y otras; pero los métodos de lucha para combatirla son idénticos para todas ellas.

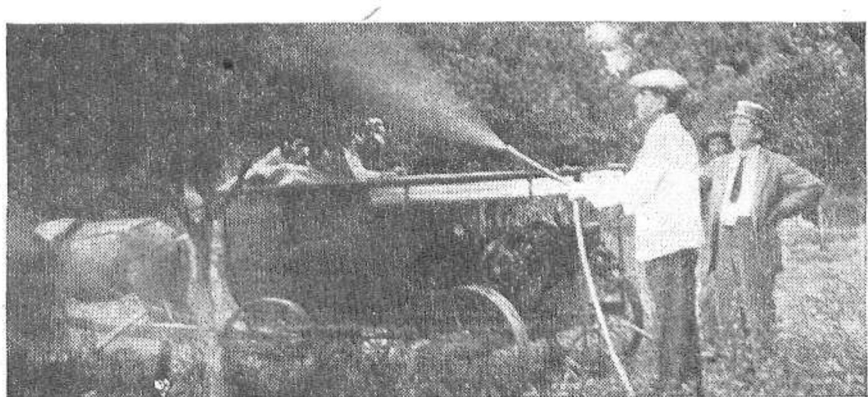
Para destruir las cochinillas, que se guarecen dentro del folículo o del escudito, constituído por materia cerosa, se ha debido buscar un insecticida que disuelva primero esta defensa y después el insecto; el que buenos resultados ha dado siempre es la mezcla sulfo-cálcica, esto es, el sulfuro de calcio que se aplica preferentemente en invierno. Para efectuar una operación intensa y eficiente, lo mejor es podar previamente todas las plantas atacadas, pues sería inútil gastar tiempo y dinero para las ramas que se han de eliminar; los residuos de la poda deben ser destruídos por el fuego. La operación que sigue a la poda es el cepillado, con cepillo metálico, del tronco y ramas atacadas, con el objeto de destruir mecánicamente los folículos y su contenido, y, en fin, al último la pulverización con el sulfuro de calcio, que se aplica con los pulverizadores comunes.

Lo vende el ministerio de Agricultura de la Nación, pero puede prepararse de la manera siguiente: se toma 1 kilo de cal viva y 2 de azufre en polvo y 10 litros de agua, se apaga la cal en 3 litros de agua dulce y caliente, es decir, que no sea salobre, se agrega el azufre y se mezcla bien hasta formar una pasta blanda; se añaden los 7 litros de agua restante y se hace hervir todo durante una hora, revolviendo bien a menudo, pasando después el líquido por un tamiz de malla fina o una arpillera. Esta preparación es concentrada y, para usarla, hay que diluirla agregando, para cada litro de la misma, cuatro litros de agua.

Para que surta efecto la operación hay que adoptar las precauciones que la práctica sugiere; esto es: empezar la pulverización, en las ramas, de arriba, para terminarla en el tronco; hacerla en un día seco y sereno; si hay viento colocarse en dirección de donde viene el viento; procurar de mojar todas las partes del árbol, de modo que no quede ninguna sin ser bañada por el sulfuro; mejor será dar dos pulverizaciones, una en invierno y otra a principios de primavera, antes del brote, y, en fin, como que el líquido es cáustico, cuando haya que hacer pulverizaciones en gran escala, deberán los operadores untarse la cara y las manos con grasa o vaselina, a objeto de preservarse de la acción corrosiva del líquido.

Hugo Miatello

INGENIERO AGRÓNOMO



Lucha contra la Diaspis, en un monte frutal.



DEL SISTEMA DE LOS CUATRO ASES

RESPUESTAS (continuación)

En las dos notas anteriores hemos visto con ejemplos prácticos, cómo debe proceder el compañero del jugador que inicia el remate con "1" de un palo, cuando posee una mano de fuerza escasa y cuando su tenencia es mediana. Antes de estudiar lo que debe hacerse en las mismas circunstancias con un juego muy fuerte — asunto que constituirá el tema de la próxima nota, — voy a ocuparme hoy de los aumentos en general, es decir tanto simples como en salto.

Cuando el compañero del abridor, con cartas que autorizan una respuesta, no cree conveniente declarar 1 Sin Triunfo, ni aplicar el Uno-sobre-Uno, ni emplear la respuesta exploradora de "2" de un palo de menor rango que el de apertura, — recurrirá al aumento de una o más bazas en el palo anunciado por el compañero. Resuelto este punto, la cuestión se reduce a determinar el número de aumentos que ha de dar.

Uno de los factores más importantes es la fuerza en triunfo. Cuatro triunfos son de desear y un aumento saltante no debe hacerse con menos. Para un aumento simple en palo mayor (♠ o ♡), basta con tres triunfos cuyo valor no sea inferior a Q-x-x o J-10-x. Los aumentos simples en palo menor no deben hacerse con menos de cuatro cartas encabezadas por un honor y los saltantes exigen un mínimo de cinco, puesto que cabe la posibilidad de que el abridor haya anunciado un palo de tres cartas. (Ver apertura del remate). Además, no debe invitarse a jugar el contrato a palo menor (◇ o ♣), sino cuando la distribución así lo aconseja y el principio de seguridad lo permite.

Hay casos en los cuales, ante apertura a *palo mayor*, los mínimos citados pueden reducirse. Por ejemplo, con la siguiente mano:

♠ x-x-x ♡ x ◇ A x-x-x-x ♣ K-x-x-x

Si el compañero abre con 1 ♠, es indudable que no se puede pasar, pues podría desperdiciarse un "game" si no se da al abridor una oportunidad para volver a hablar. ¿Qué respuesta eligiremos? El Uno-sobre-Uno no tiene cabida; 1 Sin Triunfo sería malo porque la constitución de la mano indica que debe jugarse a palo; para declarar 2 ◇, sería necesario disponer de más valores pues ya hemos visto que esta respuesta, que pertenece a la categoría de las exploradoras, promete un juego de fuerza mediana. En consecuencia lo único que podemos hacer es dar en seguida un aumento declarando 2 ♠. Esto, que no será ortodoxo, pero sí lógico, unido a otras situaciones que hemos visto y que seguiremos viendo en su oportunidad, nos da una idea clara de que el sistema de los Cuatro Ases no es para jugadores autómatas, que sólo saben medir su juego con las reglas rígidas que practican, sino para personas que sepan razonar y que posean el criterio indispensable para poder utilizar la flexibilidad de este método que incluye infinidad de matices imposibles de prever y que es lo que hace del bridge un juego inteligente y en tan alto grado interesante.

Llegamos ahora a las manos que nos obligan a hacernos esta pregunta. ¿Cuántos aumentos inmediatos daremos? Para contestarla, debemos recurrir a un principio empleado de tiempo atrás por los expertos, pero que muy pocos autores han sabido incorporar a un sistema completo de declaración. Este Principio es la *Cuenta de Perdedoras.*

CUENTA DE PERDEDORAS

El jugador que va a responder, cuenta las posibles bazas perdidas considerando arbitrariamente la apertura del compañero como si fuera un mínimo: cuatro cartas del palo anunciado encabezadas por A-K, el As de un palo lateral, la Q de otro y tal vez un 10 por algún lado. Si las cartas existentes en la mano que responde hacen imposible esa composición de la mano del abridor, se hace una revisión, substituyendo por valores equivalentes las cartas que materialmente dicho jugador no puede tener. Así, si el As o el Rey de triunfo están contenidos en el propio juego, se reemplazan mentalmente por otros valores que completen el mínimo necesario para que el compañero haya podido iniciar el remate.

Las siguientes manos son ejemplos de este proceso de contar perdedoras, cuando se está considerando el número de aumentos que debe darse.

I — El compañero inicia el remate con 1 ♠: la mano que responde tiene:

♠ Q-J-x-x ♡ x ◇ A-x-x-x ♣ K-x-x-x

Establecemos en seguida el siguiente mínimo hipotético para el abridor:

♠ A-K-x-x ♡ A..... ◇ ..... ♣ Q.....

Ahora contemos las posibles perdedoras. Vemos que no las hay en ♠ ni en ♡. Probablemente el abridor no tendrá más de tres ◇ y tres ♣, de manera que contaremos un máximo de dos bazas perdidas en cada uno de dichos palos; la presencia de una Q o una combinación J-10-x, podrá dar la baza que falta para que el "game" sea seguro con las dos manos combinadas, aunque ese pequeño exceso sobre lo indispensable para iniciar el remate no permitiría a nuestro compañero hablar por segunda vez si no hacemos una respuesta alentadora. La cuestión reside ahora en si debemos aumentar a tres o a cuatro ♠. Como este último anuncio negaría la posesión de más de seis puntos en cartas altas y nuestra mano contiene justamente el promedio (6½), declararemos 3 ♠, que es obligante, pero no alentaremos cualquier invitación a "slam" que el abridor nos haga.

II — Supongamos ahora esta otra mano, frente a la misma apertura de 1 ♠ por el compañero.

♠ A-Q-x-x ♡ A-x-x ◇ Ax-x-x ♣ x-x

Imaginamos que la composición de su mano debe incluir el Rey de triunfo, el As de ♣ y los Reyes de ♡ y ◇. En tal caso sólo podremos perder una baza en cada uno de los palos laterales. Si el abridor tiene además buena distribución y algo más que la fuerza mínima que le hemos atribuido, el "slam" entra dentro de nuestras posibilidades. Conforme a ello contestaremos 3 ♠. Esto significa: "compañero, deseo jugar esta mano en un contrato de "game" a ♠. Tengo lo necesario para ello. Si la fuerza de su mano es mayor que lo que usted ha prometido al iniciar el remate, usted debe contestar con otra declaración que 4 ♠. Si su respuesta es 4 ♠, yo pasaré."

Debe hacerse notar que aunque estas dos manos llevan al compañero del abridor a hacer la misma respuesta, la primera es hecha con un mínimo mientras que la segunda contiene valores adicionales muy apreciables. Mientras que en el primer caso desalentaremos cualquier invitación para ir más allá de "game", en el segundo, no sólo la aceptaremos, sino que declararemos el "slam" nosotros mismos.

III — El compañero abre con 1 ♣ y poseemos:

♠ K-Q-x-x ♡ A-x ◇ x-x ♣ K-J-10-x-x

Supongámosle A-Q de ♣, K de ♡ y el As de ♠ o de ◇. En tal caso podremos jugar 5 ♣ con mucha seguridad, mientras que los contrarios podrían correr cinco o seis bazas de ◇ si jugáramos 3 S. T. En cambio si sus cartas fueran el As de ♣, el Rey de ♡ y A-Q de ◇, la presencia de tres ♠ chicos en su juego nos daría un total probable de tres perdedoras, lo cual impediría ganar 5 ♣, mientras que nueve bazas a Sin Triunfo son poco menos que seguras. De acuerdo con esto dominaremos nuestro impulso de dar un aumento saltante en ♣ y anunciaremos 1 ♠. Si su respuesta fuera 1 S. T., declararemos 3 ♣, lo cual significa: "Compañero, podría haber declarado 3 ♣ desde el principio, pero no estoy seguro si debemos jugar esta mano en S.T. o en ♣. Le dejo a usted la decisión final, después de haberlo prevenido de que estoy débil en ♡ o en ◇."

IV — Si con la siguiente mano en nuestro poder, el compañero abre con 1 ♡.

♠ x ♡ A-Q-x-x-x-x ◇ Q-x-x-x ♣ x-x

anunciaremos en seguida 4 ♡, porque aunque el "slam" es posible, los adversarios podrían entenderse y hacer una defensa barata en ♠, si no los dejamos fuera de juego con una declaración prohibitiva.

(*Continuará*)

EL MATCH INTERNACIONAL

A pesar de su obligada postergación para el 25 del corriente, el match con los norteamericanos continúa siendo el tema principal en todos nuestros centros bridgísticos.

A fin de que los lectores se vayan familiarizando con el juego de nuestros adversarios y los estimen en su verdadero valor, voy a dar a conocer algunas manos jugadas por ellos en las cuales han tenido oportunidad de demostrar su pericia.

La de hoy pertenece a Sidney S. Lenz, el veterano jugador cargado de laureles. Fué jugada en 1932, en el famoso match que dicho maestro sostuvo contra Culbertson.

(*Mr. Lenz*)
♠ 9
♡ A-Q-10-9-8-7-5
◇ A-7-4
♣ Q-6

(*Mr. Culbertson*)		(*Sra. Culbertson*)
♠ K-J-6	N	♠ A-8-5-2
♡ 6-4-3	O E	♡ K-J
◇ K-10-8-5	S	◇ Q-9-3
♣ K-8-3		♣ J-9-7-2

♠ Q-10-7-4-3
♡ 2
◇ J-6-2
♣ A-10-5-4
(*Mr. Jacoby*)

Contrato: 3 ♡, por Norte.

La señora Culbertson salió con el 2 de ♣, el muerto jugó chico y el señor Culbertson jugó el K.

Aquí el señor Lenz después de considerar atentamente la situación y viendo que si perdía dos bazas en ◇, una en ♠, una en ♣ y una en triunfo, su contrato se vería frustrado en una baza, hizo el brillante descarte de la Q de ♣, a fin de poder más tarde tomar una "finesse" contra el J y tener un descarte para uno de sus ◇ perdedores.

El desarrollo ulterior del juego premió la maestría del declarante que pudo salir airoso en su difícil contrato.

CAMPEONATO INDIVIDUAL

Junto con el cierre de esta página termina el Campeonato Individual para clasificados organizado y disputado bajo la dirección de la Comisión Argentina de Bridge.

Su resultado ha sido el siguiente:

1º Juan W. Fischer, con . . 208 puntos
2º Roberto Huth, con . . . 206½ „
3º Florencio Lozano, con . . 205½ „

En el próximo número me ocuparé de la personalidad de los vencedores y analizaré algunas de las muchas manos interesantes que se jugaron.



VERDADES

Decir la verdad es buen sistema.

En todas partes y en todos los sentidos.

Pero en el fútbol es molesto.

* * *

Cuando los del Tribunal de Penas dicen la verdad a costa del sufrimiento de los otros, esa verdadera verdad se llama "verdad que revienta".

* * *

Las verdades que nadie tiene en cuenta, son las que cuentan los referees de sus odiseas. Esas son "verdades acomodadas".

* * *

Las otras verdades, las de a puño, no figuran en el fútbol nuestro, y si figuran están fuera del marcador.

CONDECORACIONES

Recanattini: "jefe de la escuadra de seguridad".

Benítez Cáceres: "comandante en jefe de ataques terrestres".

Gandulla: "general en ejercicio de ataques aéreos".

Nay Foino: "jefe del cuerpo de Bomberos".

Zozaya: "teniente coronel del aire".

LO QUE NO DEBE OLVIDARSE

El team de segunda división de Huracán fué el Campeón de la temporada de 1932. Estuvo integrado del modo siguiente: Ernesto Parini y Oscar Bermudez, como goalkeepers; como backs: Jorge Riscino, Fioravanti, Marullo, Mastrángelo, Tancredi y Moyano; halves: Villar, Prestipino, Fernández y Ruiz; forwards: Mercader, Figueroa, Rodríguez, Tarrada, Correa, Cordero, Caso, Naveira, J. C. Rodríguez, Molina y Bencardini.

RETORNARON AL PAGO

Las cosas más variadas se gestaron en la mente de los aficionados al fútbol de Sudamérica con motivo de la "fuga" de nuestros compatriotas Stagnaro, Scopelli y Guaita. Mucho se dijo y más se comentó. Como ocurre siempre ante hechos de trascendencia, en oportunidad de la "corrida por el wing", hacia campos de Francia de nuestros muchachos, las dicencias alegaron toda clase de conceptos y opiniones: "tenían miedo a la guerra", decían unos, y otros replicaban del modo más opuesto. Lo cierto, lo puramente real es que los hechos se produjeron de modo que aclararé a continuación. En Roma existen dos poderosos clubs: el Roma y el Lazio. Son los rivales lógicos por tener sus respectivas sedes en la histórica ciudad. De acuerdo a los juicios del "tano" Stagnaro, el "indio" Guaita y el "conejo" Scopelli, la rivalidad precisamente entre ambos institutos citados dió como consecuencia el llamamiento a revisión médica de los tres jugadores del Roma a instancia de dirigentes del Lazio. Concurrieron a la sede del cuerpo médico y allí se enteraron, merced a la información de un "tiffoso" — esta palabra vendría a significar en nuestro vocabulario "hincha", — de que de resultar aptos para el servicio militar, podrían quedar en Roma o bien en cualquier momento ser enviados al Africa. Ante esta aclaración, los nuestros, a las calladas, tomaron el rápido hacia París, saliendo en calidad de turistas, para no retornar hacia Italia. Posteriormente se unieron a ellos las señoras Guaita y Scopelli, tras una serie de sucesos que el público conoció oportunamente.

Las declaraciones de los muchachos ni bien desembarcaron del "Mendoza", coincidieron con la opinión general: no por miedo, pero sí ante la razón de sentirse argentinos decidieron renunciar a la holgada posición económica que implicaba el seguir jugando al fútbol en la Península, y retornaron hacia la patria, donde muy contentos se encuentran rodeados de familiares y amigos.

La situación reglamentaria los inhibirá de jugar, pero ellos ya lo sabían al tomar la determinación de incurrir en incumplimiento de contrato. Era la única forma de poder alejarse de Italia. Al ser considerados italianos, debían cumplir con los requisitos militares, y como ello les era imposible aceptar, optaron por perder — al menos momentáneamente — el derecho de seguir practicando el deporte con su consecuente remuneración.

Se puede resumir en una frase la serie de respuestas dadas al periodismo por los tres players que me ocupan: "Hemos ganado dinero en Italia, pero siempre hemos defendido con altura el fútbol que representamos, no desmayando nunca en el sincero afán de retribuir nuestros salarios".

Ahora cabe esperar la acción de las autoridades del fútbol argentino y la iniciación de las serias y difíciles negociaciones que habrán de efectuarse para lograr que la Federación Italiana de Fútbol varíe su decisión de hacer cuestión de los contratos.



A CAZA DE CARGOS

Ante la proximidad de las elecciones en los clubs deportivos, vuelven a producirse, como frutos del mal de nuestro deporte, movimientos que son de lamentar. Los puestos en las comisiones directivas, a pesar de las declaraciones de muchos destacados dirigentes, son tentadores.

No nos debe sorprender entonces que se vayan creando a diario comités y subcomités encabezados por listas oficiales y opositoras de las distintas entidades, a cargo de personas del momento propicio. Pero lo que sí nos debe sorprender, es que las cosas, para desmedro y redundando en perjuicio de la moral de nuestro deporte, tengan como matiz acontecimientos poco dignos.

Días pasados un dirigente de quien no puede alegarse nada en contra del cariño profesado a su club, el señor Antonio Liberti, dió a conocer su rotunda determinación de alejarse de la directiva del poderoso y destacado instituto River Plate. Según las declaraciones del citado dirigente, se ve precisado a tomarse un descanso de sus actividades luego de haber brindado esfuerzos constantes en todo sentido, hasta el desembolso económico personal, en favor del progreso riverplatense. Esa decisión, no la tomo en cuenta en el sentido de hacer defensa de ninguna naturaleza, pero sí en el afán de la sinceridad periodística, me veo en el deber de declarar que resulta lastimoso que las maledicencias del ambiente provoquen el alejamiento, en forma bien conocida, de quien ha sabido en todo momento jugarse cartas bravas en favor de su club.

No puede negarse que todos los hombres en la vida tenemos errores y aciertos, pero he ahí desgraciadamente lo indigno: que los errores, aunque sean menos que los aciertos, se consideran más y se da entonces por tierra con todo lo grande realizado.

Declaró el señor Antonio Liberti que se retira en instantes que la entidad está floreciente y todo está encaminado hasta el más rotundo de los éxitos deportivos y económicos. Lo triste y lo lamentable es que quienes vivimos al día el deporte, debamos asistir a hechos que, como éste, demuestran las ingratitudes y el olvido de la lealtad profesada en el momento que las cosas han marchado brillantemente.

El señor Liberti deja huellas imborrables de tarea fecunda realizada con idolatría hacia la causa "ex darsenera" y es por ello que nosotros no podíamos olvidar, como los ingratos, el deber de reconocer una tarea que en la historia de River Plate significará mucho, cuando la generación que surge consiga reverdecer dentro de unos años, y quizá antes, la fecunda siembra de hombres que trataron, como Liberti, de seguir el sendero tan brillantemente trazado por el inolvidable Bacigaluppi.

I M P A R C I A L

ASI, NO MAS, ES...

Roberto Cherro se llama Roberto Cerro, pero el mismo jugador firma Cherro por costumbre ya.

* * *

Pergolezzi, el arquero de Racing, le han escrito tantas veces su nombre diferente en los diarios y revistas deportivas, que él mismo no tiene seguridad de cuál es el verdadero.

* * *

Arrillaga, en Europa, apareció en las crónicas sociales de París casándose con una anciana neurasténica que había pagado al diario para que publicasen la noticia.

El día que se anunciaba el casamiento, Arrillaga estaba jugando en Berlín.

* * *

Zorrilla, el puntero de Independiente, vino a vivir en Buenos Aires, pero de vez en cuando se larga a Rosario sólo para estar en el café con los muchachos un rato...

EL CRACK DE VERDE

Entró en la cancha de Independiente. Y la hinchada toda lo vió "in continenti".

¿Es que se vistió así adrede pensando confundirse con el césped?

Siguió avanzando con un paso tranquilo y breve. Mientras el color más o menos fuerte, era un contraste risueño en cada mente.

El "hincha" del tablón, como toda la gente, miró al crack que seguía sonriente. Saboreó un dicho, lo rumió bien con el diente y se aprestó para sacudir el espacio inerme.

¿Que podía ocurrírsele al cuzco del frente; viendo que sombrero, traje, corbata, todo era verde? Pensó en la cebada, en la alfalfa, en el pastito, en el burro y en el césped. Y le gritó entonces: "che, Renato, para no insultarte, no te digo, que ¡estás como para comerte!...

GRAN CONCURSO de "CARAS

Comunicamos a nuestros lectores que con motivo de suspenderse los partidos de primera división que debían jugarse el domingo 3 del actual, se ha resuelto permitir la recepción de cupones pronósticos y etiquetas "PINERAL", correspondientes a la terminación del Campeonato Argentino de Foot-Ball, hasta las 24 horas del día 9 de noviembre de 1935.

CADA UNO DE LOS LECTORES TIENE DERECHO A ENVIAR, JUNTOS O SEPARADOS, LA CANTIDAD DE CUPONES QUE CREA CONVENIENTE DE ACUERDO SIEMPRE A LAS SIGUIENTES

BASES:

A) Recibirá un premio de MIL PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla final de posiciones correspondientes a los "teams" de primera división;

B) Recibirá un premio de DOSCIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" del campeonato de 1935;

C) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS habrá numerado cada uno de los cupones;

D) En caso de que varios clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta para el orden de colocación en la misma el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra;